

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



*Argentina.
Sucesión
presidencial.
Unidad sindical.
Medidas
económicas*

*El país: coyuntura
y alternativas.*

*Horacio Crespo y Ricardo
Nudelman*

Historias y futuros.

Julio Godio

Peronismo.

*Rubén Caletti. Nicolás
Casullo. Juan Carlos
Portantiero*

Sobre el exilio.

Mario Molina y Vedia

*La cultura
argentina.*

Ángel Rama

*Entrevista a
Teodoro Petkoff*

*El expansionismo
soviético.*

Fernando Claudín.

*Críticas al proceso
argentino.*

*Luis León. José María
Rosa. Jorge Abelardo
Ramos. Luis Gregorich.
Jorge Luis Borges*

Certificados de licitud de contenido en trámite ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Registro en trámite ante la Dirección General del Derecho de Autor.

Director: Jorge Tula.
Editor responsable: Hugo Vargas C.
Consejo de redacción: Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán

Diagramación: María Osos
Dibujos: Alberto Diez

Índice

COYUNTURA	
El príncipe heredero	2
La búsqueda de la unidad sindical	3
Las últimas reformas y la lucha por el poder, por Carlos Abalo	4
COYUNTURA Y ALTERNATIVAS	
Aportes para una discusión de la situación actual, por Horacio Crespo y Ricardo Nudelman	5
PERONISMO	
Los riesgos de un nuevo izquierdismo neoperonista, por Rubén Sergio Caletti	7
Movimiento peronista y concepciones de la política, por Nicolás Casullo	9
Peronismo, socialismo, clase obrera, por Juan Carlos Portantiero	12
HISTORIAS Y FUTUROS	
La guerra imaginaria ha terminado, por Julio Godio	14
POLEMICA	
A propósito del exilio y los retornos, por Mario Molina y Vedia	16
ENSAYO	
Argentina: crisis de una cultura sistemática, por Angel Rama	17
AMERICA LATINA	
Entrevista a Teodoro Petkoff: construir un socialismo con justicia y libertad, por Jorge Tula	20
BLOQUES Y ESTRATEGIAS	
El expansionismo soviético, por Fernando Claudín	23
DESDE ALLA	
Entrevista a Luis León	26
El diálogo político subió de tono, por José María Rosa	27
A cuatro años del golpe de 1976, por Jorge Abelardo Ramos	27
Las listas negras, por Luis Gregorich	29
Reportaje a Borges	29
LIBROS, REVISTAS, INFORMACION BIBLIOGRAFICA	
A propósito de la novela de Soriano, por Mempo Giardinelli	30
Grupo de discusión socialista	31
Información bibliográfica	31
COYUNTURA	
Noticias sin comentarios	32

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de
Importe de mi suscripción a *Controversia* por seis o doce números, a partir del número
Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.
Suscripción México por seis-doce número \$ 250 o \$ 500
Suscripción Europa por seis-doce números US\$ 20 o US\$ 40
Suscripción Sudamérica por seis-doce números US\$ 16 o US\$ 32
Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30

Nombre
Dirección

Dirigir toda la correspondencia a: Jorge Tula, Apdo. postal 20-619, México 20, D. F.

COYUNTURA

El príncipe heredero

A pesar del esfuerzo de cierto periodismo que cotidianamente trató de mostrarlo con vida y con sustancia, la primera etapa del diálogo político impulsada por las fuerzas armadas puede decirse que concluyó en un fracaso. Mientras arreció como nunca la crítica de sectores políticos, sindicales y empresariales contra el ministro de Economía Martínez de Hoz, el gobierno de Videla guardó silencio o dispuso que los comandantes de las tres armas saliesen al ruedo para confirmar que "el proceso será largo" y que la política económica aplicada desde marzo de 1976 "es la política de las fuerzas armadas".

De tal manera se inició en el país un concreto compás de espera que se prolongará hasta marzo de 1981, momento en que el equipo Videla deje su lugar a la sucesión militar y se instale en la Casa Rosada el nuevo elenco conductor. Desde las distintas posiciones, por lo tanto, se piensa que los próximos seis meses no mostrarán mayores alternativas en este plano de la confrontación política que relaciona gobierno con partidos.

El "diálogo" instrumentado por la junta y ejecutado por el ministro del Interior si bien mostró una alarmante mediocridad de resultados, puede decirse que aclaró el entretuerto de la actual coyuntura desde tres puntos de vista. Primero: se ratificó el criterio marginador del peronismo por parte de la dictadura, que al mismo tiempo no pudo escindir al movimiento mayoritario para que una fracción de éste último concurrese a las charlas con el ministro.

Segundo: indudable traspiés de la estrategia Harguindeguy con respecto a los radicales, en cuanto a conseguir que las huestes de Balbín se situasen en el juego hereditario de la junta y que el partido sirviese como la gran instancia para conformar el "nuevo movimiento" al que aspiran los militares en su idea de "corte histórico" del clásico paisaje político argentino. La entrevista Balbín-Harguindeguy sirvió para todo lo contrario. Alteró la vida interna radical, permitió el avance de las corrientes más opuestas a la transacción, y finalmente el radicalismo optó por lo más inteligente: jugar la suya como partido de centro y aguardar al sucesor de Videla para sólo ahí volver a estudiar la situación. Tercero: la junta militar logró el apoyo de una serie de partidos provinciales de centro derecha (FUFEPO), único sector en el panorama nacional que respalda lo actuado en los cuatro años y que se autopropone como herencia política del periodo castrense, con una mínima cuota de crítica hacia la concepción económica de Martínez de Hoz.

En los seis meses venideros los temas centrales en el campo de la civilidad política serán por un lado la unificación y el entendimiento interno (en el peronismo y en el radicalismo) y la probabilidad de acuerdos y alianzas para conformar el arco opositor. En el peronismo, sobre todo desde su conducción oficial, Bittel, se alienta la necesidad de una convocatoria nacional. El respaldo del grueso del sindicalismo peronista a Bittel, y luego del pro-

prio Lorenzo Miguel, obligó por una parte a que el antiverticalismo volviese al redil (Robledo) y disgustó bastante al grupo isabelista, que debió silenciar sus acusaciones de "traidor" contra el vicepresidente del partido. La línea Bittel propugna un vasto acuerdo interpartidario que cuenta, entre otros, con el apoyo de Oscar Alende, la izquierda de la democracia cristiana, el conservadorismo popular, el socialismo unificado de Lázara y desde hace poco también la agregación de la Confederación Socialista de Alicia Moreau de Justo.

El inconveniente para este engarzamiento civil proviene del radicalismo. Interrogado al respecto el doctor Tróccoli manifestó: "Es que tenemos malas experiencias en este asunto de las coincidencias, uniones y acuerdos. La experiencia de La Hora del Pueblo sigue siendo muy discutida en el partido." Se agrega a esto el interrogante de si el MID participaría en esta alianza auspiciada por el peronismo, algo que el movimiento popular no tiene resuelto y forma parte de una vieja polémica interna. Radicales e Intransigentes no ven con buenos ojos las intenciones de Frondizi-Frigerio.

En el mes de julio tuvo lugar una cena donde participaron Bittel y Miguel Unamuno por el justicialismo, y Emilio Corbière y Héctor Polino por la Confederación Socialista, cita a partir de la cual se habría llegado a un acuerdo, donde el viejo socialismo de Justo y Palacios aceptaría ser parte de una convocatoria a la que llame el peronismo.

La otra gran cuestión a resolverse en estos próximos seis meses de evidente estática es la oficialización del sucesor de Videla, el elenco que lo acompañaría y las modificaciones que a nivel económico, sobre todo, y también en lo político, podrían producirse. En términos económicos es donde se dan las mayores presiones para una alteración de la filosofía actual, aunque el comentario de las distintas fuerzas y sectores al respecto son por lo general pesimistas. No habría cambios de perspectivas sino de ciertas aplicaciones en el modelo económico. Una alternativa muy comentada es la salida de Martínez de Hoz y su remplazo por Guillermo Walter Klein, el llamado "delfín" de la presente administración. No obstante, el general Viola (casi seguro sucesor más allá de las especulaciones que hablan de otro postulante, el general Diego Ernesto Urricariet) procura en estos momentos una mayor distancia del equipo económico de Videla, sin apartarse sin embargo del neoliberalismo imperante. Postulantes a la conducción de un ministerio de economía reestructurado: Lorenzo Sigaut, Raúl Cuello, José María Dagnino Pastore, Carlos García Martínez, Armando Jaime, Mario Broderon y Alieto Guadagni. Se asegura que uno de estos será.

Al mismo tiempo, Viola, exceptuando el ministerio del Interior (que ocuparía el general Horacio Tomás Liendo, ex ministro de Trabajo), buscaría un gabinete en un 80% civil. En el mismo la secretaría de trabajo estaría a cargo de Guillermo Acuña Anzorena. Rumores, intenciones y expectativas a prolongarse de aquí a medio año. ●

La búsqueda de la unidad sindical

En los últimos dos meses el proceso tendiente a una efectiva unidad gremial ha sido la mayor preocupación del grueso de la dirigencia sindical. La libertad condicionada de Lorenzo Miguel y su intención de aportar a dicha unificación aproximaron más el problema a su momento culminante. Las tres corrientes principales que discuten el tema, *Los 25*, la *CNT* y el *Grupo de los 20*, iniciaron desde mediados de julio una serie de reuniones para ver si se plasma dicho objetivo, donde al parecer los mayores inconvenientes los plantea el *Grupo de los 20* (sector antiverticalista) por sus propias disidencias internas. En los primeros encuentros estuvieron presentes. Lorenzo Miguel, Roberto García (taxista de *Los 25*), Jorge Triacca (plástico de la *CNT*) y Fernando Donaire (papelero de *Los 20*). Posteriormente se agregaron a las tratativas Luis Guerrero (metalúrgico), Roberto Dighón (tabaco) y Ramón Valle (Seguros) con el fin de ampliar más el espectro de posiciones.

Desde marzo de 1976 la política de la dictadura militar tuvo tres facetas para desarticular a las fuerzas trabajadoras en el plano de la organización laboral. Por una parte la represión y el amedrentamiento contra las bases obreras en el marco de una legislación regresiva aplicada en todos los órdenes. Por otra parte una permanente táctica de desunión orquestada desde la cúpula castrense, distintos sectores militares y el Ministerio de Trabajo procurando escindir a la dirigencia gremial y aislar a los sectores más combativos, realidad que se expresó claramente en el paro general al que llamaron *Los 25* en abril de 1979 y que no contó con el apoyo de la *CNT*. Por último, la nueva Ley Gremial, de sentido más estratégico, que busca concluir con las formas y principios de la unidad sindical a nivel nacional, que el peronismo hizo efectivo en 1945.

No obstante, es dable aclarar que la etapa del gobierno militar con su proyecto económico expoliador de los sectores populares, se implanta, además, sobre un sindicalismo que mostraba en marzo de 1976 desacuerdos internos de diverso tono. Disparidades que no podrán ser resueltas luego, entre otras cosas, porque la embestida frontal de las FF.AA. sobre las estructuras gremiales barren con el normal desarrollo de las actividades específicas y provocan —en el marco de una etapa de retroceso y defensa— nuevas problemáticas y reflorecimiento de diferencias, ahora en cuanto a las posiciones a asumir frente al gobierno castrense.

Las discrepancias internas alcanzan a *Los 25*, que se dividen en 1978 luego de un plenario de 80 gremios, donde 26 de estos últimos se apartan de la agrupación para pasar a ser conocidos como *Verticalistas disidentes*. Serán éstos los que posteriormente propongan a los *Verticalistas, Ortodoxos y Participacionistas*, así como también a los *Independientes*, la disolución de la *CGYT* y de *Los 25* y la constitución de una nueva instancia: la *Co-*

flictivamente también los *antiverticalistas (Los 8, separados en 1970 de las 62 Organizaciones)*. También se integran a *Los 25* el grupo de gremios *Independientes*.

Desde principios de 1977 hasta mediados de 1978, *Los 25* constituyen la única expresión político-sindical que actúa en el país y se puede contabilizar que en el marco de esta organización cobra aliento el paro ferroviario de octubre de 1977.

Es a fines de 1978 que se aparta de *Los 25* el sector *Independiente*, acusando de "partidismo peronista" a dicha estructura y buscando conformar lo que luego sería la *Comisión de Gestión y Trabajo (CGYT)*, proyecto este último impulsado por el núcleo de gremios intervenidos por el gobierno militar, que estaban ausentes de *Los 25*.

Producido el alejamiento de los *Independientes*, el peronismo de *Los 25* funda en principio *La Mesa de los Siete*, la que en junio de 1978 se transforma en el *Movimiento Sindical Peronista (MSP)*, ya casi como explícito resurgimiento de las 62 Organizaciones. El *MSP* se encuentra conformado por el sector *verticalista* y los *ex Combativos (ortodoxos)*. La primera confrontación de *Los 25* con la *CGYT* se produce con respecto a la Asamblea Anual de la OIT, cuando *Los 25* plantean como condición para ir que las fuerzas armadas levanten las suspensiones gremiales, liberen a los presos sindicales, impriman un cambio de política económica y concedan un 70% de aumento general, mientras la *CGYT* considera que no deben existir exigencias previas al gobierno antes del viaje a Ginebra, sino al regreso y en un clima menos exasperado.

Tanto en *Los 25* como en la *CGYT* el grueso de los dirigentes son peronistas. Las discrepancias no obstante remiten a una serie de consideraciones que podríamos sintetizar de la siguiente manera:

a) Diferencias entre verticalistas y antiverticalistas, previas a marzo de 1976.

b) Diferencias entre los sindicatos verticalistas intervenidos por la junta y los no intervenidos, que plantean una política de mayor moderación.

c) Diferencias entre los sectores sindicales más duros (*verticalistas, ex Combativos*) que alientan crear una clara distancia entre la dirigencia gremial y los propósitos de la junta, y los sectores antiverticalistas (*Los 8* y los *Independientes*) que consideran la posibilidad de una mejor convivencia con el gobierno como la mejor manera de reestructurar al sindicalismo.

d) Diferencias entre los sectores sindicales peronistas y los no peronistas.

Las discrepancias internas alcanzan a *Los 25*, que se dividen en 1978 luego de un plenario de 80 gremios, donde 26 de estos últimos se apartan de la agrupación para pasar a ser conocidos como *Verticalistas disidentes*. Serán éstos los que posteriormente propongan a los *Verticalistas, Ortodoxos y Participacionistas*, así como también a los *Independientes*, la disolución de la *CGYT* y de *Los 25* y la constitución de una nueva instancia: la *Co-*

misión Nacional de Trabajo (CNT), apoyada por los grandes gremios intervenidos como Luz y Fuerza, Metalúrgicos, Textiles, Telefónicos y Ferroviarios.

Sobreviene un momento de notoria dificultad entre *Los 25* y la *CNT* en cuanto a tender hacia la unidad. Los primeros impulsan un criterio de unidad basado en la necesidad de reconocer un marco de concepciones políticas que hacen a la trayectoria del sindicalismo en la Argentina. La *CNT* procura, en cambio, una alianza abierta que se atenga a los condicionamientos de la nueva realidad nacional. En ese entonces se produce una polémica entre el metalúrgico Guerrero (que en una entrevista periodística expresa que *Los 25* "quieren regresar a marzo de 1976, un deseo imposible porque han pasado demasiadas cosas en el país") y la respuesta de Miguel a esas palabras acusando a Guerrero de "buscar un sindicalismo apolítico y colaboracionista".

A pesar de las dificultades, en septiembre de 1979 se conforma la *Conducción Unificada de los Trabajadores Argentinos (CUTA)* integrada por la *CNT* y la mayor parte de los gremios de *Los 25*. Solamente se excluye de la *CUTA* un grupo minoritario, el *Grupo de los Veinte*. El nuevo nucleamiento, de indudable importancia por el número de gremios que reúne, entra en crisis seis meses después, en marzo de 1980, al realizarse el plenario para elegir la delegación a la Conferencia Anual de la OIT. Los ejes explícitos y menos explícitos de desacuerdos podrían sintetizarse así, en esa coyuntura:

a) La necesidad de elaborar y llevar a la práctica un progresivo plan de lucha que se convierta en el eje de la resistencia popular al gobierno (*Los 25*), frente al criterio de proseguir con la actual etapa de luchas parciales que permitan la flexibilidad de los sectores militares más proclives al diálogo con el gremialismo (gremios moderados de la *CNT*).

b) La postura que reclama que quienes compongan la mesa dirigente tengan mandato de sus respectivos gremios (*CNT, Los 20*) y la posición que defiende que la representación puede darse más allá de estar oficialmente al frente del sindicato (*Los 25*).

c) Diferencias entre los que impulsan una unidad programática de base doctrinaria que sirva como marco a la lucha (*Los 25*) y aquellos sectores que impulsan una unidad, a lograr a largo plazo, sin previas consideraciones políticas (*CNT*).

d) Diferencias entre los sectores que postulan una negociación con clara independencia gremial con respecto al futuro gobierno militar a implantarse en marzo de 1981, y aquellos que ven la posibilidad de encarar con el nuevo gobierno una acción convenida en lo económico y para la rearticulación gremial.

e) Diferencias entre sectores pe-



ronistas que apoyan la conducción oficial del Movimiento (Bittel, Camus, Roca), es decir los sectores verticalistas (*Los 25* y el grueso de la *CNT*), y aquellos sectores gremiales cuestionadores de la conducción heredada del periodo 1975-1976 (*El Grupo de los Veinte*).

Transcurrida esta reciente trayectoria de las líneas dirigentes sindicales, es posible trazar una descripción aproximada de los tres sectores gremiales más importantes.

La CNT

Es el nucleamiento más importante en cuanto a la representatividad gremial que abarca. Bajo su sigla actúan alrededor de 63 organizaciones. De las líneas internas, la mayor es la *Comisión de Gestión y Trabajo*, que nuclea 14 sindicatos. Tres de ellos superan los cien mil afiliados: la UOM con 287 000 afiliados, los textiles con 101 500 y la Confederación de Empleados de Comercio con 121 700. También están en esta línea Luz y Fuerza (82 277), los Gastronómicos (60 000) y FOETRA con 37 500.

Dentro de la *CNT* se encuentran también los *Independientes* (23 gremios no peronistas), con ATE (110 000), la Unión Tranviaria Automotor, UTA (37 700) y Correos y Telecomunicaciones. El tercer sector en el seno de la *CNT* es el llamado *Verticalismo Disidente*, que cuenta con 26 gremios, entre ellos la Unión Ferroviaria, UF (159 800), y la Asociación Bancaria (112 023). Dentro del *Verticalismo Disidente* operan diversas líneas, algunas de ellas muy ligadas a los verticalistas de *Los 25*.

Los 25

Los 25 agrupan cerca de 38 gremios, 32 de los cuales constituyen al mismo tiempo el *Movimiento Sindical Peronista (MSP)*. El verticalismo reúne a 20 organizaciones, siendo la más importante SMATA, con más de 100 000 filiales. También están los taximetristas (40 000) y los camioneros (12 160). Dentro de *Los 25* el sector de los *ex Combativos* (también parte del *MSP*) nuclea a muchos gremios que en 1968 formaban la *CGTA*. Los principales: Mineros (17 365 afiliados) y tabacaleros (3 000). Por último, dentro de *Los 25* actúa un grupo de cuatro gremios proveniente del participacionismo y encabezados por cerveceros (3 165), y otro pequeño sector, también independiente, donde se destaca el sindicato de alimentación.

Los 20

Dentro de este sector existen tres líneas bastante discrepantes entre sí en cuanto a cómo llevar adelante un planteo común de unidad. El *Grupo de los 8* o antiverticalistas, con dos gremios como los más importantes: papeleros (28 000 afiliados) y molineros (12 000). Una segunda línea con el grueso del *Participacionismo*, integrada por 14 gremios. Entre otros, aceiteros (11 600), sindicato del vestido (42 520) y sindicato del Turf (7 000). Finalmente un tercer sector denominado *No Alineado* (proveniente de los *Independientes*) que encabezan la Fraternidad y el Sindicato del Seguro.

Estos 10 sectores, agrupados en las tres instancias citadas, discuten hoy los términos de la unidad sindical, con el propósito de reconstituir, desde las fuerzas trabajadoras, la CGT como unidad nacional. ●

Las últimas reformas y la lucha por el poder

Carlos Ábalo

El pasado jueves 10 de julio por la noche, Martínez de Hoz anunció la iniciación de una nueva etapa en la aplicación del plan económico instaurado por los militares después del golpe de marzo de 1976.

Las medidas impositivas son las siguientes: se aplicará el impuesto al valor agregado (IVA) a la casi totalidad de los bienes y servicios, elevando la tasa máxima imponible de 16 a 20%, salvo para el caso de los alimentos y las medicinas, que pagarán 10%. La tasa del IVA será, de esta manera, la más elevada del mundo. El aumento en el IVA servirá para derogar 23 impuestos diferentes, que antes, en su mayoría, pagaban las empresas; 12 de estos impuestos afectaban al sector agropecuario. Se derogó también el aporte patronal jubilatorio del 15% sobre los salarios y el del 15% (también sobre los salarios) para el Fondo Nacional de la Vivienda (FONAVI). En el futuro, la generalización del IVA permitirá suprimir también los impuestos provinciales sobre los ingresos brutos.

Asimismo se aumentarán los impuestos internos sobre los productos no gravados por el IVA, como los combustibles; se eliminará en 1981 el impuesto a las ganancias sobre las personas físicas; se implantará el reintegro fiscal automático para inversiones en bienes de capital, con el fin de abaratar el equipamiento industrial, agropecuario y minero, y se desgravará la inversión en tierras destinadas a aumentar la productividad.

Con respecto a las tarifas de servicios públicos, se reducirá el ritmo de aumento en los ajustes practicados sobre el consumo de electricidad y gas por parte de las empresas.

Las medidas arancelarias incluyen la proyectada derogación de 8 tributos extra arancelarios a las importaciones y las exportaciones, la eliminación de aranceles a la importación de insumos no producidos en el país; la reducción a un máximo de 20% de la protección para los productos importados que se producen en el país, y la eliminación de las diferencias en el tratamiento impositivo a los bienes importados, con lo que éstos tendrán el mismo trato fiscal que los productos nacionales. En cambio, se eliminarán las franquicias para que los turistas argentinos que viajan al exterior puedan introducir mercancías extranjeras; en lo sucesivo, dichos bienes sólo podrán ingresar al país mediante el pago de aranceles del IVA y de los gravámenes que correspondan en cada caso.

La política cambiaria no será modificada, lo que implica mantener y acrecentar la sobrevaluación del peso con respecto del dólar.

En el plano financiero, se derogó el plazo mínimo para la contratación de créditos externos; se modificará la reglamentación de los depósitos en moneda extranjera, para que los bancos puedan canalizar esos recursos a préstamos de mediano y largo plazo destinados a adquirir maquinaria agrícola y otros bienes de capital; se eximirá del impuesto a los sellos a los créditos a más de 360 días, para alargar los plazos de la financiación, y se emitirán títulos

internos ajustables y bonos externos en dólares, a un plazo de 10 años.

Las medidas anunciadas por Martínez de Hoz respondieron a necesidades coyunturales pero también buscan reforzar el cambio operado a partir de marzo de 1976 en la estructura económica del país.

Aspectos coyunturales

Desde el punto de vista de la coyuntura, el balance comercial se ha vuelto negativo desde el tercer trimestre de 1979. En 1980 habrá una caída en la exportación de carnes, las cosechas disminuirán por efectos del clima y muchos productos agrarios del interior del país y manufacturas de origen industrial saldrán de las listas de exportación por el retraso del tipo de cambio. Para tener una idea de este retraso, puede señalarse que durante el año en curso la inflación será de cerca de 100%, pero la tasa prevista de devaluación apenas alcanzará a 22%. En el mejor de los casos, el saldo comercial negativo de 1980 será de 1 000 millones de dólares, debido a que las exportaciones no pasarán de los 8 000 millones de dólares y a que las importaciones llegarán, como mínimo, a 9 000 millones de dólares.

Las altas tasas de interés que imperaron en el mercado financiero argentino alentaron a las entidades financieras y a las grandes empresas a endeudarse en el exterior, para aprovechar la diferencia entre los costos financieros externos e internos. A fines de 1979 la deuda externa era de poco más de 19 000 millones de dólares; de ese total, 10 000 millones correspondían al sector privado. Las obligaciones, contraídas en gran parte a lo largo de 1979 (la deuda externa privada a fines de 1978 era de 3 000 millones de dólares), representaban la tercera parte de la suma de todos los depósitos existentes en el país en esa misma fecha.

Si se hubiera aplicado una devaluación, el puñado de empresas endeudadas en el exterior habría quedado al borde de la quiebra. Al no devaluar, el gobierno salvó al capital financiero. Sin embargo, como veremos, la decisión tiene otros alcances, desde el punto de vista de la transformación de la estructura económica. Las reformas financieras promueven una aceleración del endeudamiento externo. La autorización para suscribir créditos de muy corto plazo implica alentar los *swaps*, que son préstamos en dólares para tomadores locales, con garantía del Banco Central sobre la posible diferencia cambiaria. El endeudamiento no resuelve los problemas del comercio exterior, ni los del tipo de cambio, sino que los posterga, agravándolos. Con motivo de la crisis financiera, entre marzo y julio del presente año, se había producido una reducción en las reservas de alrededor de 2 000 millones de dólares; las nuevas medidas provocaron un verdadero aluvión de fondos externos, a tal punto que el ingreso de capitales monetarios llegó a ser de 100 millones de dólares diarios.

Alcance de fondo de las medidas

Desde un punto de vista estructural,

las reformas constituyen —como dijo Martínez de Hoz— una nueva etapa en la aplicación del programa económico. En *Controversia*, de julio de 1980 (año II, núm. 7, "La crisis financiera") habíamos dicho que "el aliento a la exportación agraria tradicional, que antes llegaba siempre por la vía inestable de las devaluaciones, tendría que ser obtenido en el futuro por medio de una reducción de los costos basada en la disminución de la protección aduanera. Esta política tendrá la ventaja de ser más estable que la anterior y, además, no será motivo de contradicción entre los intereses agrarios y el desarrollo del capital financiero, que requiere un tipo de cambio más firme".

La reforma anunciada por Martínez de Hoz confirma aquella aseveración. La reforma opta por la no devaluación, pero la compensa con una brutal reducción de costos arancelarios, impositivos y financieros que beneficia, en primer lugar, al capital agrario, pero también a una gran parte del capital industrial. Los beneficios para este último sólo están contrarrestados por la reducción arancelaria en favor de las manufacturas importadas. Por supuesto, las nuevas medidas constituyen, además, un respaldo al desarrollo del capital financiero.

El perjuicio recae, en primer lugar, sobre los trabajadores, dado que la sustitución de una serie de impuestos y cargas sociales por el IVA implica una reducción en los costos de las empresas, que se trasladan a los consumidores, con la hipócrita excusa de la denominada "aplicación del principio de la universalidad del presupuesto", que significa —en buen romance— que el pueblo en su conjunto es quien paga, y no las empresas. La decisión de mantener un bajo ritmo de corrección cambiaría obligará a producir el equilibrio mediante la modificación de los precios relativos.

La apertura es, por este motivo, un proceso de desmantelamiento industrial que afecta a la burguesía menos concentrada y que, por esa vía, afianza el reajuste de la estructura productiva en una escala sin precedentes.

"El funcionamiento de la economía argentina y, con él, su modalidad específica de acumulación responde —a grandes rasgos— a una secuencia que va de un momento coyuntural de devaluación y aumento de los precios relativos en la producción agropecuaria, a otro posterior, correspondiente a la fase expansiva del ciclo, en el que aumentan los precios relativos industriales y el nivel del salario real, hasta que el sector agropecuario —perjudicado por la relación interna de precios— precipita una crisis en el balance de pagos, que generalmente obliga a disponer una nueva devaluación y un traslado de ingresos hacia el campo."¹

La reforma estructural de Martínez de Hoz trató de homogeneizar la modalidad de acumulación bipolar, característica de la Argentina y fundamento de las sucesivas disputas por el poder económico. Aunque la homogeneización es incomparablemente mayor que antes del golpe, subsisten las contradicciones. En los últimos años y medio hubo un retroceso de las posiciones relativas agrarias que escindió al sector frente a la política oficial. Una gran parte de la industria resistió con éxito la competencia de importaciones y se fue amoldando a las nuevas condiciones. Para que desaparezca una parte considerable de las empresas marginales, habría que profundizar el receso, pero la amenaza de que éste se prolongue ha hecho renacer

las prédicas industrialistas en un sector de la gran burguesía. En consecuencia, la futura conducción económica deberá asimilar estas presiones y producir una política más flexible con relación a la industria.

La lucha por el poder económico

La disputa sobre la futura conducción económica gira alrededor de esta cuestión. El sucesor de Videla será, seguramente, el general Roberto Viola. La incógnita es quién tomará a su cargo la cartera de Economía. Los candidatos a la vista son: Guillermo Walter Klein, en la misma línea de Martínez de Hoz, pero cuyas posibilidades se debilitaron después de la crisis financiera; Lorenzo Sigaut, José María Dagnino Pastore y Luis María Gotelli, que expresan una línea más inclinada hacia la industria; Carlos García Martínez, una especie de término medio entre el actual equipo económico y el grupo de "sesgo" industrialista, y, por último, Raúl Cuello, a quien casi se lo puede descartar porque su industrialismo llega hasta la defensa de la burguesía marginal, el cuestionamiento de la apertura económica y el apoyo a una política tributaria encaminada a incrementar la productividad de la burguesía terrateniente.

Parece haberse iniciado la secuencia que va del liderazgo de la burguesía terrateniente en el bloque de poder hacia una conducción más permeable a los requerimientos de la industria. Las modificaciones ocurridas desde 1976, que incluyen el voto político a cualquier forma de populismo, la apertura de la economía, la desaparición o conversión de una gran parte de la burguesía marginal y la liquidación política de la burguesía reformista indican que esta trayectoria no va a ser tan amplia como en el pasado. Con todo, la próxima conducción económica debe hacer frente a estas inquietudes.

Entretanto, el actual equipo económico trata de bloquear cualquier cambio drástico de la política económica en el futuro inmediato. Las reformas financieras y las últimas medidas impiden una brusca modificación en la política cambiaria. Con la sola sospecha de una alteración en esta política, habría una emigración masiva inmediata de capitales a corto plazo, las reservas internacionales se evaporarían y sobrevendría un caos financiero, dado que en la actualidad el equilibrio externo se basa en los capitales "golondrina". Esto significa que el próximo equipo económico se hará cargo de sus tareas con un pesado condicionamiento.

La elección e integración del próximo equipo económico esconde, por consiguiente, una dura lucha política que atraviesa por el medio el proyecto de ley de ministerios. Entretanto, los trabajadores recibirán sobre sus espaldas el muy pesado fardo de las nuevas medidas, que contienen una brutal transferencia regresiva de ingresos.

¹ Carlos Abalo, "El derrumbe del peronismo y la política económica del gobierno militar", en *Nueva Sociedad* núm. 27, Caracas—San José de Costa Rica, noviembre-diciembre de 1976 y "Notas sobre el carácter actual del capitalismo argentino", en *Cuadernos de Marcha*, 2da. época, núm. 2, México, julio-agosto de 1979.

COYUNTURA Y ALTERNATIVAS

Aportes para una discusión de la situación actual

Horacio Crespo, Ricardo Nudelman

La realidad política argentina vive sin lugar a dudas un momento singularmente complejo, cuya intersección correcta es uno de los puntos decisivos para que una política democrática y popular pueda ir construyendo un camino viable en Argentina. Las siguientes proposiciones, más que tesis definitivas producto de elaboraciones de aliento amplio, tienen el carácter de incentivo para la reflexión y la discusión y de contribución al necesario debate que propone el momento presente. Así deben de ser comprendidas por nuestros lectores.

1. Un punto de partida que creemos importante es la consideración acerca del carácter del imperialismo norteamericano. No creemos válida una concepción mecanicista respecto de él, de amplia utilización por la izquierda, que no contempla las contradicciones existentes entre los distintos grupos monopolistas que lo componen, e identifica en una unidad monolítica la política del estado nacional norteamericano con la de las empresas transnacionales. Si bien estos intereses pueden coincidir, pueden también divergir e incluso llegar a contradicciones importantes, como las que se han ido desarrollando entre las transnacionales del petróleo y el estado a partir del boicot de 1971. La línea de desarrollo es la de la intensificación de las contradicciones entre el estado nacional norteamericano bajo su forma actual y los intereses de importantes grupos de empresas transnacionales.

2. Es posible afirmar, como consecuencia de lo anterior, que la política del estado nacional norteamericano tampoco es homogénea, en la medida en que en ella se reflejan y corporizan muchas de las contradicciones apuntadas en el párrafo anterior. La tendencia a hacer visible estas contradicciones en el propio aparato del estado es cada vez más notable, y el período inaugurado con el escándalo de Watergate está presidido por la tendencia a la profundización de este proceso y no a su resolución.

3. Si esta tendencia es clara respecto de las relaciones con los países integrantes de la alianza occidental y el Japón, se manifiesta con mucha nitidez en las relaciones de Estados Unidos con el Tercer Mundo. La política hacia estos países padece de actitudes muy contradictorias, notables en los cambios de administración, pero también perceptibles en las tensiones entre distintos departamentos y entre el Ejecutivo y el Congreso en un mismo período presidencial. La política de la administración Carter hacia América Latina, con su piedra angular en el nuevo tratado del Canal de Panamá, o más en general la de colocar los derechos humanos en un lugar relevante de la diplomacia estadounidense, son un buen ejemplo de las grandes dificultades y tensiones sufridas internamente por el aparato del estado norteamericano.

4. El telón de fondo de todas estas dificultades es el debilitamiento relativo de la hegemonía norteamericana a escala mundial, debilitamiento expresado en una marcada tendencia al cambio de la correlación de fuerzas respecto a los aliados de la OTAN y el Japón en lo tocante a supremacía económica y tecnológica. Como ya ha ocurrido históricamente en otros momentos de crisis del capitalismo, el debilitamiento de la hegemonía norteamericana aumenta las posibilidades de que las clases dominantes locales de los países del Tercer Mundo estructuren una política propia y amplíen su radio de autonomía en función de desarrollar sus propios intereses. Esto hace que, en ocasiones y con distinto grado de intensidad, existan choques con políticas estatales estadounidenses o con ciertos grupos monopolistas transnacionales. La tendencia general es a la profundización de estos choques y diferencias y al aumento, al menos para

ciertos países, de las capacidades autonómicas de decisión.

5. El aumento de la tensión internacional y la profundización de la lucha por la hegemonía mundial entre las dos superpotencias, así como las políticas internacionales tendientes a la ruptura de la bipolaridad y de los bloques y el surgimiento de la multilateralidad, son elementos de mucha importancia en esta situación. Una utilización correcta de estas contradicciones internacionales por parte de las clases dominantes de los países del Tercer Mundo aumenta su capacidad de negociación con las grandes potencias y el margen de autonomía en decisiones importantes. Algunos de los grandes países de América Latina, en particular México, Venezuela, Brasil y Argentina, en distinto grado y en diferentes áreas, están embarcados en políticas internacionales que tienen claramente en cuenta estas contradicciones, las utilizan en su provecho y elevan considerablemente el margen de au-

tonomía de sus políticas internacionales, tanto a nivel general como en lo tocante a estructuras regionales del subcontinente.

6. Los militares que encabezaron el golpe de marzo de 1976 en Argentina se plantearon una meta ambiciosa: lejos de ser un simple remplazo gubernamental, inventaron una recomposición global del bloque de las clases dominantes fundamentada en un profundo cambio en la orientación de la economía nacional y un reordenamiento general del aparato del estado, adecuándolo a las nuevas necesidades del proyecto hegemónico. Desde el punto de vista de la política económica existe una clara sustitución de la orientación del gobierno peronista en su última experiencia en el poder, cuyo eje central era el de activar la producción con vistas a la satisfacción de la demanda del mercado interno, al que se pensaba en expandir en función de una política de redistribución del ingreso más benéfica para amplias capas de la población. El proyecto peronista se complementaba con un programa ambicioso de apertura de mercados no tradicionales a las exportaciones argentinas. La intención del nuevo plan económico, sustentado por sectores de la gran burguesía agraria, industrial, comercial y financiera asociada a sectores de monopolios de la alimentación y financieros internacionales, es la de un profundo reordenamiento económico, renovando los puntos básicos de la estructuración de la economía nacional. La primera etapa del plan Martínez de Hoz se centró en el agudo problema coyuntural de la crisis de la balanza de pagos y la reconstitución de las reservas monetarias. Para esto impulsó un fuerte aumento del

libros·discos·café·galería

gandhi

Miguel Angel de Quevedo 128/130
tels. 548 19 90 / 550 18 84

OFERTAS DEL MES DE SEPTIEMBRE

NOVEDADES DE LAS EDITORIALES:

ANAGRAMA

LUMEN

LA FLOR

30% DE DESCUENTO

OBRAS COMPLETAS DE
SIGMUND FREUD

ENCUADERNADAS EN PIEL DE
EN TRES TOMOS.

\$3,500.00 A SOLO \$2,199.00.

DIARIOS DE **ANAIS NIN**, CINCO TOMOS,
DE **\$1,800.00 A \$1,260.00.**

LIBROS DE ARTE EN INGLES
HASTA CON EL **80% DE DESCUENTO.**

DISCOS IMPORTADOS DESDE **\$129.00**



área sembrada y alentó las exportaciones agropecuarias, especialmente cerealeras, cobrando singular importancia el mercado de los países "socialistas" y en particular la URSS, convertida en nuestro principal cliente. Paralelamente a esta política exportadora centrada en el mejoramiento del sector externo, se planteó un redimensionamiento de la industria, eliminando todo el sistema proteccionista y los incentivos fiscales y crediticios estables permitiendo con esta política de "libre regulación económica" y manejando una indiferencia desconocida en períodos anteriores, la desaparición de empresas industriales importantes en áreas no prioritarias del plan y el avance de una crisis profunda y prolongada en todo el sector industrial, particularmente grave para la pequeña y mediana empresa, aunque de ninguna manera quedaron libres de ellas las grandes. Paralelamente a este desarrollo del proyecto, y aunque no haya podido implementarse a fondo, las medidas contempladas incluían el reordenamiento del sector público, con una drástica reducción del déficit presupuestario en sus distintos niveles y la disminución del papel del estado como empresario en distintas áreas de la economía.

7. El plan Martínez de Hoz, a la vez que permite una recomposición de la tasa de ganancia, tiende a ubicar a la Argentina en la nueva división internacional del trabajo elaborada por los centros imperialistas como respuesta a la crisis actual y modelo de desarrollo hacia el año 2000. Desde esta óptica, nuestro país debería convertirse en una gigantesca fábrica de alimentos como elemento clave de su economía, dirigidos a un mundo tan necesitado de ellos como de energéticos.

8. Si entendemos el proyecto de Martínez de Hoz, y aún más allá de sus especificidades, el intento de remodelación global preconizado por el golpe militar de 1976, se hacen comprensibles todas las apelaciones ideológicas que se hicieron en la primera etapa del gobierno militar respecto de la "fundación de una nueva Re-

pública" o a la "creación de un nuevo proyecto nacional", con su correspondiente reafirmación histórica mediante la referencia al proyecto orgánico de la oligarquía en 1880. Si bien estas apelaciones se han ido espaciando, frente a las dificultades concretas que el propio proceso económico y social impuso, siguen siendo el trasfondo ideológico de la dictadura y serán retomadas con mayor vehemencia en caso de que el plan produzca los efectos deseados.

9. El diálogo político convocado por la dictadura militar forma parte sustantiva del plan esbozado más arriba, siendo el primer paso de su intento por consolidar una salida institucional bajo la forma de una "democracia viable, fuerte y estable". Esta salida no es equiparable al Gran Acuerdo Nacional implementado por Lanusse, ya que éste era un plan coyuntural de respuesta a la crisis y al conflicto político y social, y tampoco los sucesivos proyectos corporativos de Onganía, Levingston y Díaz Bessone, siempre a contramano de la corriente ideológica principal de las clases dominantes argentinas.

10. La implementación de este proyecto no es meramente coyuntural, no es una respuesta defensiva a una crisis. Es el modelo pensado para la reubicación histórica del país de acuerdo a los lineamientos que ya comentamos. Es por ello que cualquier intento de modificación va a ser fuertemente resistido, y es por ello también que no es posible pensar en una resolución realmente democrática y popular a corto plazo de la situación política argentina. La intención básica del plan es la de lograr una estabilidad política prolongada que permita la implementación profunda del proyecto de restructuración económica. Para ello es necesario garantizar la participación institucionalizada de las fuerzas armadas en el esquema de poder como caución definitiva de no desviación en lo esencial de los objetivos, y una renovación de las fuerzas políticas mediante la creación de una fuerza afín a la dictadura y el desmembramiento de las organizaciones tradicionales que por su arra-

go popular y línea política podrían hacer peligrar la estabilidad del proyecto. El otro aspecto sustantivo es la liquidación del movimiento obrero organizado como base para la oposición política, y éste es el sentido profundo de la reciente Ley de Asociaciones Profesionales.

11. Las alternativas que, desde el campo popular, podrían presentarse como oposición a este proyecto podrían ser las siguientes:

a) Desconocimiento de la posibilidad de participar en una apertura política desde la defensa de principios doctrinarios o éticos, apariencia que en realidad encubre la negativa a participar activamente en el campo de la lucha política.

b) Participación activa en la apertura política bajo las siguientes premisas: 1] la derrota sufrida es de tal magnitud que es imposible pensar en un proceso real de recomposición de las fuerzas populares; 2] el peronismo se convertirá, en el proceso de desarrollo político y como adaptación a la situación, en un laborismo insípido vinculado especialmente a las estructuras sindicales; 3] la organización sindical se adaptará al papel asignado por la dictadura, con el triunfo de las fuerzas más participacionistas, conciliadoras e integradoras; 4] todo esto permitirá un espacio político para una izquierda "razonable" y "sensata" que integrará el espectro político nacional con claros visos de legitimidad.

c) Una última propuesta contemplaría los siguientes puntos: 1] el plan económico agudizará el conjunto de contradicciones de la sociedad argentina; 2] en el proceso de desarrollo de estas contradicciones sufrirá reveses de importancia; 3] el marco internacional de crisis y disputa entre las grandes potencias, si bien crea algunas coyunturas favorables, aumenta la inestabilidad general de dicho plan; 4] las contradicciones del proyecto favorecerán el desarrollo de conflictos sociales y la recomposición paulatina y bajo nuevas formas y contenidos de las fuerzas populares; 5] el peronismo aun bajo la dirección de Isabel Perón, seguirá constituyendo un factor de desestabilización política del proyecto dictatorial y un aglutinante de grandes fuerzas populares de oposición; 6] el radicalismo, o al menos importantes sectores del mismo, se verá forzado a adoptar posiciones enfrentadas al régimen y a avanzar en el campo de entendimientos con otros sectores populares.

12. El desarrollo de estas alternativas tendrá las siguientes consecuencias:

a) Para la primera, es la esterilidad y la no participación en el proceso que presumiblemente se abrirá.

b) El centro más problemático de la segunda alternativa es su reconocimiento y aun exageración de la irreversibilidad del proyecto implementado por la dictadura y el presupuesto de su éxito, al menos en una proporción importante de sus objetivos. La fuerza de izquierda que pretende construir, necesariamente aparecerá connotada por esta afirmación y la limitará severamente en su acción, pudiendo llegar a convertirse en la izquierda aceptada y necesaria para el régimen institucionalizado.

c) La tercera propuesta busca las formas de participación activa en la lucha política que desatará la presumible apertura futura, teniendo como interlocutores principales a las fuerzas populares y no a la dictadura. Reconocerá las transformaciones operadas en el país a partir del proceso inaugurado en 1976, pero se apoyará en la vigencia y continuidad de lo que ha constituido las herramientas fundamentales de la lucha del pueblo argentino.

13. Esta última propuesta que esbozamos es la que consideramos idónea para el período de transición política que habrá de operarse en el seno de la sociedad argentina, en el período de pasaje de la dictadura a formas más democráticas. Esta etapa está caracterizada para la izquierda y las fuerzas populares en su conjunto por el término del período de defensiva y el inicio de un proceso de recomposición de fuerzas que contendrá necesariamente elementos muy distintos a los de la realidad presente y se caracterizará por sustanciales modificaciones en las formas organizacionales, programáticas y operativas respecto del pasado. Debemos precisar exactamente que un período de recomposición de fuerzas será necesariamente largo y con grandes altibajos y debe ser cuidadosamente las clásicas—aparezcan especialmente encarnadas, dictatorial o sus formas de sucesión.

PERONISMO

Los riesgos de un nuevo izquierdismo neoperonista

Rubén Sergio Caletti

El tema del peronismo revolucionario ocupa ya un lugar relevante en la problemática peronista del exilio. En los últimos dos o tres meses, la discusión entablada sobre él ha crecido desde los susurros hasta las voces vehementes y, sobre todo, desde lo implícito hacia lo explícito.

El hecho representa —y en eso coincidiremos todos— un síntoma saludable: hemos hablado de los derechos humanos, de Gelbard, de foquismos, hemos hablado de 1955, de 1966, de 1973, pero parece que a los peronistas que estamos en el exterior nos cuesta especialmente hablar de política. En este sentido, la discusión sobre el peronismo revolucionario, en la medida en que se presenta como un debate no sólo sobre la significación histórica de esas corrientes sino sobre su validez para el presente, parece aproximar la puntería, aunque sea en una pequeña medida.

Los debates, sin embargo, contienen a nuestro juicio algunos elementos todavía implícitos u ocultos que resulta conveniente desentrañar para propiciar, entonces sí, una franca discusión política en función de la realidad argentina actual.

El mayor y primer elemento de confusión radica en la direccionalidad real de los argumentos esgrimidos por los defensores del peronismo revolucionario. El desarrollo de la polémica parece poner de relieve que, contrariando todas las previsiones, los defensores de esta postura (con las excepciones que en cada caso el lector sabrá sin duda establecer) no sustentan, en realidad, su discurso con razonamientos centralmente dirigidos a analizar la significación histórica del peronismo revolucionario ni tampoco a explicar su validez actual. Aparente paradoja.

Los combates librados por la clase obrera, la representatividad o irrepresentatividad de la dirigencia, las políticas intransigentes o claudicantes frente al régimen, la organización popular y las formas de conducción, la validez o caducidad de los métodos de lucha armada, no son cuestiones que —por citar sólo algunas de las clásicas— aparezcan especialmente encarnadas, ni en referencia al pasado ni en alusión al presente, en este nuevo rescate de las posiciones peronistas revolucionarias que hacían precisamente de aquéllas sus definiciones cruciales.

En cambio, los nuevos defensores del peronismo revolucionario colocan el eje de sus argumentos sobre el siguiente trípode:

1] Existe una tradición histórica de las corrientes revolucionarias en el peronismo que —taxativamente— no va a desaparecer y de la que nosotros —dicen— somos continuadores.

2] No podemos sino definirnos parte y continuación de esas corrientes —agregan— en tanto nos proclamamos por el socialismo y creemos que el peronismo será el camino hacia él o no será nada.

3] Por último, diferenciamos nuestras posiciones —concluyen— de otras alineaciones peronistas para evitar, según experiencias ya vividas, que la confusión lleve al drama, y con vistas a que, reconocidas las diferencias, se reconozca también nuestra pertenencia al movimiento, al que tenemos derecho propio, y se nos ofrezcan garantías de respeto a nuestra existencia y desarrollo en la futura vida interna del movimiento. Si no se reconocen nuestros derechos a esa participación, si no se nos reconoce como parte del movimiento, no reconoceremos a quienes nos desconozcan.

Tienen razón algunos compañeros que sostienen que, en virtud de la composición política de origen de la mayoría de quienes integran hoy el peronismo en el exilio, lo que plantea esta discusión no es otra cosa que "nuestro problema". O sea, puede entenderse por añadidura que no es el problema del peronismo hoy en la Argentina.

Por cierto, semejante característica no quita un ápice de legitimidad al debate sino que permite encuadrarlo en el marco que le es propio,

un marco de escasa vigencia política en la medida en que dentro suyo no están corporizados los términos reales del enfrentamiento que se plantea hoy en el país, ni dentro ni fuera del movimiento, ni tampoco están presentes las claves de la mediación que vaya a conectar este debate con la confrontación en curso en el país. Se trata, entonces, de una robusta discusión ideológica, tan concreta como la vida cotidiana de quienes la sostienen, tan abstracta como abstracta es la relación real de los polemistas, residentes en el exterior, con el escenario de los acontecimientos.

Aclarar sus términos, sin embargo, importa en la medida en que esta discusión puede configurar aspectos de la lucha interna del futuro, en la medida en que esta postura que hoy aparece bajo el manto de una reivindicación del peronismo revolucionario se desarrollará seguramente mañana bajo otras formas y, finalmente, pero no menos importante, en la medida en que los distintos problemas que aquí subyacen constituyen, sin duda, parte del complicado camino que muchos compañeros en el exterior haremos de transitar en nuestra reaproximación a las concretas luchas populares. En ese sentido, el análisis que formulemos, seguramente controvertible, no pretende más que ser un análisis de batalla y sobre la marcha: si bien la discusión sobre el tema ha crecido, los argumentos visibles están aún poco desarrollados. Pretendemos, precisamente, contribuir a su desarrollo por vía de la polémica. Y los compañeros que de un modo u otro se crean identificados con lo que aquí se critica ratificarán o rectificarán, lo esperamos, nuestra interpretación.

Peró el hecho es que el análisis de los tres ejes argumentales resumidos más arriba permite arriesgar algunas hipótesis sobre el carácter del discurso hasta ahora expuesto por los nuevos defensores del peronismo revolucionario.

La primera de las hipótesis es que, entrelazados en términos ideológicos más o menos generales con la gran concepción que sustentó tradicionalmente el llamado peronismo revolucionario, estos compañeros no continúan ni levantan, en el plano más inmediato, aquellas tradiciones, sino que básicamente defienden y postulan un proyecto en cierta medida *distinto*, que ellos mismos encarnan.

Vale la pena advertir, por ejemplo, lo extraño que resultaría a la dinámica ideológica y política del peronismo revolucionario pedir a la conducción justicialista garantías para la propia existencia política. El peronismo revolucionario del pasado, lo mismo que el de quienes hoy tratan efectivamente de corporizarlo, supuso o supone tener garantizada ante la conducción justicialista de turno, tanto su propia existencia como su participación *de facto* en la vida interna, a través y gracias al consenso de las propias bases obreras. (Y no importa aquí dilucidar cuánto se equivocó o se equivocó en esta apreciación.)

También puede advertirse que el peronismo revolucionario no solía hacer de sus concepciones ideológicas de carácter estratégico una cuestión insalvable de principios (salvo en el muy especial caso de Montoneros, que lo convirtió virtualmente en divisoria de aguas después de 1973). Fueron muchos los grupos y sectores del peronismo revolucionario que más de una vez bajaron sus banderas de tipo socialista si convenía así por razones políticas. Estos grupos encontraban la base decisiva de su diferenciación en el plano de las opciones políticas concretas, de la práctica y la metodología políticas, y eran éstas las banderas que no bajaban. Para esos grupos militantes, incluso, los ejes ideológicos resultaban secundarios en la relación política con otros sectores del movimiento. El más criticado de los dirigentes sindicales lo era, primero, por irrepresentativo, claudicante, entreguista o maniobrero, y muy en segundo lugar lo era por *antisocialista*. La razón es sencilla: en la dinámica política e ideológica del peronismo revolu-

cionario el problema era conquistar lo que se consideraba una conducción política auténtica de la clase obrera. Conquistada esa conducción, las grandes definiciones vendrían por sí solas. Hábíl o ingenua, esta concepción tenía su base en que el nacimiento mismo de las corrientes militantes revolucionarias del movimiento explicaba su razón de ser en el cuestionamiento a los dirigentes del partido y los sociales del peronismo y no en un cuestionamiento intrínseco al propio movimiento, al que se consideraba *esencialmente* revolucionario, es decir coherente con las definiciones de esas corrientes militantes.

En cuanto a las tradiciones históricas del peronismo revolucionario que nuestros polemistas reivindican para caracterizar su postura, creemos, por lo mismo, que se corre también aquí el riesgo de instaurar la confusión de una línea que asume el nombre de otra.

Si el peronismo revolucionario se expresa en los programas cegetistas de La Falda y Huerta Grande —por mencionar los dos ejemplos clásicos—, entonces resultará que continuadores de esas tradiciones somos todos los peronistas porque, como ya se sabe y se ha dicho, éstas son tradiciones del peronismo como movimiento nacional y del peronismo revolucionario como corriente particular. Las agrupaciones del llamado peronismo revolucionario levantaron esos programas como propios, precisamente porque eran de todo el movimiento obrero, para enfrentar a ciertos dirigentes con su propia historia, con sus propias bases, y para rescatar y profundizar una línea de acción que era patrimonio enraizado en el peronismo en su conjunto.

Peró si el peronismo revolucionario, en cambio, es la línea que, en trazos gruesos y esquemáticos, podría trazarse entre el MRP y Montoneros, entonces el camino está libre para quien quiera proclamarse su continuación. Y sería la primera vez que un grupo del llamado peronismo revolucionario apoye su propia definición en la historia de las agrupaciones que lo anteceden y no en la tradición combativa de todo el movimiento.

Un haz de definiciones políticas e ideológicas paralelas a las tres ya mencionadas, y que también forman parte del discurso que analiza-

CRITICA&UTOPIA

Latinoamericana de Ciencias Sociales

Advertencia

ARTICULOS

Prólogo a Laski. Gino Germani

Educación y democracia. German W. Rama

La autonomía relativa de la educación y la democracia. Enrique Bernales

La situación geopolítica mundial y la viabilidad de la democracia en América Latina. Jesús A. Silva Michelena.

La dinámica de los centros de economía mundial. Jorge Swartzter

Obstáculos a la democracia en América Latina: una reflexión en torno a la clase obrera. José Luis Reyna

Clase obrera: sindicatos y democracia. Francisco Delich

Hegemonía y democracia: Aldo Ricci

DOSSIER

A propósito de la acumulación de conocimiento. Una nota sobre Locke y la democracia. Carlos Strasser

Paretto. Norberto Rodríguez Bustamante

CORREO DE LECTORES

Carta de intelectuales chilenos

Carta de los intelectuales argentinos

Resolución del Comité Directivo de CLACSO

IN MEMORIAM. Juan Francisco Marsal

mos, permitirá, tal vez, avanzar en la dilucidación del tema. Este haz de definiciones, que se realiza también bajo el paraguas del peronismo revolucionario, expresa más a las claras su escasa vinculación con las tradiciones históricas e ideológicas de esas corrientes. Entre otras, estas definiciones son:

*La condena radical a Montoneros, particularmente en su actuación posterior al golpe de 1976, y con distintos matices en lo que se refiere a la etapa anterior.

*La condena igualmente rotunda a las formas guerrilleras de acción.

*Una cierta *suspensión del juicio* respecto de las formas armadas de lucha en general.

*La revaloración de la democracia como esquema de participación y comportamiento políticos para el país en las etapas presentes.

*La voluntad de pugnar por constituirse en una porción del movimiento en coexistencia con otras líneas y posiciones y con el reconocimiento implícito de que la propia es una postura minoritaria en el conjunto.

Más allá del problema de la democracia en general y más allá de las críticas y condenas a la experiencia montonera, comprensibles ambas desde cualquier perspectiva peronista que haya extraído las obvias conclusiones del proceso de la última década, lo que resulta decididamente novedoso es la concepción de un peronismo "democrático" donde las corrientes revolucionarias se propondrían coexistir pacíficamente.

El punto, con todas sus implicancias y supuestos, es decisivo para el análisis de la direccionalidad ideológico-política de la nueva propuesta. Por nuestra parte, consideramos lógico y casi indispensable que, muerto Perón y superada la actual fase dictatorial, el movimiento asuma una organización interna de tipo democrático. Pero resulta difícil entender que esta premisa forme parte de una perspectiva de tipo revolucionario en el movimiento, *revolucionario* de acuerdo a los cánones de la tradición de esa corriente. Como se recordará, en la base de la concepción de los grupos revolucionarios del peronismo estuvo siempre la convicción de que el movimiento debía inscribirse *globalmente* en una línea de avanzada porque precisamente ése era el contenido exigido por las bases y distorsionado por los dirigentes.

Si el peronismo revolucionario se hubiera reconocido a sí mismo como una porción de la militancia obrera y juvenil en un marco más complejo de relaciones sociales y políticas y no como la *representación histórica* virtual del conjunto, otra hubiese sido la historia del país. Pero fue precisamente lo que *no* hizo, si bien, en la práctica, soportó la coexistencia durante largos años, en calidad de corriente interna. En otras palabras: el peronismo revolucionario, sus agrupaciones y representantes, *recibieron* cuotas de poder interno de acuerdo a las relaciones de fuerza reales de cada etapa, pero nada más ajeno a estos grupos y a su concepción que *pedir* esas cuotas *como vía de resolución estable* de la lucha interna. La clave por la que se autoconcebían como *revolucionarios* radicaba, precisamente, en plantear una concepción distinta (muchas veces *alternativa*) acerca de *toda* la organización del movimiento. Mal podían entonces pedir reconocimiento a quienes impugnaban por principio (por lo demás, hasta 1973, ese reconocimiento lo otorgó siempre Perón, sin que mediasen solicitud o negociación específicas).

En pocas palabras, una distancia involuntaria pero real parece separar, a nuestro juicio, al peronismo revolucionario del pensamiento hasta ahora visible de sus nuevos defensores. El peronismo revolucionario se suponía a sí mismo la expresión política de amplias masas dentro del movimiento y, por lo tanto, ni pedía permiso ni reivindicaba sectariamente las tradiciones del conjunto ni antepone a su accionar los problemas ideológicos estratégicos, ni negociaba *por arriba* una legitimidad que entendía le era dada *por abajo*, de acuerdo a aquella idea fundacional del peronismo revolucionario de la distinción básica entre las masas y los dirigentes. Y, más que definirse a sí mismo y a las reglas de su inmediata o eventual participación, el peronismo revolucionario se ocupaba de los problemas políticos de método, organización y alianzas convenientes a sus objetivos.

Esta distancia objetiva entre uno y otro conduce necesariamente a ampliar la hipótesis que ya enunciamos y a preguntarnos hasta qué punto, bajo esa identidad renovada del peronismo

revolucionario, no subyace en realidad —y repetimos: *en cierta medida*— la defensa de algo que podría provisoriamente llamarse *el proyecto de constitución de un ala orgánica de izquierda, moderna y socialista, dentro del movimiento*.

Mientras que algunos de los elementos señalados en el discurso de nuestros polemistas, como la definición a favor de la democracia interna o la crítica a la experiencia montonera, podrían ser atribuibles, sino a una corriente tradicionalista del peronismo revolucionario en cambio sí a otros sectores actuales del movimiento, no sucede otro tanto con varias de las demás definiciones. La opción ideológica por el socialismo como punto de partida (socialismo, una palabra cada día más ambigua y confusa) y el reclamo de ser reconocidos a partir de ese perfil como porción del movimiento en coexistencia pacífica con otros sectores, enlazando a la vez este reclamo con la exigencia de garantías para el propio desenvolvimiento interno, constituyen por el contrario elementos de un discurso que no es posible articular, como ya vimos, con las tradiciones del peronismo revolucionario, pero tampoco con la de otros sectores actuantes en el movimiento.

Veamos el tema de las garantías. Si la conducción peronista no ofrece, llegado el momento, seguridades para la actividad interna de este sector, sus voceros se inclinarían, según lo afirmado, por no reconocer a la conducción y no concurrir a la unidad. La unidad —sostienen algunos compañeros— debe establecerse en torno a *objetivos* que se especifiquen y discutan previamente.

Pero el problema es que hoy, muerto Perón y bajo los ataques del régimen, la unidad es la forma política concreta que asume la pertenencia misma al movimiento. Más aún: la unidad aparece como el único camino para participar en la discusión sobre las futuras definiciones orgánicas, ideológicas o estratégicas del movimiento.

La necesidad de diferenciación y de establecer con precisión casi contractual la unidad con el resto del peronismo (aquí o allá) resulta inteligible en función de una historia política específica de sector de la que esta nueva postura es hija, sector que sufrió el segregacionismo más feroz de parte de la derecha del movimiento cuando ésta alcanzó la hegemonía interna en el movimiento, desplazando a la llamada *tendencia revolucionaria* en todos sus matices y cobrando revancha sobre ella y sobre su propio reguero de sectarismos previos, en el marco de una guerra sin tregua por el control político global del movimiento.

Pero superada (no *olvidada*) la historia de esos años, el hecho de que sea inteligible en función de ciertos parámetros no quita que implique al mismo tiempo un claro ideologismo como rasgo decisivo de las propias definiciones y del propio accionar. En otras palabras: entendemos que en la postura subyacente en el discurso de los nuevos defensores del peronismo revolucionario, y que interpretamos como el proyecto de constitución de un ala orgánica de izquierda dentro del movimiento, se alberga sutilmente una concepción de clásico corte *izquierdista*, según el significado conocido que tiene esta palabra en la jerga nacional: y ésta es la tercera parte de nuestra hipótesis.

Izquierdismo no peronista: si la pertenencia al movimiento está, en última instancia, en discusión; si la unidad está condicionada; si la diferenciación ideológica se antepone a la diferenciación práctica; si la lucha política interna que encierran estas premisas podría resolverse bajo el lema "a cada quien su particita", entonces nos encontramos ante una postura que defiende antes que nada su propia organicidad, su propio espacio, sus principios y sus propios objetivos. Es decir, su propio pequeño partido, en el marco de una *eventual circunstancialidad peronista*.

Será obvio, tal vez, para muchos de nosotros, que esta posición implícita, cobijada bajo la defensa del peronismo revolucionario —hoy por demás discutible— encierra varios graves riesgos. Uno de ellos, reproducir errores ya criticados y experiencias, propias o ajenas, supuestamente aprendidas. Reproducir políticas sectarias, estrategias de aparato propio, concepciones alternatistas con la diferencia de que, dadas las circunstancias, resultan alternativismos apriorísticos y, para colmo, sin más ambición que una parcela.

El otro riesgo grave que va implícito es el de sustraer durante la marcha a un amplio número de cuadros medios y militantes peronis-

tas de las batallas políticas que habrán de librarse en el futuro contra los enemigos reales, prolongando la parálisis que naturalmente sucede a los fracasos o las graves confusiones.

Hoy, como ayer, la definición *política* de peronista, además de una identidad cultural o de clase, implica la capacidad de actuar entretrejiéndose en un cuadro social de *fuerzas dadas* para transformar efectivamente sus relaciones recíprocas. Primero frente a las fuerzas dominantes, luego, eventualmente, en el propio marco interno. Si algo ha sido característico de los izquierdismos argentinos —y parece serlo en el discurso que analizamos— es la imposibilidad de efectuar ese reconocimiento primario de las *fuerzas dadas* y, por ende, de definirse y actuar *políticamente* dentro del cuadro que conforman.

El condicionamiento a la unidad con el resto de los sectores peronistas supone reproducir el drama paralizante del izquierdista clásico que, en Argentina o en América Latina, elige un partido por sus ideas, si no le gusta cambia y elige otro y, finalmente, cuando probó cinco y fraccionó tres, concluye que lo mejor es fundar el propio, que de ése nadie lo va a excluir.

El militante izquierdista *elige* porque su identidad política se ha conformado siempre a partir de una parábola ideológica individual. Por eso, para los militantes de izquierda, la política se confunde con ideología y a los actores sociales se los confunde con sus programas y se los recela o rechaza por sus programas estratégicos. Y por eso, pertenece, condiciona su pertenencia al movimiento peronista, o rechaza esa pertenencia, en función de razonamientos ideológicos más o menos individuales, no por su pertenencia o exclusión a la vida política misma de las clases populares.

Muchas veces se ha dado el debate entre las concepciones izquierdistas y las concepciones movimientistas en nuestro país. Entre la izquierda partidaria y el peronismo en su conjunto, en un nivel; entre la izquierda del movimiento y las corrientes movimientistas, en otro nivel. Por lo común, estas discusiones cayeron siempre en el debate de ejes ideológicos, es decir, cayeron en el terreno propuesto en los dos casos por la izquierda respectiva.

Hoy, aquí, parece posible que vuelva a suceder lo mismo. El peronismo revolucionario clásico tuvo muchos errores pero no el izquierdismo. Hoy aquí, parece posible que de parte de sectores que se conciben a sí mismos como peronistas revolucionarios termine emergiendo una suerte de izquierdismo neoperonista que define su posición a partir de una idea acerca de cómo debe incluirse a sí misma en el movimiento: con elecciones internas y funcionamiento propio de moderno partido laborista, dicen unos; con una organización de tal amplitud que nos contenga en su interior, dicen otros.

Lo nuevamente paradójico de la cuestión es que no se pide que el peronismo negocie más o menos con el MID, que resuscite o no la Hora del Pueblo, que promueva o no un paro. No son éstos los puntos del debate o de la definición, pese a constituir hoy los ejes *políticos* de la discusión peronista. Antes bien, para los nuevos peronistas revolucionarios la propia posición se funda en una cierta reínterpretación de sí mismos en el movimiento.

Sucede que el movimiento radica en el hecho de que la enorme mayoría de sus militantes y simpatizantes recorre el camino precisamente inverso. Quien forma parte de un movimiento popular no "elige" su pertenencia por razonamientos ideológicos individuales o luego de negociar su participación. Forma parte, antes que nada socialmente, de una expresión política que se funda en el reconocimiento que todos hacen del sujeto colectivo como único protagonista verdadero: el sujeto social, las clases populares. En todo caso, no le está dado elegir. Su posición, su pertenencia peronista, le ha sido "dada" por el sistema, lo mismo que su conciencia más o menos precaria de lo que lo une a sus iguales y de la necesidad de forjar sus dirigentes.

Autoasumirse como una parcela con la aspiración de ser dejada en paz y participar libremente implica haber criticado el esquema vanguardista pero sólo a medias: ser el uno o el dos por ciento, como se ha pensado, es ser una vanguardia sin éxito, pero mantiene bajo el manto de corriente los criterios del partido de izquierda.

Hemos criticado insistentemente el vanguardismo. Ahora nos enfrentamos ante la alternativa de liquidarlo o de quedarnos en la crítica. ¿Liquidar qué? ¿La historia de las luchas obreras? No. ¿El programismo de izquierda, los ideologismos? Sí. ●

Movimiento peronista y concepciones de la política

Nicolás Casullo

Sobre la política

La preocupación mayor que debe impulsar nuestras charlas como peronistas se da en el plano de la política. En este sentido una pregunta muy poco pensada en sus respuestas sería: ¿de qué manera el pueblo hace peronismo? ¿Cómo producen las clases trabajadoras esa tan recitada *identidad* por la cual organizan, definen y legitiman su presencia política?

Para los que somos parte de una historia tendencial del peronismo, este último —como movimiento popular— fue algo definido generalmente desde una *lógica izquierdista* (que suele ser algo distinto a la problemática de la revolución popular), más que un fenómeno comprendido desde lo que las masas argentinas gestaron. Pensar el peronismo fue más relatarlo desde ese orden izquierdista (marxista, no marxista, antimarxista, influenciado por Europa, por el tercermundismo) que un esfuerzo por definirlo desde su *ensamble político* como pueblo en su lucha histórica. Es decir, el Movimiento popular en lo que es, en lo que va siendo. Lo que significa no pensarlo como lo que "definitivamente" es, ni desde lo que debería ser.

También estamos mucho más "avanzados" en caracterizaciones económicas, en programas al respecto, que en la *comprensión del peronismo como política(s) que hace presente a las masas* ¿Cómo expusieron esas masas su historia combativa? ¿Cómo expresaron o fue expresada su trayectoria popular, nacional y democrática desde el punto de vista del hacer político? ¿Cómo, y a partir de qué datos, sitúan la real conciencia política y cultural del cambio en nuestra historia? ¿De qué maneras concretas son el Movimiento Popular, en distintas circunstancias de nuestro proceso?

Clases populares y producción política

Resultó frecuente, en muchas concepciones sobre el peronismo, la poca consideración a las formas de presencia con que el movimiento *complejamente*, se constituyó y se desarrolló. Formas políticas e ideológicas que deberían decirnos, en lo básico, sobre el *planteamiento global*, y al mismo tiempo *específico*, de las clases trabajadoras en y frente al sistema de dominio. Cuando digo formas no sólo me estoy refiriendo a las organizaciones relevantes (sindicatos, partido), sino también a aquellas *prácticas, relaciones e inscripciones peronistas* en el tejido social y político argentino, que vinculándose o no con los citados modelos institucionales, resultan expresiones de una estructuración peronista: la índole de lo democrático-popular definiendo el conflicto en el escenario nacional.

Formas de mediación y de no mediación entre bases y conducciones. Diversidad de formas de interiorización y exposición de un liderazgo. Formas de legitimar y reprobar representaciones orgánicas propias. Formas de tomar distancia y recuperar diferentes ordenamientos institucionales. Formas de disgregación y confluencia. Formas gestonarias de democratizar espacios de lucha y formas de incorporarse a la verticalidad como conjunto popular. Formas de situar la relación de las masas con lo estatal en tanto poder administrador, en tanto espacios democratizables, en tanto esferas de disputa de poderes. Formas de recuperar críticamente, desde las expectativas populares, las referencias que definen la democracia institucional. Formas de engarzar realidades políticas con realidades no políticas. Formas integradoras de lo fabril, lo sindical, lo barrial, lo cotidiano. Formas avalladoras de la legalidad y la ilegalidad popular. En resumen, realidades políticas todas estas que, en su conjunto y en sus especificidades, constituyen *producciones articuladoras* de la presencia de las clases subalternas.

Formas que, en sus posibilidades y límites, en sus coherencias y contradicciones, en sus despliegues, democratizaciones y burocratiza-

ciones constituyen indeleble parte de los tan mentados, y siempre brumosos, *contenidos populares* que signan nuestra historia contemporánea hacia la transformación social.

El "cómo", además de "quiénes"

Hablamos entonces de la configuración del movimiento en nuestra historia, no desde un formalismo cultural sino desde el interrogante político. Es decir, desde lo que tiene de intransferible la experiencia popular en la Argentina. Lo que tiene, precisamente, de acontecer político. Situar la producción de lo subalterno en el más amplio sentido: gestaciones mediadas y directas que construyen y recrean la existencia popular en relación a un dominio.

Por lo tanto, el peronismo pensado no ya solo en cuanto a *quiénes* se hacen presentes en el proceso (dominante y paralizadora lectura económica que "califica" y "descalifica" a partir de reduccionismos), sino el peronismo en cuanto a *cómo* el conjunto de los sectores trabajadores logra y puede hacerse presente en términos políticos.

Esto último es lo que nos hace falta analizar, para atenuar esa enajenación que a través de principismos ideológicos relega a lo subalterno al situarlo como realidad acomodable o inimpugnante, pero que finalmente "deberá responder" a lo deducido por el grupo revolucionario. La famosa tesis de que, en último término, *la esperanza soy yo*.

Hacer eje en cómo las masas proponen su existencia política (y a partir de esto manifiestan y alteran sus contenidos culturales de resistencia, cuestionamiento y posibilidad de alter-

nativas) fue una perspectiva de distintas maneras no resuelta por diversas concepciones peronistas, o planteadas parcialmente ya sea por derecha o por izquierda.

Lo que siempre quedó bastante desconsiderado fue el reconocimiento de la producción del sujeto popular y nacional, en tanto movimiento de masas. En tanto constitución política a la que no puede dar cuenta una mera lectura económica, a "reencontrar" luego en planos "superestructurales" (bonapartismo, populismo, dirección burguesa). Que no es tampoco el rescate de uno de sus elementos constitutivos que hipertrofia en lugar de develar las posibilidades del movimiento histórico (sindicalismo, basismo, partidismo). Que tampoco es dable que responda a una teoría que por lo común parte de su diseño para juzgar o "controlar" la historia de las masas (vanguardia, partido de la clase, conciencia de una determinada ideología).

Muchas de estas concepciones surgieron como permanente manera de reformular el movimiento, como si éste, en tanto tal, no tuviese otro destino que ser silencio, mito o conglomerado inaprensible, y no el planteo político-cultural de las masas para el cambio real. Muchas de estas concepciones, también como manera de reducir a un *orden clásico* el enfrentamiento dominación-dominados, las disparidades del peronismo, sus despliegues, sus reflujo, sus dirigencias en relación al pueblo, sus "reparaciones" sintetizadoras. Muchas de ellas, buscando totalizar al peronismo en un *sentido definitivo* o en corrientes internas que albergan la exclusividad de esos sentidos —reformismo, revolución— sin aceptar (y menos legitimar) la pluralidad de sentidos que contiene el proyecto democrático de cambio social.

Perspectivas y expectativas reales

No se ha analizado lo suficiente la *disposición política* que instituye el movimiento popular en el proceso. Es decir: su compleja concreción frente a los poderes del poder. No hemos procurado aproximarnos lo necesario a la crisis política nacional (que el peronismo define desde 1945 y prolonga históricamente) desde el mo-



vimiento popular como entramado orgánico en la sociedad civil. Aproximarnos a la vertebración de elementos, relaciones e identidades que funda el peronismo en su lucha antidominante.

Sucede que, en el marco de las crisis, las clases populares se convierten en una expresión de deseos, en una abstracción del análisis, en un dato socioeconómico, sino entendemos cómo, a través del movimiento popular, se generan concretamente perspectivas de unificación y consenso en la sociedad y en los distintos territorios políticos y, por lo tanto, se generan hegemónicas expectativas de cambio a diversos niveles.

Existe entonces la necesidad de situarnos en el planteo que produce lo subalterno. Que contiene a lo subalterno y queda legitimado por éste. Presencia de prácticas y conciencias peronistas a través de la cual la clase trabajadora y otros sectores sociales se proyectan, como conjunto histórico con sentido político, en la crisis argentina. Presencia a través de la cual el movimiento popular integra y traduce la crisis nacional, en lo que hace a la democracia institucional, a la democracia social y a lo democrático transformador. En lo que hace a las mediaciones organizativas y nuevas formas de democracia de base que confluyen sobre las esferas político-estatales. En lo que hace a la red de acciones autogestadas por sectores del pueblo, que confrontan con lo dominante, entendido este último como presencia de una lógica de dominio diseminada en el sistema.

Y es esta última comprensión del Movimiento Popular Histórico la que hoy interesa discutir de manera diferente al pasado. Sobre todo el peronismo desde 1955, cuando crece gigantesco como lucha ideológico-cultural además de político y sindical. Nueva comprensión que debe incidir en nosotros y hacer consciente que discutir sobre concepción de la política es pensar otra forma de presencia y participación militante, movilizadora y cabalmente alentadora de una revolución social y cultural.

La política como nueva comprensión

La realidad del peronismo ha sido concebida de diferentes maneras. Sindicalismo, partidismo, corporativismo, basismo, clasismo, guerrillerismo movimientista, son las etiquetas más comunes para nombrar alternativas o corrientes promovidas o habilitadas por el peronismo. En resumen, tendencias que han cristalizado como ideologías. Lecturas del movimiento popular que aparecen global o parcialmente, en forma clara o difusa, desde distintas posiciones. La necesidad de discutirlos no tiene como intención señalar herejías históricas sino reconocer que en cada una de estas perspectivas subyace una comprensión de la política. Es decir, decisivo tema de análisis a discutir hoy entre aquellos que creemos en el peronismo como transfor-

mador de la Argentina desde un auténtico protagonismo popular.

Cuando digo distintas comprensiones de la política me refiero a que desde tales comprensiones habla el peronismo, y a través de ellas hablamos. Rastrear estas concepciones, confrontar, polemizar, elaborar esta vida ideológica, creo que es uno de los caminos más pertinentes para una nueva comprensión del movimiento popular, a partir de reconocer que en este plano se concentra y reitera el mayor dilema de la revolución. El dilema de volver a pensar profundamente qué significa ese extenso y posible acontecimiento transformador (previo y posterior al triunfo popular), pero pensado desde la concreta, vasta y dispar experiencia nacional y democrática de las masas. Esto es: intentar ser parte de una esperanza de cambio social desde una nueva experiencia nuestra que haga estallar ortodoxias obedecidas, simplificaciones inconducentes, lógicas supuestamente revolucionarias, leninismos y foquismos aplicados, cubanismos, argelismos y vietnamizaciones de la Argentina. Y sobre todo, caminar hacia una nueva experiencia que no permita la regeneración de soberbias ideológicas, de aparatos, aparatitos y "periferias", de internismos y "colaboradores", de apreciaciones mitificadas, sectarismos y activismos ciegos.

Sin duda la crisis del pensamiento de izquierda, de la que tanto se habla en la actualidad, no es —en cuanto a lo argentino— un problema de confrontar viejas y nuevas bibliografías sino de reencontrarse con el Movimiento Popular y sus inscripciones en el proceso con respecto a la posibilidad democrático-transformadora, con respecto a la violencia del sistema y la biografía del pueblo frente a esa violencia, con respecto a las experiencias de autogestión, a lo cultural como alternativa, a la relación masas/crisis política, a la posibilidad del socialismo: evidencias que el peronismo de izquierda desconsideró agudamente, y que al marxismo político ni siquiera le sirvió para descubrir, "nacionalmente", la crisis del dogma que lo persigue a perpetuidad.

El análisis político del Movimiento Popular

Con respecto a la comprensión del peronismo, en principio tres clásicas visiones globalizadoras incidieron desde el punto de vista que nos interesa empezar a discutir. Que nos interesa discutir porque nacieron desde el movimiento, o tuvieron al mismo como referencia, y por lo tanto sobre dichas concepciones se asentó siempre, hoy también, el problema político popular en la Argentina.

1] El peronismo se generaría políticamente (y en consecuencia reencuentra sus sentidos esenciales) en las afueras del sistema político implantado por la dominación histórica. Las clases populares no inscribirían su inteligibili-

dad dentro de las fronteras del orden oligárquico burgués. La democracia, en tanto historia institucional, no es una progresiva conquista de las masas. Por ende la resolución, desde lo popular, es una permanente idea de *asalto* (destructor) al sistema político. Es decir, el no reconocimiento de este último como espacio de democracia construido en términos históricos y a seguir profundizando. La línea nacional, desde ciertas interpretaciones, vive en los márgenes no ya del juego político proscriptor sino del orden burgués. La concepción visualiza a "las masas avanzando" contra una fortaleza política exclusivamente enemiga.

2] El peronismo como previsible y asimétrico acuerdo de intereses económicos de clases, acuerdo político en definitiva burgués, interrumpido en 1952-1955. A partir de ahí, el peronismo como conciencia interrumpida de las masas trabajadoras, que debe conmovirse para dejar atrás la prehistoria. El movimiento, por lo tanto y fundamentalmente, como creación de lo dominante, como lógica económica y política de un orden instituido, para que la crisis histórica no pueda resolverse desde lo popular. El peronismo como retardo de las masas, hasta el día en que el proletariado comprenda la ortodoxa visión del "conflicto revolucionario": a cada clase una política precisa, a cada estado capitalista una burguesía independiente y exclusiva dueña del aparato reproductor. En consecuencia: la necesidad de superar la enajenación popular a través del retorno a los orígenes del Primer Principio Teórico.

3] El peronismo como claro e incontaminado surgimiento del proyecto popular, de una vez y para siempre. La historia casi se dio en su totalidad en 1945. De ahí, el aplanamiento de las contradicciones a partir de una dogmática peronista que convierte a la realidad de ideologías populares en una sabiduría contenida desde siempre en el líder, o petrificada misticamente en las masas desde hace 35 años. La resolución, por lo tanto, no se va dando básicamente desde la producción política de lo popular organizado y a lo largo de un proceso que el pueblo redefine sino desde una doctrina peronista acabada a la que el pueblo adscribe (variante leninista). En otras palabras: para todo cambio social se necesita una filosofía (idealidad totalizadora) de la historia a cargo de *lo dirigente*, funcionando como "ciencia" que se autocontempla en la corrección y señala las malas o buenas aplicaciones. Lo popular es esa lógica que se despliega. Lo dirigente, concebido no como necesidad desde una lucha de masas sino como necesidad de una doctrina.

En cuanto a proyecto de encauzamiento del Movimiento Peronista a partir de políticas concretas que buscan hegemonizarlo, se pueden relevar:

4] Las posturas que intentan reeditar la alianza sindical-estatal-militar, por encontrar en este triángulo de poder la clave de la posibilidad popular. La concepción política es una ocupación del estado-instrumento que no pretende reformular la lógica histórica de un poder. Desde este punto de vista el sistema político, como variable de distintas intenciones democráticas en lucha, no es el horizonte de las masas para la edificación de su cambio social. Las masas actúan para fracturar a las fuerzas armadas. La experiencia popular es un interregno que se secundariza, que se interrumpe, que se suplanta por la perspectiva de un estado benefactor que elabora, como poder, la democracia para las masas.

5] Las fuertes tendencias, desde los orígenes del movimiento, de las políticas sindicales de corte laborista. El peronismo se explica desde la forma gremial y por lo tanto no rebasa, como fenómeno político, esas fronteras. El peronismo es la politización de una estructura mediadora en el conflicto económico, luego de una extensa historia de politizaciones equivocadas de este organismo. Los trabajadores quedan casi exclusivamente inscriptos en su condición de agremiados fabriles politizados: consenso del poder obrerista. Es decir, son, sobre todo, lo que el espacio de negociación convenido con el orden del capital fija que sean: la disciplina fabril orientada. La concepción parte de que el problema político se resuelve en la esfera dirigente del sistema, y en tanto una forma de presión reconocida —la sindical— "se haga política" desde las referencias gremiales.

6] El peronismo comprendido desde la forma partido-institucional, en razón de que consiguió afirmarse a través de la democracia burguesa y proscripto en el juego político, bregó

naturalmente por volver a protagonizarlo. El orden político del sistema, idealmente separado del universo de lucha social, es el que "genera" las formas políticas históricas. Lo que este orden oculta, se convierte en lo contraproducente del Movimiento Popular, en tanto cosa "informe". La necesidad del partido de masas, entonces, como modelo que presione contra la conflictiva vastedad de lo popular y sitúe a este último en armonía con la racionalidad de la crisis político-estatal del sistema. La búsqueda de definir al peronismo desde la organicidad partidaria: que en esos límites sintetice sus disparidades, "democráticamente" (según la dominación) y se logre impedir la alteración de la lógica civil-política del sistema. Izquierda y derecha, revolución y conservación deben participar de una forma reductora de lo político, de una razón compartida por todos, con diferentes programáticas.

7] El peronismo excluyentemente valorizado en las bases obreras, a partir de un corte del Movimiento Popular entre contenido de masas y estructura organizativa. Desde el origen casi, el peronismo es una escisión. Por una parte un terreno social y económico de masas que prefigura la conciencia de la revolución, aunque con una esfumada historia política propia. Por otra parte una biografía de políticas, inmersas en la crisis del sistema de poder, pero no representativa de los intereses del pueblo. La perspectiva de este último, entonces, es vista como una autogestión de bases en términos permanentes y casi absolutos, a la manera de una refundación del peronismo, ahora "no escindido".

8] El peronismo como la no lograda (en el 45) o ya imprescindible organización independiente de la clase obrera. Clase proletaria peronista que únicamente encuentra "su escurridiza e innata política" que anda flotando en la sociedad de explotación, cuando el partido de la clase se la rescata y se la resguarda. (En realidad: se la propone teóricamente desde un grupo vanguardia y autoridad consciente.) Consecuencias: una concepción grupal instrumentada a la clase. Una ideología asalta el proceso popular, al bloque democrático transformador en conformación. Una política asalta el estado enemigo. La revolución es sólo una confrontación de cúspides políticas respectivamente autorizadas, que se miran (y se ordenan) como espejos. El espejo es el Poder del sistema. El Movimiento Popular fue "una edad política" de las masas.

9] El peronismo como movimiento guerrillero de liberación conducido por una vanguardia armada que busca reemplazar inscripciones y modos políticos de la clase trabajadora en el proceso a partir de las nuevas necesidades de la guerra. El ejército nacional es leído como fuerza de ocupación. La trama político-histórica de la sociedad —la concreta presencia popular constitutiva de esa trama— se secundariza. Influenciado por modelos tercermundistas, el movimientismo guerrillero no se concibe como peronismo ocupando el lugar de una ausente trayectoria política de las masas. Reconoce esa historia pero la da como perimida. Se parte de la idea de que las amputaciones democráticas a cargo de la dominación es "la desaparición" de las perspectivas de democracia política por parte de las masas. Por lo tanto, el paso a formas superiores establecidas por la vanguardia. (Como si las luchas guerrilleras africanas o asiáticas fuesen coronaciones de una anterior historia política y de conquistas democráticas nacionales, desde el protagonismo de las masas.)

Aclararnos de qué discutimos

Plantear críticamente estas cosmovisiones no significa acusarlas, considerarlas artificiales a una historia. Todas ellas son intentos que el peronismo, social y políticamente, generó o habitó, y constituyen partes de su existencia. La discusión crítica se da desde una experiencia posible de ser situada, despejada. Es un intento de reconocer la historia interpellándola constantemente, para que no se nos fugen los sentidos de la experiencia de las masas. El peronismo (y dentro del mismo una constante intención de Perón) puede decirse que neutralizó, limitó el hegemonismo de estas tendencias, y el Movimiento Popular sigue siendo el espacio de reconocimiento histórico del pueblo y el modelo de lucha como perspectiva. Hablar de democracia transformadora, de cambio, de socialismo, fuera de sus marcos, fuera de su capacidad de alianzas, es sólo una tarea intelectual carente de sujeto en la Argentina. Pero sucedidas las derrotas,

el movimiento peronista no puede seguir siendo para nosotros una abstracción, un eslogan, una peronología recurrente, una idealizada y siempre útil identidad que nos acoge. Una escritura política del pueblo que muy pocas veces leemos y siempre declamamos.

El movimiento peronista es el plano de la concepción política que engendra el cambio en la Argentina. Por eso es necesario que nos adentremos en el mundo ideológico de políticas que edificaron el proceso popular, para ir entendiendo mejor de qué hablamos y para qué hablamos cuando decimos: sujeto generador del cambio, conciencia portadora del cambio, concepción del cambio.

La divorcia de aguas en nuestras discusiones de exilados sobre el peronismo no se establece entonces entre los que exponen una determina-

da historia revolucionaria y aquellos que supuestamente quisieran desconocerla. Más allá de estas apariencias, el corte real es otro. Por una parte aquellos que piensan que a esta altura lo que quedó invalidado es un programa, una conducción, un proyecto guerrillero, una etapa en tanto llevó a la masacre, pero no ponen en cuestión una lógica de izquierda. Pero no ponen en cuestión un hacer político de izquierda. No ponen en cuestión un conjunto de estatutos y prácticas ideológicas, políticas y teóricas de esa izquierda en el marco de la gestación popular hacia el cambio. Por otra parte, aquellos que piensan que una concepción peronista transformadora debe superar esas profundas premisas que nos alejaron del pueblo, debe romper necesariamente con las derrotas que contuvo nuestro pensamiento.



CUADERNOS POLITICOS

Pablo González Casanova ► Explotación e ideologías socialistas ◉ Göran Therborn ► Capital y democracia ◉ Atilio Borón ► América Latina: entre Hobbes y Friedman ◉ Juan Felipe Leal ► Burocracia y sindicalismo ◉ Gustavo Gordillo ► Pasado y presente del movimiento campesino en México ◉ Asa Cristina Laurell ► La política de salud en los ochenta ◉ Carlos Toranzo ► Obreros y militares en Bolivia

23

24

REVISTA TRIMESTRAL DE EDICIONES ERA



EDICIONES ERA / AVENA 102 / MEXICO 13. D. F. ☎ 5-81-77-44
AGENCIA GUADALAJARA / FEDERALISMO 958 - SUR / GUAD. JALISCO
☎ 12-60-37

Peronismo, socialismo, clase obrera

Juan Carlos Portantiero

No caben dudas que alrededor de la evolución del peronismo se halla una de las claves principales del futuro político argentino. *Controversia* ha ido recogiendo fragmentos de un necesario debate centrado en esa problemática. Desde una óptica no peronista me gustaría ahora introducirme en la discusión.

El tema es lo suficientemente complejo como para pretender ir más allá de algunas líneas de abordaje que intenten desovillar en parte la embrollada cuestión, tratando simplemente de analizarla con un estado de ánimo parecido al que se utiliza para estudiar cualquier otro proceso sociopolítico. Porque es un hecho que el peronismo, por más especificidades que contenga, no escapa a la posibilidad de ser estudiado con ciertas herramientas analíticas universales: es falso que sólo se rinda ante la empatía.

Hasta el momento la lealtad hacia el peronismo que han profesado las masas trabajadoras no provocó en éstas particulares problemas de conciencia: sólidamente reformista (y no uso al término en sentido peyorativo) han encontrado en su relación histórica con el movimiento justicialista un ámbito adecuado para transformar en políticos —y cuando fue posible, en electorales— sus reclamos corporativos, sus impulsos de clase anticapitalistas. Desde 1945 en adelante no han tenido mejor opción, y en el interior de ella han tensado su voluntad de cambios.

A quienes en cambio la adhesión al peronismo les crea difíciles estados de ansiedad es a los jóvenes de clase media y a los intelectuales radicalizados. Es sabido que las clases medias urbanas han sido siempre esquivas frente al peronismo, aun en las oportunidades (1951 y 1973) en que éste fue plebiscitado. La aparente diferencia de la segunda fecha con la primera fue menos de clase que generacional y categorial: entre

1970 y 1975 se produjo un doble corte en los sectores medios que arrastró a una buena porción de hijos de antiperonistas y a una fracción de intelectuales hacia las filas antaño enemigas. Es en ese espacio social y cultural donde parece imposible (o al menos riesgoso) proponer un análisis del problema con aspiraciones racionales: el tema suele aparecer cargado con una retórica pasional que llega a transformarlo en una cuestión de fe, sólo apta para creyentes.

Cierto que esa actitud fue más notable en el período del descubrimiento que lo que lo es ahora. En aquel entonces el peronismo parecía ser una materia moldeable a voluntad, que podía cargarse de los contenidos que cada grupo ideológico quisiera darle caprichosamente. Así, uno era el significado del peronismo para los Montoneros y otro para la Triple A. Por cierto que en una operación de impenetrable lógica cada uno de los contendientes negaba al otro el derecho a la filiación: la verdadera identidad peronista deviene así un misterio político. ¿Quién era peronista? En algún momento algunos hasta llegaron a pensar que el propio Perón había dejado de ser peronista y se lo gritaron en Plaza de Mayo. Nuevamente, sólo la clase trabajadora, que hacía compartir su representación entre los sindicatos y Perón, seguía apreciando con naturalidad las potencialidades y los límites que tenía el movimiento. Cuando le pareció que el gobierno peronista no la satisfacía, se rebeló: basta recordar el "Rodrigazo", culminación de una más sorda sucesión de cuestionamientos a la política de ingresos establecida, con el absoluto respaldo de Perón, por el ministro Gelbard. Quizá resulte útil recordar que fue entre marzo y junio de 1974 cuando se registró el promedio mensual más alto de conflictos gremiales durante los tres años de gobierno peronista. Por cierto que la memoria de esa movilización (casi toda por salarios) no debe ser adornada con la apelación a una mitología "izquierdista": lo que los trabajadores defendían eran sus ingresos, y frente a una agresión a ellos, como también lo habían hecho entre 1946 y 1955, utilizaron la huelga; la creencia metafísica en un proletariado siempre revolucionario es una exageración trotskista.

Pero sería injusto decir que en la actualidad esa penumbrosa polisemia que evoca el término peronismo siga invulnerada. El desastre que fue el isabelismo provocó una desilusión acelerada entre quienes lo habían definido como socialismo (aunque fuera nacional), pero ya el breve lapso del tercer gobierno de Perón había provocado serias dudas sobre si esa definición se ajustaba a la realidad. Ahora, en cambio, el hecho de que en el peronismo se aloje la parte más activa de la oposición política a la junta militar parece haber activado una reconversión apologetica: el peronismo, como *totalidad*, sería rescatabable como vanguardia de un proceso de transformaciones sociales en la Argentina posdictatorial.

Precisamente es ese movimiento de vaivén lo que incita a pensar en la necesidad de una discusión razonable sobre la cuestión.

Creo que el hilo conductor para un primer intento de desagregar el problema puede estar dado por la pregunta acerca de si el peronismo ha sido una coalición con límites nacionalistas o una suerte de embrión de socialismo que puede desarrollar esas potencialidades larvadas a partir de una mutación completa. Más concretamente: el socialismo, dada la mayoritaria composición obrera del peronismo, ¿es la culminación natural de éste? ¿O esa finalidad —el socialismo— requiere una discontinuidad, una ruptura ideológica y organizativa?

La pregunta, si bien todavía estratégica y no táctica, es crucial, porque de la respuesta que se obtenga surgirá la primera posibilidad para una caracterización no voluntarista del fenómeno y consecuentemente, la base para instalar luego orientaciones tácticas.

Mi respuesta es que el peronismo ha sido y

es todavía una coalición de fuerzas sociales contradictorias bastante parecida a otros movimientos nacionalistas populares que se han dado en el mundo y en América Latina. Con un rasgo (derivado del escaso "tercermundismo" de la situación argentina) que lo diferencia: el peso que en su interior adquirió, desde un principio, la clase obrera organizada. Por eso, a diferencia de lo que la izquierda argentina clásica ha pensado siempre, el peronismo, además de ser un capítulo en el desarrollo de la burguesía nacional, forma parte de la historia de la constitución —sólo pensable a través de la política— de los obreros como clase. Para éstos, su emergencia en 1945 implicó la mejor alternativa, la más racional entre las disponibles para adquirir la definitiva ciudadanía. Abstractamente, la izquierda, que en la década del 30 no supo darle propuestas a los trabajadores ("viejos" o "nuevos") que crecían con la industrialización, ha enfrentado a partir de entonces (desde el PC hasta el ERP pasando por todas las sectas del "vanguardismo" intelectual) su socialismo verbal a la "falsa conciencia" nacionalista popular, demorándose en la trivial caracterización del peronismo como estadio ideológico del desarrollo capitalista. El error presente en esa conexión abstracta entre clase obrera y política trajo la tentación inversa: el peronismo —se imaginó— es el socialismo. Evita pasó a ser una versión —mejorada por criolla— de Rosa Luxemburg; Perón, un Mao de las pampas, y la clase obrera urbana, que simplemente había consolidado en el justicialismo una larga vocación por las reformas sociales que tenían al sindicalismo como expresión, devino en la fantasía del campesinado colonial de Fanon. Pocas frases hubo entonces tan vacías como aquella (que algunos intentan reñotar ahora) que afirmaba que "el peronismo será revolucionario o no será". La realidad era mucho más móvida que todos esos dislates: movimiento interclasista, con una ideología nacionalista popular, en el que su columna de masas es la clase obrera sindicalizada; he aquí un punto de partida, ciertamente esquemático pero mucho más verdadero —a la luz de lo que pasó entre 1973 y 1976 y no de lo que se imaginó en 1972— que el voluntarismo diseñado por fracciones de las clases medias ansiosas de recorrer rápido un camino que es, lamentablemente, más largo y difícil.

Alguna vez Cooke, en el intento de forzar una definición revolucionaria cuando, entre 1955 y 1957, las bases obreras intentaron recrear al peronismo, escribió que el interclasismo de éste aludía a su composición pero no necesariamente a su ideología, que podía ser revolucionaria. En abstracto, la frase no era necesariamente incorrecta (sobre todo para el momento de desbande y de vacío de dirección en que se emitió), pero en el plano histórico dependía de algo más que la voluntad: concretamente implicaba una modificación de contenidos que incluyera a las direcciones sindicales que se reconstituían y al propio Perón. El peronismo siguió siendo lo que había sido; cierto que de la resistencia a la "Revolución Libertadora" surgieron las primeras versiones de un ala izquierda de base obrera, pero es indudable que el triunfador neto de la reconstitución post 58 fue el sindicalismo y no el peronismo revolucionario. Vidor es un nombre emblemático de ese período y pocos textos políticos son tan patéticos como el diálogo de sordos que comienza a ser la correspondencia entre Perón y Cooke a partir de 1960.

Este tema del interclasismo peronista, característico de todos los movimientos nacionalistas populares (y no sólo de también de la socialdemocracia europea en la posguerra), nos lleva más lejos porque nos permite encarar al peronismo como una realidad sociológica, como una coalición de fuerzas sociales que se ha expresado como tal a través de tensiones ideológicas y también obviamente en la arena política y electoral.

Distintos análisis sobre las características del voto peronista (desde los pioneros de Germani referidos a las elecciones de 1946 hasta otros que analizan los comicios de 1973) han demostrado que la base social del peronismo es compleja y que precisamente por eso ha llegado en dos ocasiones a orillar las dos terceras partes de los votos, una performance extraña para situaciones de pluripartidismo.

Esquemáticamente esa complejidad se resume en una coalición electoral que ha tendido a agrupar a la totalidad virtual de la clase obrera sindicalizada, a parte de sectores medios y bajos de la población, incluyendo entre los primeros a la llamada burguesía nacional y entre los

segundos a pequeños propietarios y arrendatarios y a trabajadores terciarios urbanos, semi-urbanos y rurales.

Políticamente esa coalición social ha funcionado, en los picos de éxito electoral, como un agregado entre un partido principalmente obrero, bastante parecido a un partido laborista en las zonas centrales del país, y una serie de partidos policlasistas en las zonas periféricas, similar en este caso a un conglomerado populista y clientelista de sociedades de escasa industrialización. En suma, y para remitirnos a la historia que va desde 1968 hasta 1973: sindicalismo + neoperonismo. Sólo cuando ambas realidades sociales se coaligaron el peronismo obtuvo records electorales: el gran poder —irremplazable— de la figura de Perón era precisamente el de provocar esa articulación, moderando los impulsos más centrifugos, cuya culminación en el sindicalismo fue el "vandarismo" y en el populismo los partidos provinciales que se consolidan en la década de 1960. Porque ni el "laborismo" ni el "populismo", marchando separados, pueden estadísticamente ser mayoritarios. A esta altura la pregunta que puede formularse es si la muerte de Perón (y la experiencia nefasta del isabelismo) no significa un *handicap* para el mantenimiento futuro de esa coalición. Aunque el interrogante no puede tener aún respuestas (entre otras cosas porque entre realidades sociológicas y memoria colectiva existen discontinuidades), vale la pena, como estímulo del razonamiento, que sea planteada.

El papel que cumplía el "carisma" de Perón —aunque desgastado entre 1973 y 1974— era precisamente el de soldar en un "movimiento" a fragmentos que respondían a la lógica de los "partidos". El resultado de esa concentración de autoridad en un papa infalible que interpreta y adapta la doctrina a las circunstancias ha conducido, en cuanto a métodos políticos, a la burocratización, corrupción y falta de vida democrática en el interior del movimiento; a la tendencia a liquidar a toda contestación socialista, interna o externa; al oscurantismo ideológico y cultural. Por cierto que, en un preciso contexto histórico, esto vino acompañado por una orientación nacionalista, de hostigamiento a las clases dominantes locales y de distribución progresiva de los ingresos, todo lo cual constituyó el *humus* poderoso sobre el que se asienta la lealtad de las clases populares frente a Perón. El temor es que, agotada la situación en que esos contenidos fueron posibles, sólo quedan las formas: por cierto que no se trata de un temor paranoico; basta recordar cómo actuaron los herederos dejados por Perón desde su muerte en adelante.

Desde 1946 todas las imágenes sobre el socialismo como una culminación histórica natural del peronismo han fracasado. No quiero negar a nadie el derecho a seguir creyendo en ese proceso, pero cabría aceptar que ese camino es, cuando menos, poco realista. Me parece, sin embargo, que esa forma de la utopía no es hoy la más recurrente: vistos desde 1980 los ideales de 1973 han muerto. Salvo para algunos (cada vez menos) que anuncian periódicamente "ofensivas finales" contra la dictadura u otros que, más novedosamente (!), imaginan ahora una coalición entre ejército y peronismo revolucionario que, a la manera árabe, instaure el "socialismo."

Pero creo que ninguna de esas ilusiones es el plano en el que se instala hoy la discusión más productiva. Descartado que el peronismo se transforme naturalmente en socialismo, pueden quedar dos alternativas que, a modo de hipótesis estratégicas, pueden ser desagregadas, articulándolas a partir de una doble premisa que busca darle sentido a la indagación: el peronismo —por el canal sindical— es un principio de identidad política de los trabajadores urbanos que no tiene por qué modificarse en el corto plazo y, además, esa autoidentificación es reformista y no revolucionaria: se basa en la organización de la defensa corporativa de intereses inmediatos, siendo la mentalidad dominante la de grupo de presión.

Las dos alternativas realistas a que hacía referencia son la del mantenimiento o la quiebra de la coalición. Cada caso proporciona horizontes de acción diferentes.

Pensemos primero que la coalición se mantiene, esto es que las políticas de la dictadura refuerzan la posibilidad de una oposición defensiva y unificada que se haga cargo de la protección de los intereses sociales y políticos agredidos por la reorganización capitalista en curso. El papel de un peronismo unido puede ser estimable, en alianza con otras fuerzas, para impe-



dir una estabilización del sistema. Sería, digamos, la hipótesis "Hora del Pueblo": una coalición defensiva más abarcadora que el propio peronismo, pero con éste como eje para hacer retroceder al autoritarismo. Esa hipótesis se me ocurre como la más probable en el corto plazo, sobre todo si se mantiene la orientación económica actual y la congelación de la política, pero no creo que pueda ser evitado (por aquellos que buscan otra cosa en el peronismo) que Isabel resurja y se consolide, en esa eventualidad, como sello de la unidad interna del movimiento.

Pero la hipótesis del mantenimiento de la coalición acarrea otros problemas, ya de mediano plazo. ¿Qué significados sustantivos tendría que el peronismo se mantuviera tal como ha sido? Dejo fuera la burocratización, el "verticalismo", el oscurantismo cultural, todo lo que haría muy cuesta arriba el anhelo de democratización interna que muchos sectores se plantean hoy. Voy más a fondo, para tratar de examinar al peronismo como una alternativa ofensiva, políticamente productiva, en la Argentina de hoy.

El peronismo atraviesa una crisis histórica. Fue la condensación política de una etapa de desarrollo de la sociedad argentina que ya ha concluido, definitivamente naufragada en las olas de la crisis mundial capitalista. Entre 1946 y 1955 su ideal confeso fue la construcción de un capitalismo autónomo aprovechando la situación de la economía internacional y los cambios internos producidos en la década de 1930. Ya hacia 1952 esa ambición comenzó a mellarse, y cuando veinte años después volvió al gobierno para recomenzar el intento, ni la sociedad argentina ni el capitalismo mundial eran ya los mismos. El Plan Gelbard, llave maestra, con un diseño congruente para la economía, del modelo social y político del último Perón, se encontró con un frente de resistencia, internas y externas, que no pudo ser controlado. Su éxito reposaba sobre una posibilidad de poder estatal que la situación hacía imposible. Para un modelo de capitalismo autónomo sostenido sobre la concertación social, el acuerdo político, la neutralidad militar y el reforzamiento del estado, al peronismo le sobraban sindicatos y le faltaba burguesía. Aprisionado por la necesidad de incrementar simultáneamente la acumulación de capital y reconocer la presión gremial por una redistribución de ingresos que acercara a los asalariados a la época dorada de fines de 1940, sólo cabía el camino de una drástica transferencia

de la renta agraria al sector industrial para poder cumplir ese doble objetivo. Si esto no se producía —y, como se vio, producirlo era difícil— el proyecto finalmente enajenaría a todos, asalariados y burgueses, con el único resultado de trabar (sin modificar sustancialmente) el desarrollo del capitalismo tornándolo ineficiente, poco dinámico y precipitando al sistema a una crisis de funcionamiento que terminaría en el aislamiento del estado frente a la sociedad.

Si el proyecto Perón-Gelbard fracasó en un momento en que las condiciones eran mucho más favorables que en la actualidad, ¿qué es lo que permitiría pensar que manteniéndose el peronismo como una coalición sindicalista-populista podría constituirse en una alternativa algo más que defensiva? ¿Qué recurso mágico autorizaría a imaginar que ese peronismo —ahora sin su líder— podría mejorar la performance de sus últimos tres años, en el gobierno? Porque parece necesario recalcar que más interesante que discutir la crisis de los montoneros es discutir la crisis del peronismo entre 1973 y 1976, cuando a partir de dos plebiscitos ensayó todas sus fórmulas a mano para reconstruir un estado nacional y popular. Exorcizarlo mediante el trámite de atribuir su fracaso al ultraizquierdismo de la guerrilla significaría creer que bastaría con eliminar esa hipertrofia para que el "verdadero peronismo" recuperara su salud. Y eso además de demasiado simple es demasiado ingenuo. Mucho menos hoy todavía que en 1973 podría ese "verdadero peronismo" construir una estrategia de largo plazo para enfrentar la coyuntura de los ochenta con un proyecto democrático de transformaciones que sea capaz de impulsar un proceso de reubicación de la Argentina frente a la crisis mundial, alternativo de la opción que ofrece ahora la gran burguesía. Un proyecto capaz de armonizar un desarrollo económico cualitativamente distinto al actual (pero también distinto a la utopía del retorno a 1945), con redistribución de ingresos y bajo formas políticas pluralistas y participativas.

El golpe militar de marzo de 1976 —por cierto, como todos los que tuvieron lugar en el cono sur en esa época— no fue el resultado de un complot diabólico de la CIA sino el producto de la crisis histórica de una alternativa de desarrollo. En Argentina la forma que asumió esa crisis fue la de la desarticulación del peronismo: el fin de un tipo de pacto estatal que solamente en el interior de un preciso contexto pudo transformarse en punto de referencia para una coalición de distintos sectores, cuando el patrón de consumo popular coincidió con la dinámica del desarrollo capitalista. Fue mucho más la presión corporativa de los sindicatos sobre la tasa de ganancia que el desborde guerrillero lo que descalabró al proyecto.

Y esta alusión nos lleva a la segunda hipótesis: la de una quiebra de la coalición peronista, no necesariamente en el sentido de una ruptura formal sino de la clara preminencia de un sector, el populista o el sindicalista, en la estructura y los fines del movimiento. No me engaño acerca de que esta hipótesis es la que mejor encaja en los planes políticos inmediatos de la dictadura; que busca fracturar toda resistencia ligada a su proyecto de reorganización de la economía y del estado.

En caso de darse esta ruptura del equilibrio interno del peronismo creo que no cabrían dudas que la fuerza social que más rápidamente se reconstituiría en el liderazgo político sería el sindicalismo. Este hecho colocaría todas las cosas en otra perspectiva: a partir de ahí los problemas que se le plantearían a la clase obrera y a las fuerzas socialistas (o simplemente a las que aspiran a la transición hacia una democracia participativa sin llamarse socialistas), internas o externas al peronismo, habrían de ser más parecidos a los que provoca la presencia del Labour Party a la sociedad inglesa que a los que generaría una adaptación retórica de la alegoría tercermundista a la sociedad argentina.

Esa fuerza laborista constituiría por mucho tiempo "el partido de la clase obrera" en la Argentina, pero esa certeza no nos resuelve (tampoco a la izquierda peronista) el problema de la construcción de una fuerza socialista, moderna y de masas. La intención de construir en el interior de esa estructura una opción a la izquierda no es de ningún modo desdeñable; más aún diría que es la única posibilidad realista abierta a lo que quede del "peronismo revolucionario", descartada la mutación mágica del peronismo al socialismo y la improductividad política a largo plazo de la "unidad del peronismo".

RESUMEN de la actualidad argentina

- Todo lo que sucede en nuestro país extraído de su prensa diaria.
- Un amplio panorama sobre la producción política en el exilio.
- Los principales documentos de coyuntura elaborados en Argentina.
- Rescate de la cultura popular latinoamericana (cuentos, poesía, ensayo)
- Entrevistas
- Suplemento especial AMÉRICA LATINA

Aparece quincenalmente editada por el Club para la Recuperación Democrática Argentina.

Suscripción:

América Latina: por 6, 12 ó 24 números:
US \$ 15, US \$ 30 y US \$ 60
Europa: por 6, 12 ó 24 números:
US \$ 13, US \$ 26 y US \$ 52

Correspondencia a: NAL - CC 150.189 - Madrid - España

HISTORIAS Y FUTUROS

La guerra imaginaria ha terminado

Julio Godio

Nunca hubo tal guerra

A mediados de la década del sesenta —aun antes del Cordobazo— los militantes de izquierda pudimos ver en Argentina el film francés de Resnais —guión de Sempuín— *La guerra ha terminado*. Giraba acerca de la ruptura de los militantes más lúcidos del Partido Comunista Español con el “espíritu” de la guerra civil (1936-1939). Eran los recuerdos lo que permitía sobrevivir en el exilio a muchos comunistas españoles. Pero al mismo tiempo les impedía captar la nueva realidad de la modernización capitalista franquista de los años 60. Este cambio obligaba a mirar la verdad de frente: los años de la guerra civil habían pasado; ahora, para implantarse en la clase obrera, para tener presencia nacional, había que reconocer que el pasado heroico ya no bastaba para ser reconocido por los trabajadores e intelectuales españoles como vanguardia política. En síntesis, era necesario aceptar que la guerra había terminado.

Para un exiliado argentino, reconocer que su país se resiste a quedar “congelado” en los años tumultuosos del ciclo insurgencia popular-restauración oligárquica, constituye un hecho desgarrante. Por eso muchos militantes no pueden superar las vivencias del pasado y se aferran a ellas con desesperación. A estos se les plantean dos opciones: o vivir para el “milenio redentor”, es decir como si el presente fuese sólo un fugaz interregno entre el anterior momento revolucionario y la espera de su resurrección, bajo la forma de un futuro y feliz asalto a la casa rosada; o la actitud opuesta, vivir sin esperanzas, en el “fin de las ideologías”, como rendición incondicional a un enemigo invencible.

En el primer caso el voluntarismo sectario es lo predominante. En el segundo, la ausencia de fuerzas para seguir luchando, la anomia, el recogimiento sobre sí mismo. Por eso, en el exilio sólo son capaces de sobrevivir políticamente los que producen una ruptura radical con el pasado como condición para poder captar los nuevos hechos que se procesan en el país: para poder escuchar correctamente las opiniones de los militantes que viven en Argentina. No se trata de suprimir el pasado, se trata de integrarlo en una realidad concreta totalmente diferente. Y, en el caso argentino, este esfuerzo es aún más dramático que el del exilio español. Porque en este último se trataba de militantes que habían perdido una guerra popular. Mientras que entre nosotros se trata de militantes que, en su mayoría, perdieron lo que creían era una guerra popular, pero que en realidad fue, entre 1969-1973, un proceso de *insurgencia popular de contenido democrático-social avanzado y, entre 1973-1974 de hegemonía nacional-reformista, rápidamente desarticulada, antesala de la descomposición social vivida entre 1975-1976 y el golpe militar*. Las organizaciones político-militares surgidas entre 1969-1973 ensamblaron en el proceso de insurgencia como comandos sin ninguna posibilidad de ser embriones de un ejército popular. Y a partir de 1973, ofuscadas o confundidas por el triunfo del FREJULI, se lanzaron a una lucha que terminó siendo un enfrentamiento entre aparatos.

El principal fetiche que los exiliados argentinos necesitan derrumbar para comprender como se desarrolla ahora, en 1980, la resistencia popular al proyecto de la dictadura militar, es la nefasta idea de que hubo una “guerra revolucionaria perdida”. En realidad, en Argentina nunca hubo una guerra entre 1969-1976. Hubo, desde 1969, un proceso de insurgencia obrero-popular contra una dictadura militar que, ante la defeción de los partidos peronista y radical, como así también del sindicalismo tradicional, permitió un incipiente proceso de implantación del peronismo combativo y el sindicalismo de liberación en el movimiento sindical, la formación de núcleos de “nueva izquierda” dentro

y fuera del peronismo, la incorporación a la lucha de parte del campesinado (Ligas Agrarias), la radicalización estudiantil y la combinación de diversas formas de lucha, incluida la acción de comandos. *La rebelión urbana, acompañada por marchas rurales, se orientaba a obligar a los militares a retirarse a los cuarteles y lograr (especialmente a través del retorno de Perón al gobierno) la implantación de una nueva sociedad: democrática, participativa, antioligárquica*. Por eso mismo el proceso fue hegemonizado por proyectos nacional-reformistas y condujo al triunfo electoral del FREJULI en 1973, con la UCR como segunda fuerza. No existía en 1973, ninguna “salida revolucionaria”, porque nunca fue quebrado el sistema de hegemonía cultural-político de las clases dominantes hasta el grado de hacer “inservible” la alternativa nacional-reformista, que fue la que sí logró hegemonizar y canalizar la insurgencia hacia el FREJULI. La izquierda debió haber comprendido en 1973 que, con el ascenso del peronismo al gobierno, correspondía la táctica de las trincheras. *Lo central era fijarse una táctica que profundizara la democracia en el país*. Para lo cual era necesario sumergirse en las masas trabajadoras, levantar claramente la consigna de suspensión de toda actividad de comandos, acentuar las políticas de acercamiento a las fuerzas armadas como institución, apuntalar en los partidos las corrientes favorables a una democracia real, impulsar las luchas sindicales dentro de esta perspectiva y responder a las provocaciones y atentados derechistas dosificadamente, sin alejarse de las masas que, ante todo, eran masas aglutinadas tras Perón.

Continuar la lucha armada y dirigirla contra Perón, como hizo el PRT-ERP sólo es comprensible por el infantilismo, incapaz políticamente de adecuarse a una situación diferente, el precio de la exaltación dogmática de una juventud radicalizada en modelos revolucionarios extrajeros. El desgarramiento interior que en los Montoneros produjo el choque con un Perón tercermundista, nacional-reformista pero nunca socialista, condujo a su vez a un proceso irracional de lucha en el interior del peronismo que confundió más a la clase obrera que a la derecha peronista. Esta última pretendió hacer, a su manera, el cerco a Perón, asesinando a militantes peronistas de izquierda.

Así, la nueva izquierda argentina, peronista o “marxista-leninista”, nacida y crecida con el cordobazo, se alejó y rompió sus vínculos con las masas trabajadoras, arrastrando políticamente a una generación que había roto ideológicamente con el reformismo y podía haberse constituido en el intelectual colectivo de un nuevo agrupamiento histórico nacional-popular.

Los obreros y el golpe militar

Creo que inicialmente hay que aceptar que, en 1976, lo primero que derrotan las fuerzas armadas es una estrategia de izquierda simplista errónea, que confundió insurgencia popular con revolución, Cordobazo con asalto al Palacio de Invierno, marchas agrarias con largas marchas, comandos con ejércitos del pueblo. Que subsumió a la compleja sociedad civil y política argentina en modelos ajenos, como el cubano o el vietnamita, a lo que hay que agregar tanto la infantil caracterización de Perón como “líder burgués” como la ilusión pequeñoburguesa de un Perón “socialista”. Por eso mismo, gran parte de esa izquierda comenzó a vivir esquizofrénica cuando triunfa el FREJULI, y ello se agravó con el ascenso de Isabel Perón. Y por eso mismo no faltó el deseo del mismo golpe militar para sacar del medio al intruso golpeado del reformismo y recuperar la supuesta pureza del enfrentamiento entre el pueblo y el Partido Militar. Pero esto no era lo que pensaba la clase obrera argentina, que sabía bien que un golpe de estado significaba el retorno oligárqui-

co. Y que, por eso, se movilizó contra Rodrigo en 1975, aceptando la proposición de la CGT de dar al gobierno peronista una base de sustentación sindical, sin “entornos” lopezreguistas.

Durante el año 1973 y hasta fines de 1974 los obreros orientaron sus movilizaciones hacia el reforzamiento del papel de los sindicatos, por una mayor incidencia de las comisiones internas y cuerpos de delegados, por mejores condiciones de trabajo. *En una palabra: por la democracia en la fábrica, por el fortalecimiento de sus sindicatos. Ese fue el contenido central de las huelgas obreras y no el aumento de salarios*. Se movilizaron por aumentos de salarios en 1975, en medio de una inflación galopante. Pero, aun así, para fortalecer a los sindicatos. Lo que no era contradictorio sino favorable al fortalecimiento de las corrientes sindicales renovadoras. La clase obrera intuía que no debía hacer nada que acentuase el caos político y facilitase el reagrupamiento derechista-gorila.

Por eso mismo, producido el golpe militar, y enfrentando globalmente al proyecto militar y particularmente al Plan Martínez de Hoz, los obreros se recogieron nuevamente sobre sí mismos, lo que en Argentina significa sumergirse en los sindicatos. Por eso mismo la dirigencia sindical tradicional puede acompañar a los obreros. Porque se adecúa a su ritmo, aunque pueda ser sobrepasada (si su compromiso con los militares van más allá de lo permisible), como ocurrió a partir de 1968.

Casos patológicos: los “antenegociadores”

Entre los argentinos, muchos hijos de inmigrantes, es difícil dilucidar quien es más tozudo, si un vasco o un gallego. Hay muchos chistes al respecto. Pero entre los exiliados hay personas que parecen haber potenciado ese componente cultural. Se trata de los que todavía se resisten a sacar todas las consecuencias del “malentendido histórico” vivido entre 1973-1976 y que ahora se asombran y horrorizan cuando observan cómo la antigua dirigencia sindical pasa a enfrentar al Plan Martínez Hoz al tiempo que busca apoyos en sectores de las fuerzas armadas. O cuando Balbín entrevista a Harguindeguy para negociar el regreso al régimen constitucional al tiempo que critica al gobierno por no explicar que los desaparecidos, en su mayoría, han sido muertos. O cuando la junta militar acentúa su comercio con la URSS, O cuando Videla viaja a China. En realidad no entienden que desde 1912 se ha ido conformando una compleja trama entre el bloque dominante y el bloque popular hegemonizado por los partidos nacional-democráticos, con picos de enfrentamientos, siempre dentro de un espíritu de “negociación”.

Muchos compañeros en el exterior anatematizan toda “negociación”, sin comprender que la política misma es incomprensible sin la negociación. *Es cierto que la izquierda argentina, si quiere recuperarse, deberá ser intransigente globalmente con la dictadura. Pero al mismo tiempo necesita ser sumamente flexible en las instituciones de base popular, para ayudar al despliegue de un gran movimiento democrático-nacional*.

Pero, lo más importante es comprender que estas “negociaciones” no son repudiadas en abstracto por los trabajadores. *Por eso mismo, esos intersticios son aprovechados no sólo por la oposición tradicional sino también por los militantes de izquierda, que recurren a todas las formas legales posibles para restablecer sus vínculos con las masas: sindicatos, clubes barriales, centros deportivos y culturales, etc., que son las instituciones básicas donde se están recreando lentamente los componentes culturales-políticos que rearman ideológicamente al pueblo para enfrentar a la dictadura*. El núcleo de esos componentes reside en que el pueblo exige a la oposición ofrecer alternativas viables, porque nadie, y ahora menos, muerto Perón, se lanzará a voltear al régimen para caerse también al precipicio junto con los militares. En esto último incide mucho la experiencia vivida durante el gobierno de Isabel.

La democracia es posible

Es necesario colaborar con las tendencias políticas argentinas que sostienen que el golpe militar fue en gran medida posible por la ausencia de un gran compromiso democrático en el país. La histórica tendencia autoritaria de las fuerzas armadas no explica todo cuando se discute sobre la precariedad del régimen democrático.

Tampoco todo puede ser explicado por la crisis estructural que vivimos desde 1930 y que sin embargo ha permitido experiencias democráticas. Hay también un componente que es necesario delimitar: *se trata de la irracionalidad en el comportamiento político de las fuerzas democráticas, en el cual un aspecto no desdeñable es la crónica costumbre del peronismo a confundir hegemonía con coerción, con subversión de la sociedad civil en el aparato estatal*. Ahora, ausente Perón, se acentúa en el peronismo la búsqueda de un compromiso democrático nacional, junto con la necesidad de reorganizar al propio peronismo según pautas de dirección colectiva o, como dicen algunos connotados peronistas, “más tecnocrático”.

Se necesita en Argentina un GAN auténtico, un GAN al revés, basado en un compromiso histórico que incluya a las fuerzas armadas. Esta idea nada tiene que ver con conciliar con la dictadura militar ni con ilusiones de democratismo liberal. Tiene que ver con la proposición de conciliar, ante todo, al pueblo mismo, escindiendo en partidos, en corrientes ideológicas, pero que necesita un régimen político democrático.

Es cierto que igual estará planteado qué país construir, qué modelo oponer al Plan Martínez Hoz. Pero no es correcto subordinar mecánicamente compromiso político a modelo socioeconómico. Se trata de reconquistar la democracia para abrir cauce a la disputa histórica entre dos grandes modelos para el país: o un capitalismo atrasado, dependiente y autoritario, o un modelo socialista “para la Argentina”, políticamente pluralista, basado en una economía mixta de base agroindustrial, capaz de funcionar con autonomía en la realidad del Nuevo Orden Económico Internacional.

Los partidos políticos tradicionales argentinos atraviesan sus respectivas crisis. Tentativamente se puede señalar que estas crisis reflejan en parte la necesidad de renovación y adaptación a la nueva situación. Así, la dirección balbínista de la UCR comienza a ser cuestionada por una heterogénea corriente autodenominada “irigoyenista”, que cruza a las antiguas. ¿Qué plantea? Que el partido adopte en lo internacional una política no aislacionista, de integración en COPPAL, de relación con la Internacional Socialista, sin perder la autonomía. Y, en lo interno, una actitud más “socialdemócrata”, esto es más abierto a la temática de la cogestión social, de creación de instituciones de participación que garanticen una “democracia económica, social y política”.

En el peronismo, aun cuando siempre se debe ser cauteloso en este tema, la línea Bittel tantea hacia una renovación en el estilo político, que abarca una diversidad de temas, desde la mencionada “reorganización tecnocrática” hasta sus incursiones internacionales, en búsqueda de interlocutores en la democracia cristiana, la socialdemocracia alemana y la propia COPPAL. Quizá también para superar el trauma del derribo del gobierno isabelino, el peronismo comprenda que una de las causas de ese fracaso fue su soberbia, su desprecio por las reglas democráticas; su errónea idea de que se basta a sí mismo para gobernar, pues esto le facilitó su aislamiento. Es posible que la “intuición popular”, que sólo aceptará “volver” a un régimen constitucional a condición de que sea estable y basado en un “compromiso histórico” nacional, se exprese en el peronismo a través de un estilo político más democrático. Un factor importante en este cambio es la cada vez más estrecha relación de los sindicalistas argentinos con las organizaciones sindicales internacionales, especialmente CIOSL, secretariados profesionales internacionales, hegemonizados por la socialdemocracia europea.

Un asunto que, a mi juicio, deberá ser tenida en cuenta es el referido a la nueva Ley de Asociaciones Gremiales. Como es sabido este engendro reaccionario busca centralmente fraccionar a la clase obrera argentina, para lo cual se prohíbe a la CGT y se limitan las atribuciones de las federaciones nacionales por rama de actividad. Pero, al mismo tiempo, potencia los sindicatos de fábrica, obligando a la antigua dirigencia sindical a modificar su comportamiento verticalista para poder incorporar a los nuevos núcleos sindicales formados a nivel de empresa. Resultaría interesante estudiar en particular qué componentes socioculturales convergen en la formación de estos núcleos. Pero no cabe duda que junto a un mayor corporativismo también habrá una mayor presencia de las bases, por la necesidad de los dirigentes de dar cuenta de sus actos en la empresa, en el sindicato local.

Los “socialistas”

Una curiosa categoría ideológica comienza a funcionar como aglutinante en el exilio. Datos del interior, especialmente el tipo de debate que se procesa en los llamados “núcleos de discusión” peronistas y el crecimiento de la Confederación Socialista, refuerzan el hecho. Se trata ante todo de la autocalificación de “socialistas” que profesan militantes peronistas, sin que ello signifique que resignen su identidad originaria. Así se está creando un nuevo estilo político, a través del cual se puede establecer un puente real entre peronismo y socialismo. Resulta por eso interesante preguntarse si este nuevo dato no es una nueva forma de tránsito hacia la conciencia socialista, un intento de dar continuidad histórica al proceso abierto en 1969, ahora depurado de infantilismo.

¿Es que acaso este heterogéneo conglomerado de “los socialistas” puede llegar a expresar la voluntad de una parte de los trabajadores y dotar de racionalidad a su accionar político? ¿O sólo es la racionalidad de aquéllos que aspiran a la moderación para no pecar nunca más? Creo que ambos componentes están presentes simultáneamente, pero que el aspecto dinámico de la contradicción se encuentra en el primer interrogante.

¿Por qué no pensar entonces que a través de la *convergencia y el debate* podemos aportar a la creación de un movimiento socialista autónomo en Argentina? ¿O es que acaso el destino de la nueva izquierda argentina, que intentó, sin poderlo superar a la izquierda tradicional, es retornar a los aparatos de los partidos tradicionales?

Un nuevo estilo político

Para nosotros, argentinos que vivimos en el exterior, la cuestión central consiste en aceptar que esa realidad “convulsiónada” de los años iniciales de la década del setenta *ya no existe más*. Existen y sobreviven por sedimentación histórica las vivencias del ascenso insurgente, las formas de conciencia política avanzadas. Pero, estas vivencias populares están integradas en la práctica actual de los trabajadores argentinos, en el complejo proceso de luchar para deteriorar, para empujar a un nuevo repliegue de las fuerzas armadas, para abrir puertas a la democracia política en el país. Así, pues, la búsqueda de nuevas respuestas al país real y la amplitud en el debate entre militantes de distintas posiciones *van perfilando el contenido ideológico y el estilo político de nuestra práctica en el exterior*. Pero hay residuos ideológicos que no permiten avanzar. La principal condición para eliminarlos consiste en llegar colectivamente a la conclusión que “la guerra” ha terminado. Esto es, a mi juicio, la tesis que permitirá recuperar creadoramente los aspectos positivos de la experiencia pasada e interpretarlos en una práctica política que desde el exilio tenga realmente vínculos “internos” con la realidad argentina. ●

testimonio latinoamericano

Nº 2. MAYO/JUNIO 1980

LA HERENCIA DE PERÓN. EL JUSTICIALISMO FRENTE AL PODER MILITAR por Hugo Chumbita

EN MEXICO, CON CAMPORA por Jorge Flores

CHILE: LA CRISIS DEL SOCIALISMO por Clodomiro Almeyda, Raúl Ampuero, Jorge Arrate, Aniceto Rodríguez, Gerardo Espinoza, C. Altamirano, Pedro Vuskovic y Juan Bustos

RECAPITULACIONES: EZEIZA, UNA TRAGEDIA ARGENTINA por Alvaro Abós

DE SAN MIGUEL A PUEBLA: RELIGIOSIDAD Y PROTESTA por Héctor Borrat

LUCHI, EL HERMANO MAYOR por Alberto Szpunberg

MUERTE DE UN JUSTO por Michel Schooyans

SUSCRIPCION

(por 6 ó 12 números):

España: 600 ó 1.200 pesetas
Europa y México: 12 ó 24 USA
Otros países: 15 ó 30 USA

Apartado postal No. 32.142, Barcelona, España

A propósito del exilio y los retornos

Mario Molina y Vedía

Los patrones de la alimentación constituyen uno de los aspectos de la vida personal que resultan difíciles de modificar. Desde el punto de vista nutricional no fueron ni son siempre los más adecuados, pero han influido y dejado su impronta en nuestra vida individual. Podríamos entonces postular una nueva polémica de *Controversia*: "El exilio y las recetas culinarias".

Todo puede ser motivo de polémica, pero cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿por qué el exilio y los regresos? y no ¿el exilio y las recetas culinarias? ¿Por qué limitar el tema a los exilados que buscan el retorno para resolver sus problemas individuales existenciales?

Tenemos derecho a vivir en nuestro país y debemos defenderlo, reclamarlo, exigirlo. Tenemos derecho aunque sólo sea para ir a comer pizza en Las Cuartetas o ver los goles de Luque. Pero no hagamos un mito de no estar en un país donde los que realmente tienen un mínimo de dignidad y conciencia no pueden vivir tranquilos porque en cualquier momento los "chupa" el aparato represivo de la dictadura militar. Donde un pueblo entero ha sufrido la humillación colectiva de ver masacrar a sus mejores hombres y mujeres, y se recupera penosamente, apoyado en los balbuceos de una heroica resistencia para dar la nueva batalla de esta larga guerra de clases...

¿Qué problema el de los exilados! ¿Sobre todo la añoranza! ¿Y la añoranza de los que se quedaron, reventados por el miedo?

Los que podamos, volvamos a luchar, que ése es el deber, y cuanto antes mejor, creando las condiciones. Los que no podamos, respalde-

mos desde aquí la lucha de allá. Nunca volvamos por la mera nostalgia a meternos incautos en la boca del lobo. Nunca volvamos por el camino de la traición y del arrepentimiento a sumarnos al conformismo de los resignados.

Tampoco lloremos nuestro amargo destierro, o hagámoslo en la intimidad, tratando de no erigirlo en "tema" de nuestras naderías...

Hay mucho que hacer, desde aquí y allá, sobre el terreno. Con los que quedaron de antes y con los nuevos que seguramente vendrán, que acaso ya están al pie del cañón, por así decir.

El exilio es una situación mental y social que debe ser asumida, como tantas otras, que implican, todas ellas, conflictos interiores que hay que resolver tanto individual como colectivamente.

¿Por qué el exilio y los retornos? nos preguntamos nuevamente. Esa postulación de los retornos contiene difusos elementos de debilidad e incapacidad para asumir situaciones existenciales que nos han sido impuestas contra nuestra voluntad. Es una postulación que, de manera general, lleva implícita un impulso desesperado o derrotista, un renunciamiento a la lucha en que estábamos más o menos comprometidos, si es que lo estábamos; y que ha sido llevada al terreno del exilio. Es una postulación de evasión y, en algunos casos, de traición a nosotros mismos, ya sea consciente o inconscientemente vivida.

En lo fundamental no existen diferencias entre el exilio "a la argentina", "a la romana" o "a la griega", como lo sostiene Osvaldo Bayer.

El exilio puede experimentarlo la clase media, o no; pero el exilio es el exilio a secas, con o sin añoranzas de retornos posibles, de bifés a caballo con vino "de la costa" y postre "Martín Fierro", (queso y dulce de membrillo o de batata), de los paveros y los lecheros con las vacas que pasaban por las calles de tierra frente a nuestras casas del suburbio, vendiendo su mercancía, de los bizcochos Pedroza y de los cigarrillos La Sin Bombo, y aquellas esquinas del arrabal porteño, con el farol apagado, iluminadas por la luna y por las chicas del barrio.

Añoranzas que fortifican la vida de los hombres; de hombres que como el español León Felipe vivió todo su largo exilio en México, o como el francés Paul Groussac que lo hizo en la Argentina del positivismo. Hombres que no se quedan escuchando solamente los rumores que emergen de la memoria confirmando el dudoso privilegio del aislamiento con el profundo rigor de la soledad, sino que agregan a sus recuerdos un racimo de nuevas emociones que dejan aflorar nuevos conflictos alejados del horrible tedio de una insistencia que no garantiza en sus resultados y se ubican en esa confusa cosa que se llama: el combate, cuyo resultado es incierto hasta el momento en que se anuncia la victoria o la derrota. Teniendo conciencia de su pequeña dimensión y sabiendo que todos los que verdaderamente buscan se verán, en parte, decepcionados en el inexorable desarrollo de un proceso; pero con un gesto de confianza, de amistad y de amor, acompañado con una nostalgia tranquila y sobrentendida que bulle en la sangre como una bondad herida, de ella viene a ella va.

Por todo esto, y por otras cosas más, afirmamos que frente a nuestra lucha, el regreso o los regresos constituyen un problema político que debe plantearse y resolverse en el plano de las organizaciones de la resistencia argentina con criterios y pautas de lucha revolucionaria.

Y, con esto, yo digo: basta de "mi sono povero"...

Argentina: crisis de una cultura sistemática

Ángel Rama

Una novela inglesa del XVIII de la cual Cortázar nos ha proporcionado una presta versión española, la muy famosa *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, se encargó de contradecir con dos siglos de anticipación la difundida tesis dicotómica de Ortega y Gasset, según la cual en toda operación cumplida por el hombre actúan conjuntamente, y a veces contradictoriamente, el hombre y su circunstancia. Defoe mostró fehacientemente que cuando Robinson Crusoe tuvo que enfrentar circunstancia tan adversa como la de su naufragio en una isla desierta, apejó de inmediato a los recursos de algo que tampoco era estrictamente él, sino el conjunto de valores y comportamientos aprendidos en su período formativo, esto es, lo que llamamos cultura. Sustituyendo la futura solución dicotómica, propuso una triádica, según la cual en cada operación creativa cumplida por un miembro de la sociedad, interviene el hombre, su circunstancia (es decir, la historia) y su cultura, trabajando los tres en un inextricable juego de fuerzas, donde además se superponen las tendencias individuales con los marcos colectivos, llámense inconsciente, clase, sociedad, pasado, etcétera.

Si los dos primeros factores comportan una dominante espacial (son un lugar, una sociedad, una problemática que ocupan sincrónicamente el presente) el tercero introduce una dominante temporal. Aunque la cultura se reactualiza en cada circunstancia histórica como en cada circunstancia clasista, introduce un componente temporal donde se acumula el pasado, aunque no indiscriminadamente. Dado el carácter aprendido y heredado de la cultura, en ella pervive el pasado que ha aceptado una comunidad según la visión instrumentada por su dirigencia; pero dada la multiplicidad de expresiones que le corresponden en una sociedad clasista, incluye proposiciones diversificadas a las que se afilian los diversos grupos sociales, los cuales adoptan en los períodos de crisis y transición, posiciones de confrontación nítida. Dicho de otro modo, la cultura mueve tiempos plurívocos, que son elegidos dentro del repertorio amplio que ofrece el pasado, según los intereses y las ideas de los grupos sociales que se enfrentan en el presente.

La fuerza actuante del pasado y su pluralidad de manifestaciones son rasgos que deben destacarse cuando intentamos referirnos a la cultura argentina de la gran crisis que se abre en el año 1930 y que no ha concluido en 1980, cincuenta años después, visto que no sólo comporta una remoción social intensa, sino también un amplio debate histórico, el mayor que ha conocido la nacionalidad desde sus orígenes. Y esto impresiona como un paralelismo altamente significativo, entre el medio siglo que va de 1800 hasta Caseros incluyendo como puntos óptimos la revolución de 1810 y la Joven Argentina de 1837 y el medio siglo que se inaugura en 1930 con Uriburu y tiene sus puntos óptimos en el ascenso peronista de 1945 y su reaparición en 1972. No sugiero ninguna equivalencia, que sería forzada, entre estos sucesos, sino el paralelismo que corresponde a dos grandes épocas de honda crisis y trasmutación, que se presentan al observador como esfuerzos de definición de la nacionalidad, construyendo un proyecto viable para su desarrollo futuro. Eso fue evidente en el período inicial del XIX, ya que desde 1816, en su Acta de Independencia, la dirigencia intelectual sentó coherentemente el principio de la nacionalidad, que estuvo ausente de la mayoría de los pronunciamientos emancipadores de otras regiones de la colonización española, portuguesa o francesa, y a partir de la concepción de "nación", que los demás ignoraron, desarrolló una pugna entre proyectos organizativos, quizá no tan dispares como la retórica de la época cristalizó oponiendo el

principio americano y el principio europeo. Pero de esa honda crisis surge la Argentina ubérrima que se extiende hasta 1930, donde se abre un nuevo, intenso debate intelectual, que también parte del concepto de nación, aunque intentado redefinirlo para poder diseñar un nuevo proyecto organizativo. Como si dijéramos que en este 1980 estamos a la altura de Caseros, aunque en una instancia más compleja por el desarrollo de la coordenada internacional de la hora y por la acumulación, el enorme peso del pasado transcurrido que incide sobre las generaciones actuales con una fuerza de la cual carecía a comienzos del siglo pasado.

Esta aproximación que intento a esa problemática no será económica, ni social ni política, sino cultural y aun, con perdón del término, humanística. Soy consciente de la ambigüedad e insuficiencia de la denominación "cultura argentina" para toda visión de tipo global latinoamericano: difícilmente puede incluirse en ella un sector del territorio nacional, correspondiente a las provincias norteañas, en tanto que se emparenta con ella el territorio de la actual República Oriental del Uruguay y las provincias sureñas brasileñas de São Paulo a Río Grande do Sul, constituyendo lo que podríamos llamar la cultura suratlántica de América Latina, que tiene una dominante pampeana, urbanizada, agrícola-ganadera, inmigratoria e industrializada, dentro de cánones modernizadores. Cultura suratlántica y de ningún modo cultura del cono sur, para deslindar nítidamente dos núcleos cercanos, emparentados pero diferenciables claramente, como son el paraguayo-guaraní y el chileno-araucano.

A ella, aunque excluyéndole la parte brasileña, llamé el antropólogo Darcy Ribeiro "cultura trasplantada", equiparándola a la de la zona norte del continente, los Estados Unidos y Canadá, pareciendo así homologar el sueño profético de Sarmiento. En la medida en que el término "trasplantado" parece prescindir de la larga elaboración interna a que han sido sometidas las incorporaciones europeas, de la absorción de ricos remanentes autóctonos y de las ingentes operaciones originales que uno de los equipos intelectuales mejor dotados, como ha sido el suratlántico, han cumplido, representando una sociedad extraordinariamente dinámica, preferiré siempre hablar en este caso de "cultura de la modernidad" en sustitución de "cultura trasplantada". Efectivamente, la suratlántica es la cultura que más drásticamente se ha hecho cargo tanto de las virtudes como de las vicisitudes de esta concepción del universo generada en el marco noratlántico, dotándola de una inflexión peculiar. Una frase irónica que es ya un bien mostrenco del medio intelectual ilustra el sedicente desarraigo de esta cultura: del mismo modo que los peruanos descienden de los incas —dice— y los cubanos o brasileños de los negros, los argentinos (los suratlánticos) descienden de los barcos. Como se podría aplicar tal cual a los norteamericanos, podríamos reconocer que esa circunstancia nutricia, esa importante fuente migratoria que la alimenta, nada resta a la originalidad del producto cultural alcanzado. La pintoresca alarma con que Américo Castro percibió en la década de los veinte el notorio apartamiento argentino de la norma lingüística peninsular, lo cual sirvió de base a la tentación de una lengua nacional en ese momento pero que aun antes había dado pie a la franca utilización del dialecto rural para la expresión literaria y al dialecto urbano para la teatral y periodística, esa alarma, brillantemente contestada por Borges, no hacía sino testimoniar la capacidad creadora, desenvuelta y original de una cultura. Entre las múltiples pruebas de la perspicacia de José Martí está la de haber observado, desde la década del ochenta en el siglo pasado, este manejo brusco y original de la lengua

española que él, tan afiliado a la tradición popular peninsular, celebró alborozado. Si los comportamientos lingüísticos son los mejores indicadores de la singularidad de una cultura, pues es la lengua su mayor invención simbólica, este rasgo debe contar primordialmente para medir una capacidad creadora.

Una cultura de la modernidad no es, como se ha tendido a pensar respecto de su presencia en América, una mera imitación desvaída de culturas foráneas, un amasijo de influencias importadas, trasplantadas tal cual, sino una cultura que, liberada de pesadas amaruras al pasado remoto y a su tradición gracias a azares históricos, consigue organizarse coherentemente a partir de los elementos de que dispone y evolucionar hacia un punto focal que está situado en el futuro y no en el pasado. Adquiere entonces, tal como creo visible en la Argentina, la característica de una cultura de vanguardia, cuya potencialidad deriva de que explora territorios desconocidos, los inventa con audacia, los sueña y aun planifica y los convierte progresivamente en su propia realidad. Hacia 1930, esta notoria actitud vanguardista, que en América Latina sólo tenía igual con otros miembros de la misma cultura suratlántica, los paulistas de la Semana de Arte Moderno, provocaba la admiración de Mariátegui, que en ella veía la prueba de una transformación revolucionaria burguesa que no se había alcanzado en otras regiones del continente y que abría el camino a sucesivas transformaciones que habrían de ser tesoneramente dificultadas en el medio siglo de crisis posterior, sin llegar a ser definitivamente vencidas. Pero esa actitud vanguardista es la misma que percibimos en la generación intelectual de la emancipación y en la posterior de la Joven Argentina que habrá de tomar el poder después de Caseros, permitiéndonos la distancia con que la observamos hacer el recuento fiel de virtudes e insuficiencias. Sabemos que la tardía colonización de la zona por españoles y lusitanos, la destrucción de las débiles poblaciones indígenas en un sistemático genocidio, la peculiaridad de una explotación económica que fijó el pacto dependiente con las metrópolis en ascenso, el entronque histórico con los centros que impulsaban la modernidad burguesa, el trasvasamiento inmigratorio, son algunos de los rasgos constitutivos que aseguraron la fundación de una cultura de la modernidad y su empuje vanguardista.

Sabemos también que la conducción burguesa que durante casi un siglo aseguró la evolución de esa cultura, entró en colisión desde 1930 con los nuevos grupos sociales emergentes que reclamaron su parte en la conducción del país y su derecho a incorporar a él sus privativos elementos culturales. Si hay un rasgo peculiar de esta coyuntura histórica argentina, es la visualización dicotómica que entonces surge y que simplistamente se definió en la oposición Florida-Boedo. La sociedad posterior a 1930 vio aplicarse la "hora de la espada" proclamada en 1924 por Lugones y tendió a reconocer como válida la división en tendencias antagónicas, por cambiantes y escurridizas y metamorfoseables que ellas hayan sido a lo largo del medio siglo transcurrido. Diría que las oposiciones han sido constantemente redefinidas, alterando los polos del enfrentamiento, pero que se ha conservado el básico sistema binario de oposiciones entre dos orientaciones doctrinales y esto ha sobrenadado al permanente confusionalismo que rige culturalmente al período. Todo lo que en él se ha producido, desde el arte y la literatura hasta las formulaciones políticas, desde las filosofías sociales hasta las morales, está marcado por el confusionalismo propio de una edad de crisis, en la cual ninguna proposición parece enteramente satisfactoria intelectualmente porque ni es nítida ni puede desarrollarse autónomamente: vive dentro de una pugna y se abastece de la acumulación indiscriminada de la historia transcurrida. Incluso parecen menos nítidas que las proposiciones de la gran crisis inicial del orden colonial, aunque eso también puede atribuirse a que estas últimas las podemos percibir desde el ángulo de los triunfadores en la contienda.

Nada ilustra mejor el confusionalismo que la bastante difundida tesis sobre la pérdida de la identidad cultural. En América Latina es habitualmente un efecto secundario de la velocidad modernizadora mediante incorporación de patrones extranjeros, aunque aparece también como una racionalización ideológica para expresar la ambigüedad en que se mueven las clases altas y



novedades

LOS LÍMITES DE LA LEGITIMIDAD
Contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo
Alan Wolfe

CÓMO MUERE LA OTRA MITAD DEL MUNDO
Las verdaderas razones del hambre
Susan George

CIUDADES DE CAMPESINOS
La economía política de la urbanización en el Tercer Mundo
Bryan Roberts

LA BATALLA EN EL MÉXICO RURAL
Gustavo Esteva

EL ANARQUISMO Y LA CLASE OBRERA MEXICANA 1860-1931
John M. Hart

LA CRISIS OBREGÓN-CALLES Y EL ESTADO MEXICANO
Rafael Loyola Díaz

de próxima aparición

los 4 premios del Concurso Ensayo Siglo XXI 1980

AMÉRICA LATINA 1980: LOS DESAFÍOS DEL TIEMPO FECUNDO
Sergio Sporerer

FRONTERAS ABIERTAS: EXPANSIONISMO Y GEOPOLÍTICA EN BRASIL CONTEMPORÁNEO
Pedro Fernando Castro Martínez

ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y EMPRESAS TRANSNACIONALES EN CENTROAMÉRICA
Donald Castillo

LOS MOLINOS DE LA IRA
Pronóstico sobre la situación en América Latina
Julio Barreiro

Solicite información periódica sobre nuestra producción editorial:
Siglo XXI Editores: Av. Cerro del Agua 248, México 20, D.F.

Distribuidora Guadalajara: Federalismo Sur 958, Guadalajara, Jal.

medias de una sociedad, en especial sus sectores juveniles, ante las urgencias de un cambio social y político al que parcialmente se resisten. Conozco pocos testimonios sobre la pérdida de identidad de los jóvenes de las clases obreras, en quienes sería casi más lógico el problema visto que proceden de sectores rurales o marginales que se incorporan violentamente al más desarrollado sistema productivo industrial extranjero. Conozco en cambio muchos testimonios sobre esta conciencia en los estudiantes universitarios procedentes de clases medias o altas, a los cuales pueden aplicarse certeramente los razonamientos de Erik Erikson sobre la "crisis de identidad" que él vivió en el seno de la cultura europea. Pienso que ellos descubren que el sistema racional propuesto por una cultura de la modernidad como instrumento de cualquier operación intelectual, en verdad esconde una secreta irracionalidad que se testimonia en el apropiamiento de las fuerzas productivas y la subsiguiente apropiación de la conducción política. No creo casual que tales crisis de identidad hayan conducido a un reconcomiento del irracionalismo, a veces a una práctica de su caprichosa libertad y a una reconsideración del tema de la alienación. Cuando dejamos de estar contenidos dentro del aparato intelectual racionalizado y cuando superamos el encierro mediante la objetivación de ese aparato, descubrimos sobre qué tembladera irracional funciona y en qué medida lo propicia. Como "dialéctica de la Aufklärung" lo percibió Horkheimer en una visión panoccidental que no rendía cuentas de su agravamiento en sus márgenes expansivos.

La modernidad vanguardista no es una virtud en sí, por más que de ese modo la recomienden sus afiliados, sino que es simplemente una característica de ciertas sociedades dinámicas de la era burguesa. Sus productos son sin duda admirables, pero no mejores ni peores que los de otros tipos de sociedades, incluso las que llamamos sociedades tradicionales. Son distintos. Si algo debemos a la antropología moderna es haber desprendido a las culturas tanto de las constricciones de raza como de las originadas en el concepto de una evolución progresiva única. Esos productos son además fácilmente internacionalizables, pues se adecúan al circuito planetario que ha establecido la economía-mundo de la actualidad. Para una visión restringida de presente esto se ofrece no como una virtud suplementaria sino como una corroboración del valor absoluto. Para una visión algo más ecuménica es simplemente una peculiaridad, tan curiosa y original como la forma de reproducción de determinadas especies animales.

Se trata de un estilo de sociedad, un modo de funcionamiento que subyace a la producción de objetos culturales, aunque estos son capaces

de autonomía respecto de los sistemas productivos en que se engendran. Si dejando de lado los productos examinamos ese sistema productivo de la modernidad vanguardista, observaremos que acarrea complejas operaciones, tan creativas como destructivas. Exactamente, sólo puede alcanzar el punto ígneo de producción mediante la combustión de ingentes aportes culturales que alimentan la hoguera. Así, el espíritu vanguardista debió proceder a una tesonera urbanización de la cultura, lo que implicó consumir múltiples culturas rurales y, dadas las normas decimonónicas sobre las cuales fue trazado el plan de urbanización, debió desembocar en una generalizada alfabetización que fue construida en detrimento de las culturas analfabetas y orales. Si algo no puede negarse es la coherencia de la propuesta de Sarmiento: ciudades contra campo, alfabetización modernizadora contra tradicionalismo analfabeto, europeísmo anglofrancés contra pervivencia hispanizante. La consecuencia ha sido categórica: no tenemos en toda América Latina una cultura tan sistemática, rigurosa y homogéneamente urbana y alfabetizada como la argentina. Esta opción franca tuvo la virtud de aceptar también francamente las negaciones que acarrea: la drástica exclusión de toda otra forma cultural opuesta o alternativa. Las virtudes de urbanización y alfabetización han sido cantadas mil veces y es bien fácil rastrearlas en la planificación sistemática de los productos culturales argentinos, en la racionalidad de sus diseños, en los criterios analíticos que maneja, en las concepciones normativas y generalizadoras a que aspiran, más visibles cuando procede al despojo de los particulares concretos para componer una doctrina oficial que se impone beligerantemente a toda la nación. Todo eso sostiene sobre destrucciones paralelas: la cultura argentina ha establecido una aparente y rígida homogeneidad de toda la sociedad que impuso con notoria violencia, sino a todos, a la mayoría de los grupos componentes, procediendo al arrasamiento de las culturas regionales, sobre todo las múltiples culturas rurales, indígenas o campesinas que fueron o terminadas o menospreciadas en beneficio del sistema de valores y prestaciones de la cultura urbanizada. Lo mismo puede decirse de las múltiples culturas tradicionales de los sectores inmigrantes, alcanzando la extinción de las etnias que sin embargo aún sobreviven en la sociedad norteamericana de "trasplantados" y siguen proporcionando desde sus enquistamientos sus productos específicos.

La voluntad planificada de este proyecto se hace visible cotejándola con otras regiones de América Latina o con la misma Europa. Basta cruzar la cordillera para recuperar de inmediato, en Chile, la multiplicidad de vivas formas culturales regionales o atravesar la frontera brasi-

leña al norte de São Paulo para percibir cuán vivamente sigue viviendo el regionalismo con sus sabores particulares. Pero tampoco España, ni las naciones europeas que condujeron el proyecto civilizador argentino, Francia, Inglaterra o Alemania, ha producido una homogenización similar y siguen conservando expresiones particulares regionales que son centros de producción cultural con visible margen de autonomía. Es obvio que tocamos aquí las distintas maneras en que se cumple la modernidad, según se trate de quienes la generan o de quienes la adoptan en situación dependiente. Y a pesar de la diferencia de grado que se registra entre la operación homogenizadora en Argentina y Estados Unidos, se podrían traer a colación las melancólicas reflexiones de Sapir sobre las culturas auténticas y las espurias tal como lo percibía en el panorama norteamericano de su época. El espíritu de modernización vanguardista pierde sus protectoras riendas que lo compenisan y moderan cuando se diluye el polo tradicional contra el cual insurge. Visible eso en las nostalgias del particularismo que acecharon al Sarmiento de la madurez o en la recuperación, aunque ya fatalmente folklórica y ornamental, de las culturas rurales muertas en este siglo XX, a cargo de Lugones.

Hacia 1930 Scalabrini Ortiz construyó su historia de los ferrocarriles argentinos a partir de la contemplación del insólito plano que dibujaban las líneas férreas del país; pudo también acometer la historia de la cultura argentina partiendo de ese mismo esqueleto que lo vociferaba. Aunque en vez de trazar la doctrina de la inocencia que dice que el demonio viene de fuera y nosotros somos sus incautas víctimas (la "teoría de la conjura" que decía Real de Azúa) puede trazarse otra doctrina más realista que dice que en estas operaciones se testimonia la obra de un asombroso equipo de intelectuales, parecidos a los "amautas" de que hablaba el Inca Garcilaso de la Vega, los que habrían diseñado platónicamente el imperio inca antes de que fuera realidad. Los intelectuales que estuvieron detrás de este proyecto, pensaron vanguardísticamente al país, construyeron su modelo ideal y procuraron luego que la sociedad real se amoldara a esos lineamientos: pusieron su diseño encima del país y repasaron con lápiz tinta sus líneas para que quedaran registradas. En un reciente libro Halperín Donghi ha reunido las piezas de este debate intelectual (*Proyecto y construcción de una nación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980) del que no encuentro paralelo sino en la generación norteamericana que diseñó el "destino manifiesto". El costo social fue monumental y creo que fue entonces que se introdujo esa arrogante concepción abstracta que con tal de alcanzar la plenitud real del modelo ideal se mostró capaz de despreciar el sufrimiento de la población. Esta arrogancia se reproduce en los años actuales, salvo que si no hubo real batalla entablada por parte de las clases rurales del siglo XIX para enfrentar el proyecto liberal, sí hay hoy una muy decidida actitud combativa en las clases obreras contra la oligarquía y los sectores militares que le obedecen.

No hay duda de que esos intelectuales representan clases sociales, ni de que operaron dentro de las constricciones que imponía su época (que sería injusto y pueril extrapolar a nuestras circunstancias actuales), pero lo que me parece singular en el campo cultural argentino, es esa presencia beligerante de los equipos intelectuales puestos a una tarea de construcción de modelos, en lo que percibo la visible remanencia del intelectual dieciochesco que ha sido el inicial prototipo al que el país fue fiel hasta hoy. La cultura argentina, como todas las latinoamericanas, ha sido y pretende seguir siendo una cultura de élites, pecado original del que ni siquiera el pensamiento opositor y contestatario actual se ha desprendido. Pero hay diferencias en América en el comportamiento de esa élite. La cultura colombiana y en general la andina, es asimismo una cultura de élites y la mexicana no sólo de élites sino aun de mafias detentadoras del poder. Pero mientras las élites de la región andina funcionaron separadamente del resto de la sociedad, dentro del batiscapo de sus clases, transmitiéndose comunicaciones para uso exclusivo del sector intelectual, las élites argentinas funcionaron sobre el concepto de servicio civil nacional, se constituyeron con equipos altamente preparados, desarrollaron complejas visiones futuristas y elaboraron proyectos destinados a ser puestos en práctica por la sociedad toda ya que reclamaban de la

mayoría de las fuerzas sociales para ejecutarse. Como además acarrearaban modificaciones ingentes, les era indispensable un amplio y riguroso sistema educativo tanto para formar los cuadros eficientes para esa tarea como para internalizar en la conciencia de los ciudadanos sus presuntas virtudes. Como carecieron del rico estamento eclesiástico de otras regiones, aunque apelaron algo retóricamente a los principios religiosos, tuvieron más confianza en un armado instrumental educativo laico como era propio del proyecto burgués moderno. El les conquistó importantes sectores populares, quienes aceptaron esa lección de la ideología aun en oposición a la lección de la verdad concreta de sus propias vidas, posible origen de esa sorprendente alienación de los sectores medios urbanos en la sociedad argentina actual.

Esas élites han modelado la nación imponiendo mitos en la conciencia ciudadana: desde el de "nación" hasta el de "educación". Diría que todos ellos, aun los más defendibles, responden a los principios de un flexible despotismo ilustrado, porque han sido incrustados en la sociedad a partir de su elaboración por las élites, sin intentar recoger de los hombres que la componen esos valores que conducen sus formas culturales específicas y tradicionales. El principio de modernización adquirió así un estilo autoritario y desdeñó las fuentes creativas y espontáneas de la población, que sólo algunas veces resultaron rescatadas en obras literarias o artísticas, en formulaciones doctrinales de grupos resistentes y minoritarios. Fue una cultura inducida que se prevaleció del extraordinario aparato educativo para transmitir la ideologización de las élites. Sin duda manejó expresiones populares pero solo epidérmicamente o después de haber sido castradas (la ideologización del gaucho que hizo Lugones en sus conferencias de 1913 ante las autoridades nacionales) y con ellas revistió enmascaradamente los mensajes de las élites, oficiando de representantes de clases dominantes.

Establecieron una cultura normativa y legal, la cual desarrolló persuasivas abstracciones explicativas y minuciosos sistemas legales de funcionamiento, pues todos los integrantes de estas élites fueron, como Laprida, hombres de leyes y dictámenes, y no deja de ser aleccionador la subversión de esos rasgos en la actual situación argentina, porque ha evidenciado, casi grotescamente, lo que tenían de invenciones supraestructurales y de regímenes coercitivos. Se trata de una peculiaridad compartida por diversas áreas latinoamericanas, devotas todas de los códigos napoleónicos y de las cambiantes cartas magnas constitucionales, pero es la coherencia y el espíritu de sistema lo que en el caso argentino llama la atención. La minuciosidad con que fue construida una red de principios, órdenes, disposiciones, interpretaciones, y el rigor omnímodo con que se aplicó a la totalidad nacional. Para lograr esta coherencia y esta sistematicidad, forzoso es perder de vista la realidad concreta. El perspicaz Valentín Alsina lo percibió de inmediato en Sarmiento y amistosamente trató de evidenciar su propensión a los sistemas, que definió así: "sentada una idea jefe, recorre cuantos hechos se le presentan, no para examinarlos filosóficamente y en sí mismos, sino para alegarlos en prueba de su idea favorita, para formar con ellos el edificio de su sistema. De aquí nace naturalmente que, cuando halle un hecho que apoye sus ideas, lo exagere y amplifique; y cuando halle otro que no se encuadre bien en su sistema, o que lo contradice, lo hace a un lado, o lo desfigura o lo interpreta: de aquí nacen las analogías y aplicaciones forzadas; de aquí los juicios inexactos o parciales acerca de los hombres y sucesos; de aquí las generalizaciones con que, de un hecho individual y tal vez casual o insignificante en sí mismo, el escritor deduce una regla o doctrina general." ¿No se podría aplicar a tantos otros en tantas otras épocas? ¿A Echeverría como a Alberdi, a Lugones como a Ingenieros, a Martínez Estrada como a Viñas?

No veo en el resto de América Latina otra cultura tan poco empírica y tan poco pragmática como la argentina, tan poco respetuosa de lo concreto, particular e individual y a la inversa, tan segura de la conveniencia, amplitud y exactitud de las "leyes y los dictámenes". Percibo en ella una tendencia generalizadora que se construye a partir de algunos apoyos realistas evidentes y eficientes pero no siempre suficientes para esa rápida construcción generalizadora que aspira a la fijación de normas interpretativas de validez universal, de teorías fas-

cinadoras pero indemostradas. Es frecuentemente el reino de las hipótesis que se hacen pasar cómodamente como tesis resultantes de una investigación que no se ha llevado a cabo. Veo aquí una consecuencia de ese absolutismo de las élites intelectuales aplicadas a fijar modelos ideales para luego encarnarlos. Y comparto tan vivamente la desconfianza contra este espíritu de sistema que llevó a Carlos Vaz Ferreira a escribir su *Lógica viva*, que llegó a pensar, aplicando aquí el espíritu de sistema, si esta desconfianza tanto del Vaz novecentista como mía, no es parte de una resistencia provinciana a la sistematización omnímoda que llevó adelante la capital Buenos Aires sobre su vasto *hinterland*, que no estaba compuesto sólo de campiñas sino también de pequeñas ciudades como Montevideo o Córdoba, las cuales no por azar fueron, en 1908 y 1916 respectivamente, sedes de insurgencia estudiantil y reformismo universitario.

A través de un eficiente aparato educativo, que encubre y disfrazaba el régimen represivo sobre el cual se levanta, los "amautas" transmiten sus ensoñaciones al común: nada de raro que en algún momento una parte de la sociedad, aunque acostumbrada a aceptarlas, descubra que está soñando pesadillescos cuentos borgianos. Nada de raro tampoco que otra parte de la sociedad se niegue a soñar una pesadilla que poco tiene que ver con su situación concreta y sus intereses. Hay un momento en que la conciencia de los particulares consigue perforar la perpetua estructura normativa diseñada por los "amautas". Pero es ilustrativo del poder de los sistemas, para seguir operando más allá de las doctrinas que transportan, registrar en esa parte de la sociedad que se rebela a la conducción de las élites, la asunción del mismo espíritu de sistema, de los mismos diseños generalizadores y abstractos, aunque comúnmente de signo contrario. La capacidad insidiosa de toda acumulación cultural extensa, de todo pasado, para impregnar posiciones doctrinales disímiles y aun contrarias, filtrando sobre los campos opuestos un idéntico régimen operacional que los homologa funcionalmente aunque discrepen en sus proposiciones, puede reconocerse en el último medio siglo argentino correspondiente a la crisis, en el trazado de dos líneas opuestas.

La parcial toma de conciencia de esta crisis, se logró mediante el reconocimiento de una línea cultural alternativa. Oponiéndose a la línea liberal y oficial de la cultura argentina, que en alguna ocasión se denominó mitrista, se concedió relevancia a una línea recesiva de tipo populista, lo que a su vez fundamentó el discurso histórico revisionista. Si bien tal ruptura resultó beneficiosa, en cuanto puso en discusión el principio homogenizador falso que se había impuesto al país, dista de dar cuenta de la total situación cultural de la sociedad. Se sabe hoy que la cultura argentina no es, exclusivamente, el Teatro Colón, el diario *La Nación* o la revista *Sur*, pero la solución alternativa populista asumió similares formas autoritarias, generalizadoras e impositivas, presentándose como el producto de otras élites intelectuales dictaminando a partir de una escasa o empobrecida experiencia de lo concreto. Quedó destruida la concepción global y uniforme, pero su dependencia de élites así como la subsiguiente tendencia sistemática homogenizadora continuó funcionando. Con lo cual la pluralidad de culturas sometidas que de hecho integran la nacionalidad no ha sido reconocida ni han adquirido fuerza sus variadas demandas a integrar una cultura auténticamente nacional. Es propio de las crisis la desintegración de la centralización autoritaria, dejando en libertad operativa a los variados sectores que entonces buscan expresarse. Algunos pudieron hacerlo y otros siguen imposibilitados de sostener fuertemente sus propios valores culturales y aun corren el riesgo de perderlos si asumen simplemente algunas de las dos líneas (oficial y populista) enfrentadas.

Las culturas de los sectores sometidos cumplieron siempre ingentes esfuerzos para expresarse colectivamente y para ser aceptadas válidamente a la luz pública. Para comprobarlo, cada uno de nosotros puede trabajar desde su campo de observación, sean las lenguas, las doctrinas sociales, los humildes productos de la vida cotidiana, las posiciones políticas, etc. En mi caso ese campo de observación está representado por la literatura. En él se percibe la exacerbada expresión de las culturas rurales en el último tercio del siglo XIX, aunque con mayor vigor y mayor variedad (de Lussich a Podestá) en las regiones alejadas del centro tentacular de

Buenos Aires y por eso más vivamente en la Banda Oriental que en la Occidental del Río de la Plata. Del mismo modo que más vivamente entre las poblaciones de Río Grande do Sul que bajo el imperio urbano de São Paulo, para la otra porción (brasileña) de la cultura suratlántica. En cambio las culturas inmigratorias del primer tercio del siglo XX, por su incidencia en los centros urbanos, lograron expresarse preferentemente en las ciudades, São Paulo y Buenos Aires, aunque asumieron sus rasgos contestatarios más firmes, su estructura ideológica radical, en las ciudades pequeñas, Rosario, Montevideo. La "plebe ultramarina" que villendia-ba Lugones, consiguió una inicial expresión propia, que Gladys Omega ha pesquisado en su libro, sustentó originales formas teatrales y diseñó formas originales del imaginario, aunque, en el sentir de Darcy Ribeiro, no consiguió imponer como en Estados Unidos sus normas vitales y se rindió al conservadurismo tradicionalista de las élites dominantes. Ello, sin embargo, estaba previsto desde el comienzo novecentista en las proposiciones de Cnaan de Graca Aranha y en *La gringa* de Florencio Sánchez, quienes buscaron la reconciliación de los elementos en pugna.

Tanto unas como otras manifestaciones, rurales y emigrantes, han sido enlazadas precariamente por quienes han buscado construir la tradición popular alternativa recusatoria de la oficial, pero lo cierto es que no hay similitud ni continuidad histórica entre estas formas culturales de sectores dominados de la sociedad. La debilidad de sus productos y la dificultad para ser incorporados al circuito culto, testimonian el aplastante peso de la cultura de élites, tanto en su vertiente oficial como en la supercultura y sofisticada que ocupó la escena desde 1930. Las formas populistas, incluso, que se generaron en los diez y los veinte, fueron incapaces de sostener un desarrollo extenso: así, una de sus ricas invenciones, el tango, se agostó lo suficiente como para que en las últimas décadas fuera recuperada por el sector culto como un objeto de museo.

Donde con mayor nitidez se percibe la dificultad expresiva de vastos sectores culturales, es en la incapacidad de la cultura proletaria para generar una literatura específica. No hemos tenido una literatura proletaria, a pesar de la obvia importancia numérica de esa clase y de su incidencia en la estructura social. Entre una literatura de funcionarios de partido que vinieron a configurar una nueva expresión de literatura de élites—aunque a éstas acostumbramos a llamar de "cuadros"—y una literatura populista de baja clase media, no quedó espacio visible para que adviniera una literatura proletaria de equivalente importancia a la de los otros sectores sociales mencionados, como las castigadas poblaciones rurales o las sometidas poblaciones inmigrantes. Unas y otras han confluído en buena parte a la formación de un proletariado urbano, pero éste parece haber sido succionado por una producción literaria de los *mass media*, los que ocupan el lugar que otrora correspondiera a los organismos educativos oficiales y cumplen como ellos una tarea de indoctrinación al servicio de un proyecto de élites, salvo que en un nivel mucho más bajo y perverso.

En cambio hemos tenido un trasiego de intelectuales formados en los cauces de la cultura dominante, que se han acercado ideológicamente, más que artísticamente, a los sectores populares urbanos. Para examinar el puesto que le cabe a Rodolfo Walsh en las letras argentinas, he estudiado en otro lado (*Escritura 2*) ese curioso proceso posterior a los 30, donde se sitúa la obra de Leopoldo Marechal y las contribuciones del Cortázar adulto, entre otras correspondientes a los jóvenes que emergen a la producción desde 1955. Pero a pesar de las contribuciones que en esta última generación hizo Walsh al periodismo militante y a la construcción de ciertas formas "proletarizantes" como la novela policial de pobres, que parece responder a ciertos reclamos gramscianos, la clase obrera, que es el centro de la problemática social argentina, aún no ha expresado directamente su concepción cultural. Mientras ello no ocurra, no se habrá producido la necesaria catarsis y renovación de la cultura argentina, para que vuelva a ser la pujante cultura del modernismo vanguardista que fue y le aseguró un puesto privilegiado en el continente. ●

Wilson Center, Washington, abril 1980.

el ágora



novedades en discos importados
el mejor surtido en jazz

Nueva Imagen, Alianza y Premia
30% de descuento permanente

INSURGENTES SUR 1632

AMÉRICA LATINA

Entrevista a Teodoro Petkoff: construir un socialismo con justicia y libertad

Jorge Tula

A comienzos de 1971, después de un arduo proceso de discusiones que tenía como trasfondo la dura experiencia del fracaso de las guerrillas—fracaso que ciertos militantes intentaban superar a través de la inserción reformista en el proceso político—, se produce una profunda escisión en el Partido Comunista de Venezuela. Un grupo importante de dirigentes, protagonistas principales de la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez y del enfrentamiento directo en los distintos frentes guerrilleros, veteranos de la clandestinidad y la tortura, coincidieron en definir un camino para la lucha política alejado tanto de las propuestas reformistas como de las foquistas, esto es un camino revolucionario para la construcción de un "socialismo a la venezolana". La organización gestada a tal efecto recibió el nombre de Movimiento al Socialismo (MAS). La elección del nombre es significativa pues delata la autonomía de elaboración y el redescubrimiento de la necesidad y la posibilidad del socialismo en Venezuela "sin tener que trasladar modelos de otros países, aprovechando críticamente las experiencias vividas en el mundo socialista".

Sus propuestas acerca del tipo de socialismo que se desea, del modelo de sociedad que se procura construir, y cuya prefiguración debe encontrarse en la actividad que se despliega para lograrlo, pues el socialismo, la revolución, más que una meta colocada al final del camino es el camino mismo, estas propuestas, decíamos, tienen seguramente mucho que ver con el desarrollo y la consolidación de este movimiento en la vida política de Venezuela. Basta decir al respecto que fueron necesarios sólo diez años para constituirse en la tercera fuerza política venezolana. Pero la importancia del MAS trasciende las fronteras nacionales, pues sus inéditas experiencias no podrán ser soslayadas por las fuerzas revolucionarias que luchan por la construcción de un socialismo en el que reine la justicia y la libertad.

Con Teodoro Petkoff, uno de los principales dirigentes del MAS, conversamos no sólo de la rica experiencia realizada por el movimiento al que pertenece sino también de otros problemas que a Controversia le importa abordar.

P: Me gustaría que empezáramos esta conversación con algunas reflexiones tuyas acerca de la peculiaridad del proceso político de Venezuela y más particularmente sobre las características del reformismo venezolano.

TP: El reformismo venezolano es un complejo régimen político, económico y social en el cual la hegemonía del sector dominante sobre el conjunto de la sociedad es lograda mediante la presentación sostenida de planes de reforma en los órdenes mencionados y del desarrollo—aunque parcial y limitado—de ellos, pero no por esta razón carentes de efectos sobre la población. De un modo general puede decirse que, en cuanto práctica, las medidas reformistas son de corto alcance y que el sistema reformista de dominación se ampara en los fabulosos recursos del estado venezolano, que le permiten atender a un arco social variado; pero también como práctica hay que ubicar la acción política de los partidos reformistas, diseminadas a través del conjunto de organizaciones populares y gremiales, además de las propiamente partidistas; y si bien es cierto que operan fragmentariamente en el terreno de la reivindicación popular, el reformismo no aparece como negador de estas reivindicaciones sino acompañándolas y con frecuencia favoreciéndolas en cuanto planteamientos, sin que por ello el estado se vea comprometido ante los ojos de los respectivos sectores populares y, mucho menos, se sienta él mismo comprometido.

Las medidas reformistas aplicadas significaron, en su conjunto, mejores condiciones de vida para relativamente vastos contingentes de la población, o en todo caso alteraciones significativas, desprendidas no sólo de un crecimiento económico meramente vegetativo sino también por la necesidad del reformismo de atender a su clientela en las diversas esferas sociales. Lógicamente, dentro del esquema de desarrollo venezolano, la elevación de los niveles de vida va acompañado por la persistencia de viejos males y por la aparición de otros nuevos, más correspondientes a lo que se ha llamado entre nosotros el "efecto Venezuela". Por otra parte, las medidas reformistas han permitido mejores condiciones para la reproducción ampliada del capital, la elevación técnica y cultural de la mano de obra, la modernización del sistema de comunicaciones, la ampliación del mercado interno, la formación de "gerentes de estado", etc. En síntesis, estamos en presencia de un vasto complejo económico-político en el cual se retroalimentan las componentes que aseguran la solidez de



la influencia política con la capacidad de plasmar en realizaciones importantes un mensaje que de no ser por esto quedaría en pura y simple demagogia.

A esta altura de nuestra conversación puede entenderse, en este sentido, que nuestro análisis del reformismo político, bien sea en su versión socialdemócrata o en la socialcristiana, está marcado por el intento de tomar en cuenta las especificidades de la estructuración, acción, programa y comunicación con la gente por parte de los grupos que se han alternado en el poder, reconociéndoles el peso que ellos han tenido en la conformación real del escenario político actual y, por consiguiente, en el modo como transurre la disputa por el poder.

P: Por todo lo que acabas de decir, aparece como un problema central el análisis de los procesos de conquista de la voluntad popular y de la continua legitimación del poder.

TP: Sí, efectivamente. Pero importa decir que todo esto no se cumple de manera lineal, absolutamente cómoda, sino que además de presentar realidades conflictivas en el seno de la acción reformista, ofrece, por ello mismo, posibilidades de comunicación por parte de los agentes revolucionarios con los componentes popu-

lares que sustentan la acción reformista. Tales conflictos se deben a que los distintos intereses y aspiraciones presentes en el abanico de fuerzas sociales que posibilitan el poder con frecuencia no pueden ser fácilmente reconciliados. Así, el conflicto de tipo social se hace sentir necesariamente en la esfera—mucho más articulada y compleja—de los conflictos políticos, expresados a través de intereses grupales, generacionales, regionales, etc., que producen realidades partidarias contradictorias, que toman la forma de corrientes, cuyas vicisitudes guardan enorme importancia para alimentar en el pueblo la inconformidad y para ofrecer, por lo tanto, bases para el avance de los intereses revolucionarios.

P: Hiciste un par de referencias al estado venezolano. Me gustaría que conversáramos sobre sus peculiaridades, sobre las modificaciones de que fue objeto en estos últimos veinte años, de esa suerte de modernización relativa de que hace gala. Y de las consecuencias, claro.

TP: Podría empezar diciendo que como parte del proceso que ha llevado a la afirmación de una tendencia hacia la consolidación del régimen democrático representativo y a la hegemonía de los dos grandes partidos reformistas, hay que incluir el desplazamiento progresivo de las capas más atrasadas dentro del bloque del poder y su sustitución por sectores más acorde con el moderno crecimiento capitalista, y cuyo propio desarrollo en tanto que factores económicos y sociales los lleva a procurar una acción más autónoma y a reclamar un papel que modifica la vieja relación de subordinación extrema frente al poder imperial. Esto es a su vez producto de una contradicción estructural de la dependencia. Todo lo cual tiene, sobre Venezuela, efectos políticos en la gestión del poder y en la formulación y en la práctica de una política internacional de características más modernas y con necesarios rasgos de soberanía. Y, claro está, esta situación se inscribe en el proceso que ha llevado al estado venezolano a adquirir una enorme fortaleza como gestor político y económico, como ordenador, y que por su íntima relación con los dos partidos reformistas le hacen desarrollar una acción más allá de las timideces y prejuicios de las capas burguesas, en particular en el plano internacional.

Como es sabido, los gobiernos son factores dinámicos del estado, y al constituirse tales gobiernos con los partidos reformistas, éste con poca frecuencia, asume posiciones de mayor avance, incluso en el sentido de responder a exigencias que en algunos casos entran en contradicción con posturas de la burguesía; lo cual no ha obstado para que luego ésta se acomode a lo fijado por aquél.

Desde luego los fenómenos aludidos son inseparables de la modernización relativa del aparato del estado. Sin embargo esta modernización está plagada de taras que reflejan no sólo atrasos y trabas en el proceso político general sino también una deformación producida por el crecimiento desproporcionado de la burocracia estatal y por los vínculos establecidos entre el sector estatal y el sector privado. Dicha vinculación ha sido favorecida por el sector capitalista que ha comprendido la necesidad de eliminar o de limitar los rasgos más atrasados del capitalismo venezolano, sabiendo a la vez que en la alianza con el reformismo no está en juego su red de privilegios y que, más bien, por el contrario, comprende que el mantenimiento de ésta aconseja el reconocimiento gattopardiano del papel del reformismo y junto con él el reconocimiento del peso del estado, desechando las viejas concepciones liberales, aun sin confesarlo y aun manteniéndolas formalmente como recurso de presión. Conviene señalar aquí la peculiar combinación del parasitismo de los grupos económicos que engordan a la sombra del estado y la influencia de estos grupos sobre los sectores dirigentes de los partidos que han ejercido el gobierno.

El estado venezolano es terreno político también contradictorio, campo para la manifestación—desigual por supuesto—de la inconformidad frente a la hegemonía establecida. No consideramos al estado sólo como instrumento de poder de las clases dominantes ni como mera máquina de represión, o herramienta que puede ser manejada con la más absoluta comodidad por parte del gran capital. El estado participa del polo dominante de la sociedad pero lo hace también con sus propios intereses, y la defensa de aquellos que dominan y del carácter

capitalista de la sociedad en su conjunto se abre paso a través de un complejo de ejecutorias que también debe tomar en cuenta expectativas y reivindicaciones de las masas populares e intereses específicos de los partidos que gobiernan. En la confrontación que asumimos frente al reformismo como sistema político de dominación cobra relieve singular la captación y aprovechamiento del fenómeno que ya los clásicos definieron como el conflicto del estado consigo mismo, es decir defender por un lado intereses particulares y estar obligado por otro lado a presentarse como portador del interés social. Es claro que este conflicto no puede operar sólo por virtud de la estructura misma del estado sino sobre todo por la acción de las fuerzas que en la relación del estado con la sociedad pueden poner en movimiento las aspiraciones y los intereses de la mayoría, que son precisamente las que atentan contra la ilusión del estado como sobrepuesto e independiente de la lucha de clases.

P: ¿Cómo funcionan, o mejor dicho, cuál es la peculiaridad en el funcionamiento de los llamados "aparatos ideológicos del estado" en la realidad venezolana y cómo operan ustedes frente a ellos?

TP: En la apreciación del fenómeno de la dominación ideológica, cada vez más articulada y refinada, hasta alcanzar niveles nunca vistos en la historia venezolana, hemos procurado orientarnos de manera tal que podamos percibir los niveles crecientes de efectividad de esa dominación, pero sin caer en la tesis típica de cierta izquierda que no percibe los aspectos contradictorios del fenómeno, tan profundamente vinculado con los límites objetivos del reformismo. Podemos decir que éstos los marca en Venezuela, de un lado, la resistencia de los sectores económicamente dominantes y, del otro, en lo ideológico, la resistencia y la fuerza que van adquiriendo los agentes revolucionarios. Ahora bien, el cobrar mayor fuerza depende en gran medida de que las fuerzas del cambio no sólo pisen el terreno contradictorio que nace de la distancia entre las palabras y los hechos sino que también sepan abrirse a la expectativa creada en los sectores bajo influencia reformista. La progresiva expansión, en el terreno político, de una alternativa de cambio es, en términos "matemáticos", la de alimentar esa alternativa en base a los sectores que se desgajan del reformismo.

Al lado de la comprensión del modo de operar del reformismo hay que ubicar la necesidad de estructurar respuestas reales y efectivas tanto a lo hecho desde el poder como a lo realizado en la práctica partidista. Y este aspecto nos remite a la vieja cuestión de relacionar las luchas por las reformas con la vasta corriente de la lucha por la revolución. A tal efecto reconocemos el carácter dinámico de las reformas propuestas desde el poder, porque es de elemental sentido común defender toda mejoría, por parcial que sea, de las condiciones de vida del pueblo, y porque estamos interesados en el quiebre de los aspectos más atrasados de la sociedad capitalista, pues esto último puede crear condiciones más positivas para el adelanto de futuros combates sociales.

Además de reconocer el carácter dinámico de las reformas, nos parece conveniente estimular las luchas populares por ellas, tanto las que nacen desde el poder como las que provienen de la situación y acción de los distintos sectores sociales. Se trata de unir al movimiento socialista con los procesos reales de luchas populares y sobre esta base impulsar la organización del pueblo en torno a su propia actividad. En fin, la competencia política revolucionaria tiene necesariamente que alejar toda visión simplista y fácil de la relación entre el poder y las masas si quiere ser operativa y convertirse en una alternativa real.

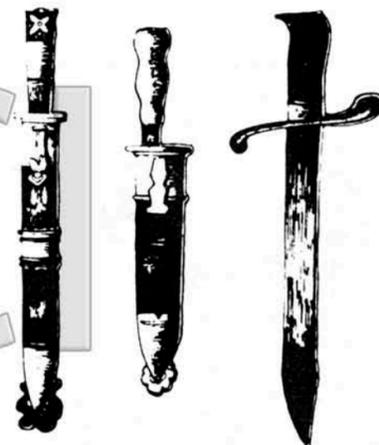
P: ¿Cuál sería entonces la forma práctica de la construcción de esa nueva hegemonía que se desprende de tus reflexiones?

TP: Siempre hemos estado situados en el terreno que nos aconseja la realidad venezolana, pero esta particularidad no está reñida con la validez de la proposición según la cual la hegemonía es primero una situación de privilegio en la orientación política, cultural e incluso moral de la sociedad antes de ser cristalizada en el poder revolucionario, que no es lo mismo que poder político, por cierto. Afirmación que debe hacerse tomando en cuenta que si a la revolución se

llega por la mayoría, a la mayoría se llega por la táctica revolucionaria, la cual supone, por definición, la ausencia de resignación pasiva ante la realidad existente. Pero una cuestión es hablar de la táctica cuando se tiene por delante situaciones insurreccionales y otra hablar de ella, justo para que sea revolucionaria, en las condiciones nada espectaculares de la evolución democrática normal. En estas condiciones la progresiva expansión del movimiento revolucionario no puede cumplirse como si estuviéramos provisionalmente en el terreno que pisamos, en espera del "verdadero" terreno revolucionario, que sería el de los desgarramientos sociales que anulan la misión unificadora del estado. Con esta falsa conciencia de la realidad la acción revolucionaria se esteriliza, ya que el problema consiste en considerar que el mismo proceso revolucionario es el que une la sociedad que conocemos y la que ha de venir. Por lo tanto no puede haber "provisionalidad" de la acción revolucionaria sino eficacia definitiva a la hora de unir lo posible y lo real.

P: ¿Cómo debe plantearse la lucha frente al reformismo según los condicionamientos y las determinaciones de los valores aceptados por la mayoría?

TP: Comienzo afirmando que en Venezuela no hay ningún valor político más importante que el de la democracia como régimen, como organización de las relaciones sociales y del estado. Por cierto que al hablar de esta manera no suponemos que la democracia es una trampa de los



sectores dominantes o un régimen sólo nacido para ocultar el predominio de ellos sino que es, antes que nada, conquista histórica del pueblo y producto del proceso civilizatorio que no puede ser tratado por los revolucionarios al modo instrumentalista o simplemente oportunista. Entendemos que, por naturaleza, la democracia es también terreno contradictorio y que los principales factores de contradicción están marcados por la oposición entre la igualdad política y los principios universales de aspiración a la solidaridad y a la justicia, por una parte, y el marco económico capitalista que limita los alcances de tales valores, por la otra. Pisar sobre el polo político de la democracia y hacerlo de un modo resuelto equivale a combatir el polo económico-social que pugna por acortarla para conservarla tal como es.

Por lo tanto entendemos que una fuerza alternativa a la hegemonía existente debe asumir la condición democrática y no regalar esta condición a los sectores capitalistas. Y repetimos que no se trata de habilidad operacional sino de consecuencia con un proceso histórico del cual queremos ser intérpretes y factores de estímulo. La lucha por la ampliación de la democracia es algo vinculado al centro mismo de nuestra concepción de la sociedad venezolana y a la alternativa revolucionaria que proponemos.

P: Una pregunta aparentemente ingenua: ¿por qué existe una distancia entre los ideales de justicia que beneficia a la mayoría y la permanencia de un régimen que las perjudica?

TP: Sí, la pregunta puede parecer ingenua y

aparece despojada de la seriedad con que a menudo se formulan los presuntos diseños alternativos. Sin embargo, aquí comienza el problema. La pregunta posee una dolorosa pertinencia. El dolor no es académico sino político. Es la razón de ser de los centenares de miles, aun más, de los millones de personas que en todos lados se entregan al replazo del mundo. Cambiar la sociedad no puede ser una consigna circunstancial sino una estrategia que equivale a cambiar la vida, en el decir de Rimbaud. Por eso no podemos ser indiferentes ni insensibles ni sentir como algo pasajero la dificultad de hacernos entender por la gente común de la cual queremos ser abanderados. La mayoría de la gente común es la que sostiene la injusticia que denunciarnos, y en casos como el de Venezuela el apoyo a la injusticia cobra niveles extravagantes. En *Los justos*, Camus, hace decir a uno de sus personajes, una terrorista rusa de finales del siglo pasado, refiriéndose al pueblo: "Sí, lo amamos, es cierto. Lo amamos con un vasto amor sin apoyo, con un amor desgraciado. Vivimos lejos de él, encerrados en nuestros cuartos, perdidos en nuestros pensamientos. Y el pueblo, ¿nos ama?, ¿sabe que lo amamos? El pueblo calla, que silencio, que silencio. . ." Tal vez nuestra situación no tenga todo el terrible patetismo de la obra de Camus, pero ¿no es cierto que también podríamos exclamar "que silencio, que silencio"?

P: Estamos entrando de lleno a un tema central: la relación socialismo-democracia-libertad. ¿Cuál es, más precisamente, la concepción del MAS al respecto?

TP: Una conducta en armonía con lo que dijimos supone varias cosas:

a) El rechazo de la falsa alternativa entre "democracia burguesa formal y vacía", que supuestamente no tiene ningún interés para la masa de los explotados y para los revolucionarios, por una parte, y, por la otra, el sistema político propio de la sociedad socialista que, basado como está en la transformación de la base económica de la sociedad, debería garantizar automáticamente una "democracia real y llena de contenido social". La historia ha demostrado la falacia de este planteamiento: 1) en cuanto a la importancia real y no formal de las conquistas vinculadas a las revoluciones burguesas; 2) en cuanto a que la toma del poder y la subsecuente transformación en propiedad social—mejor dicho, estatal—de los medios de producción no garantiza automáticamente márgenes más amplios del ejercicio democrático, ni formal ni real, y que, bien por el contrario, a menudo ha resultado el ejercicio del poder por parte de camarillas partidistas por encima de todo control; 3) en cuanto a que la democracia política y económica, con sus efectos de control político sobre el gobierno central, autogobierno de las masas y participación popular en la dirección del conjunto de la vida social, son elementos fundamentales e imprescindibles de una verdadera alternativa socialista; 4) y, en fin, en cuanto a que la formación de un ambiente cultural y político que implique la dirección por parte del pueblo es un largo proceso que no puede ser pensado sólo apartir del momento en que se instaure un poder revolucionario sino que en nuestras condiciones comporta la preparación que arranca del combate democrático antes de la conquista del poder.

b) Nos negamos a considerar el problema de la democracia desde el ángulo del mero ideal utópico o desde el ángulo pragmático que acepta la "democracia burguesa" como un simple terreno de juego. Esta doble visión parte de un solo cuerpo, paradójicamente, tanto en la mente de una cierta izquierda como en aquella derecha que de la izquierda tiene un estereotipo. Mentalidad que en común supone la complementariedad entre el más rígido de los dogmatismos y el más acomodaticio e inescrupuloso oportunismo.

P: ¿La lucha por la ampliación de la democracia debe estar unida a la presentación de un modelo alternativo?

TP: Sí. Un modelo alternativo que al proponer la reorganización socialista comporte el sello democrático. Una de las cosas que une a la socialdemocracia y al socialcristianismo con el socialismo estatista es la enorme concentración del poder de decisión en el estado, lo cual no es sino un modo de confesar la desconfianza frente a la capacidad del pueblo para autogobernarse.

BLOQUES Y ESTRATEGIAS

El expansionismo soviético

Fernando Claudín

Cuando escribimos este artículo han pasado más de tres meses desde la invasión de Afganistán por los ejércitos soviéticos y todavía es difícil dar una respuesta indubitable a la inquietante cuestión: ¿qué se propone realmente el Kremlin? ¿Se trata de una operación puntual en el espacio y el tiempo o de la secuencia inicial de un proyecto más ambicioso? Aunque se trate de lo primero, la ocupación de Afganistán se inserta, indudablemente, en una estrategia global sobre cuyos desarrollos sucesivos pueden hacerse diversas hipótesis. Pero la incógnita más angustiosa, de momento, reside en si el objetivo inmediato del plan soviético es sólo asegurarse Afganistán o si va a proseguir el avance en otras direcciones. Lo único que parece claro, por ahora, es que el ejército soviético ha entrado allí para quedarse. El acuerdo suscrito el 14 de marzo entre el gobierno de Moscú y el gobierno marioneta de Kabul sobre el "estacionamiento temporal" de las tropas soviéticas se asemeja demasiado al firmado con el gobierno de Praga el 16 de octubre de 1968 sobre el "estacionamiento temporal" del ejército soviético que había invadido el país el 21 de agosto. Allí sigue, "temporalmente", once años después. Pero hay una importante diferencia: el gobierno de Dubcek representaba verdaderamente a la gran mayoría del pueblo checoslovaco, y su opción por el compromiso con los ocupantes facilitó a éstos la "normalización" subsiguiente, aunque la resistencia haya resurgido bajo otras formas. En Kabul, el gobierno de Babrak Karmal se representa a sí mismo y poco más: el "estacionamiento temporal" de la máquina militar soviética se enfrenta con una auténtica insurrección popular nacional.

Todos los observadores han subrayado la novedad de la "operación Afganistán". Es la primera vez desde la segunda guerra mundial que Moscú decide invadir un país situado fuera de las zonas de influencia reconocidas, formal o tácticamente, por las otras potencias. Hasta ahora el aspecto militar de sus intervenciones en países alejados de esas zonas no ha pasado del envío de armamento, "consejeros", tripulantes de tanques o aviones, servidores de misiles, etc., aparte de los inevitables agentes del KGB. Pero cuando ha sido necesario enviar tropas (Angola, Etiopía, Yemen, Camboya) Moscú se ha servido de contingentes cubanos y vietnamitas, cuya intervención estaba aureolada por el prestigio de las respectivas revoluciones. Pero esa novedad, con ser importante, queda relativizada por la similitud de los objetivos: instaurar regímenes adictos en zonas clave como fuentes de materias primas, petróleo, acceso a los mares cálidos y a otras vías estratégicas de comunicación, cerco progresivo de China, etc. Todo ello realizado bajo la cobertura ideológica (sobre la que volveremos más adelante) de ayuda a las revoluciones tercermundistas, lucha contra el imperialismo, defensa de la paz y del socialismo.

El contexto internacional

La profunda emoción y alarma que ha provocado en todo el mundo la invasión de Afganistán no se explica sólo por el protagonismo directo de las divisiones soviéticas, ni por la espectacularidad de la operación, que evoca irresistiblemente los desembarcos de los *marines* en Santo Domingo o Vietnam, sino por la situación internacional en que ha tenido lugar. El año 1979 había comenzado con las primeras guerras entre estados "socialistas" —invasión de Camboya por Vietnam, "castigo" de Vietnam por China— que habían asestado un duro golpe a la distensión. Cuando ya era problemática la ratificación de los tratados Salt 2 por el senado norteamericano, la instalación de los SS-20 soviéticos, apuntados contra Europa occidental, provoca la respuesta norteamericana de "modernizar" sus armas nucleares en el continente con los Pershing. El problema de los rehenes norteamericanos y

las contramedidas económicas y militares de Washington agravan dramáticamente el conflicto entre Estados Unidos y la revolución iraní, acentuando el peligro de guerra en el Cercano Oriente. La invasión de Afganistán convierte en crisis abierta de la distensión este progresivo deterioro de los equilibrios internacionales. Se hace palpable, evidente, que la paz mundial corre grave peligro no sólo por la política de las fuerzas reaccionarias imperialistas de Occidente, sino por la política expansionista de Moscú, que hace creíbles las tesis y especulaciones de los elementos más belicosos del imperialismo. Así se explica la enorme reacción contra la invasión de Afganistán que se ha producido en todo el mundo.

La administración norteamericana, que en las condiciones desfavorables de la campaña electoral pugnaba por la ratificación de los Salt 2, tiene que optar por una política de sanciones económicas, relanzamiento de la carrera de armamentos y boicot de los juegos olímpicos. Los gobiernos europeos, aun esforzándose por salvar las posibilidades de negociación, condenan la invasión de Afganistán y exigen la retirada del ejército soviético. La conoción no es menor en el Tercer Mundo. La inmensa mayoría de los no alineados se suma a las potencias occidentales en la ONU, cuya asamblea general condena por 108 votos la intervención soviética. Reunidos en la Conferencia de Islamabad, con las únicas ausencias de Siria y Yemen del Sur, los países islámicos condenan en términos extremadamente duros la agresión soviética, exigen la retirada inmediata e incondicional de los invasores, rompen con el gobierno títere de Kabul y deciden apoyar por todos los medios la lucha de liberación nacional del pueblo afgano.

Especial importancia tiene la actitud de los dirigentes iraníes. Aunque puede variar todavía según la evolución que tenga su conflicto con los Estados Unidos, no sólo han suscrito los acuerdos de la Conferencia de Islamabad, sino que han hecho repetidas declaraciones orientadas en el mismo sentido. El 21 de marzo Jomeini avala esa línea con todo el peso de su prestigio en el mundo islámico, condenando en su mensaje a la nación "la ocupación brutal de Afganistán por los saqueadores del este", y haciendo votos por que "el pueblo musulmán de Afganistán consiga reconquistar su independencia y se sacuda las garras de los que se presentan como defensores de la clase obrera". Indira Gandhi, vuelta al poder, se niega a avalar la intervención soviética como le pide Gromiko en nombre de la tradicional amistad entre los dos países, e incluso la condena implícitamente en la declaración común con Giscard d'Estaing. Incluso Fidel Castro, en tanto que presidente en ejercicio de los alineados, tiene que tener en cuenta la condena generalizada que la agresión de Moscú provoca en el Tercer Mundo, y en su mensaje del 31 de enero a la conferencia de la ONU en Nueva Delhi por el desarrollo industrial adopta una posición muy diferente de la observada por el representante de Cuba en la ONU (que votó allí contra la retirada de las tropas soviéticas). "Los acontecimientos de Irán y Afganistán —dice el líder cubano en ese mensaje— toman una dimensión dramática que concierne a todos los que buscan la paz fundada sobre el derecho de los pueblos a su soberanía, su integridad y su independencia." Y no hablemos ya de que los aprendices de brujo del Kremlin están acelerando el proceso que puede conducir a una alianza en regla entre Estados Unidos y China.

Más adelante nos referimos a las reacciones que la invasión de Afganistán ha provocado en el movimiento socialista y comunista de Europa occidental, cuya gran mayoría ha condenado también, como era de esperar, este último acto del expansionismo soviético. Pero la inquietud es notoria también en las direcciones de los países del este sometidos a la dominación de Moscú, que con la nueva aventura del Kremlin ven

agravarse todos sus problemas internos, así como sus relaciones internacionales. Rumania y Yugoslavia se han sumado a la condena general y nunca han parecido más justificadas las insistentes advertencias de Pekín sobre los peligros del expansionismo soviético. En resumen, rara vez la política de Moscú ha concitado contra ella un frente tan amplio y heterogéneo de fuerzas mundiales. Con el agravante de que ni siquiera ha logrado resultados militares decisivos en el teatro de operaciones. Los estratagemas del Kremlin se encuentran ante una verdadera sublevación popular nacional, que sólo el cinismo de burócratas acostumbrados al monólogo oficial, a la impunidad de la mentira rutinaria sin posibilidad de contradicción, puede atribuir a agentes de la CIA, de Pekín o de Islamabad.

¿La neutralización de Afganistán?

¿Qué salida puede tener esta situación? La diplomacia de Europa occidental, que está mostrando más iniciativa y autonomía respecto a Washington que en otras ocasiones, trata de abrir paso a un compromiso sobre la base de la neutralización de Afganistán. Otras fuerzas, como la Internacional Socialista, el partido de Berlinguer, gobiernos del Tercer Mundo, parecen actuar en el mismo sentido. Pero no es muy verosímil que Moscú acepte una verdadera neutralización, con retirada del ejército soviético. Aparecería como reconocimiento de un error o prueba de debilidad, lo que está contra todas las normas tradicionales de conducta del Kremlin. Por otra parte, un gobierno islámico en Kabul, realmente neutral, no sometido a Moscú, sería un ejemplo demasiado atractivo para las repúblicas musulmanas de la URSS. Y, en general, representaría una derrota de la actual línea expansionista, que no es un capricho, ni un simple error del actual grupo dirigente soviético, sino un fenómeno con profundas raíces en la evolución histórica de la Unión Soviética. A su vez, los estados occidentales y la izquierda europea no podrían aceptar una neutralización de pura forma, que los desacreditaría ante el Tercer Mundo, y en particular ante los pueblos islámicos, además de crear un precedente peligroso para la misma Europa occidental. Y, sobre todo, la resistencia afgana no admitiría semejante solución, equivalente a dar carta blanca al invasor para aniquilarla. De ahí la peligrosidad de la situación creada, que puede impulsar al Kremlin a una *fuite en avant*. El próximo objetivo podría ser Pakistán, bien mediante un golpe directo, justificado por la necesidad de destruir los "santuarios" de la resistencia afgana, bien indirectamente, montando un golpe de estado contra el frágil régimen del general Zia. Con Pakistán caería el último eslabón importante para completar el frente antichino en el subcontinente asiático, cuya creación es, visiblemente, uno de los objetivos de Moscú. Pero el nuevo avance también podría dirigirse contra Irán, sobre todo si el contencioso entre Irán y Estados Unidos degenera en conflicto armado. El partido Tudeh (comunista), que ha aprobado la invasión de Afganistán, podría cumplir el rito de pedir la "ayuda" de Moscú para "salvar" a la revolución iraní, es decir, para crear una zona en el país bajo el control del Kremlin. Los nuevos pasos de Moscú pueden depender mucho de la apreciación que tengan los estratagemas del Kremlin sobre la actual relación de fuerzas mundiales en el terreno militar.

Las relaciones de fuerza

Un especialista en el análisis de la situación internacional tan calificado y ponderado como André Fontaine considera creíble la tesis de que tras la paridad en armas nucleares estratégicas, reflejada en los acuerdos Salt 2, existe en realidad una superioridad soviética al menos en armamentos clásicos, así como en los nuevos misiles perfeccionados del tipo SS-20, lo que crea una relación de fuerzas favorable a Moscú en el teatro europeo, y posiblemente, después de la invasión de Afganistán, en la región del golfo Pérsico. Al mismo tiempo, cada vez parece más dudosa la disposición real de Washington a arrostrar el desafío supremo para impedir que Moscú adelante sus peones en la coyuntura actual aprovechando una situación momentáneamente ventajosa en escenarios como Europa occidental, los Balcanes, el subcontinente asiático y China. La brutal invasión de Afganistán y la instalación de los SS-20 podría indicar que la política de Moscú parte también de esas premisas. Y lo mismo

bernarse. En nuestra perspectiva, la lucha por la ampliación de la democracia se une con la disposición a socializar el poder político.

Hablando más concretamente todavía, y aun a riesgo de repetirme, quiero decir que el MAS es una fuerza socialista que aspira a producir en Venezuela una transformación revolucionaria. Para decirlo de otra manera: lo que hemos dado en llamar el socialismo a la venezolana significa la creación de un modelo en el cual la igualdad y la justicia social sean absolutamente consubstanciales a la libertad y a la democracia. No creemos que sea necesario sacrificar, en el altar de la justicia, la libertad, como ocurre en muchos modelos socialistas. Y, por supuesto, muchísimo menos pensamos que sea necesario sacrificar, en el altar de la libertad, la justicia, como ocurre en todas las sociedades capitalistas de tipo democrático gobernadas por fuerzas socialdemócratas o socialcristianas, donde precisamente en nombre de la libertad existen desigualdades sociales profundas que, en definitiva, hacen realmente limitados y condicionados los fueros de la libertad y la democracia.

P: ¿Existe algún modelo en el mundo actual que le sirva de referencia al MAS?

TP: No. En el mundo de hoy no es posible encontrar ninguna reflexión a la que nosotros podamos vincularnos. Estamos en una actitud teórica y política muy autónoma, con alto grado de originalidad, aunque, desde luego, para el desarrollo de nuestra propia teoría venezolana nos son útiles algunas reflexiones que desde hace muchos años se llevan a cabo en el campo del pensamiento revolucionario. Creo que la búsqueda de un modelo socialista venezolano se basa en una visión crítica del capitalismo que reina en nuestro país. Pero al mismo tiempo la búsqueda de ese modelo se alimenta también de las críticas a los modelos socialistas hoy existentes. Si bien reconocemos logros importantes en la superación de las peores calamidades del capitalismo, admitimos también que no han podido resolver los problemas referidos a la institucionalidad política, pues en el plano político se dan situaciones que son la negación misma de la aspiración socialista. Porque nadie puede imaginar que la libertad y la democracia sean una especie de aditamento o adjetivo que si se le quita al cuerpo principal del socialismo no pasa nada. No. El socialismo es algo único que liquida las relaciones de producción de la sociedad y crea otras nuevas. En ellas todo trabajador asume la conducción de la sociedad y de la democracia como marco para la expresión de ese nuevo poder político del pueblo. Si no existe ese marco democrático, el poder del pueblo no se puede ejercer.

P: ¿Puede concebirse un modelo socialista sin una ideología marxista-leninista?

TP: Bueno, en primer lugar quisiera señalar que nuestra vía no es en definitiva marxista-leninista. Por otro lado, creo que sí se puede pensar el socialismo sin marxismo. Esto no quiere decir que el MAS no sea un partido de inspiración marxista. Lo que quiero decir es que una sociedad socialista es un proyecto de alternativa de la sociedad capitalista. Una reorganización de la sociedad. De la sociedad capitalista.

La crítica más profunda de la sociedad capitalista es la que hace el marxismo. Pero un diseño de sociedad futura puede darse, en el plano teórico, sin que necesariamente su inspiración sea marxista. Cito un caso: es posible encontrar hoy en círculos de la iglesia un planteamiento de tipo socialista de origen no marxista. La inspiración del socialismo cristiano, vamos a llamarlo así, es evangélico.

El MAS es un partido cuyos dirigentes son básicamente marxistas. Somos todos veteranos del marxismo, pero el MAS no se define como partido marxista. Es su definición estatutaria hace mención de que se trata de un partido socialista. No introducimos la definición marxista por la misma razón que la constitución de Venezuela no establece que el país se define como país católico. Lo que hace que un venezolano militante en nuestro movimiento no es la filosofía política del MAS sino su programa.

P: Un MAS que aspira al poder, o un MAS en el poder, podría encontrarse con serias dificultades, especialmente con un factor de poder como es el militar. Al respecto resulta imposible olvidar el caso chileno.

TP: Este es un problema grave para un proyecto como el nuestro, que no oculta sus propósitos de producir alteraciones fundamentales en el orden social existente, lo cual significa afectar intereses poderosos, que en última instancia descansan sobre las instituciones represivas y armadas. Sin embargo, una apreciación de esta naturaleza, si se deja así, tal vez estaría aborrendo el tema de una manera esquemática, mecánica y superficial. Nosotros lo abordamos de otra manera. Imaginamos que el proceso de avance hacia el poder de una fuerza socialista se va dando gracias al desarrollo continuo de esta fuerza, creciendo y ocupando un espacio cada vez más grande en la sociedad venezolana. De manera que su acceso al poder, cuando se habla del acceso al poder de una fuerza socialista, hay que colocarlo en el momento en que esa fuerza tenga el nivel suficiente para estar en el poder. Este proceso de ocupar un espacio, de ensanchar la influencia socialista, de desarrollar su poderío va permeando las demás instituciones de las sociedades, produciendo nuevos puntos de vista, nuevas tendencias y corrientes dentro de las sociedades. Este proceso, como tendencia, se está dando en la sociedad venezolana. Y si el país va asimilando la idea revolucionaria, ese proceso no puede dejar de incidir con fuerza en este otro desarrollo democrático: en las relaciones entre las fuerzas armadas y el país. Porque este proceso de crecimiento de una fuerza socialista es parte del proceso de maduración democrática de la sociedad. Y, en este sentido, a ese proceso



de maduración democrática de la sociedad no escapan las fuerzas armadas. Yo diría que hoy las fuerzas armadas tienen una relación con el país mucho más madura, comunicadas como están por muchos canales con la sociedad venezolana. Hay un grado, digamos, de maduración democrática para apreciar y para enfocar las tensiones de la vida social.

Y ahora me refiero al caso chileno al que hacías alusión. Las fuerzas armadas de Chile eran un gueto en la vida social chilena. Sin embargo tenían un grado de madurez que les permitió asimilar la victoria de Allende y sus tres años de gobierno. Pero hay que preguntarse por qué el gobierno de Allende duró tres años, por qué las fuerzas armadas no se alzaron antes de que Allende subiera al poder. Porque las fuerzas armadas reaccionaron sólo cuando la situación llegó a un punto tal de crisis que la confrontación entre los sectores revolucionarios y los derechistas no tenían otra salida que el golpe militar. Pero a esa confrontación se llegó, entre otras cosas, porque en la conducta de la Unidad Popular hubo algunos errores graves. A mi me gustó mucho escuchar la profunda autocrítica de Altamirano, pero pienso que si esa lucidez se hubiera utilizado cuando se estaba en el gobierno, es decir si no se hubieran producido algunos errores de infantilismo revolucionario, errores que le engordaban el caldo a la derecha, probablemente la UP estaría gobernando todavía en Chile.

O sea que pienso que sí es posible, en una relación compleja, no exenta de tensiones, hacer que la creación de un gobierno revolucionario, a través de un proceso democrático, sea aceptado por las fuerzas armadas.

P: El MAS, como eje de esa fuerza socialista democrática, ¿piensa que podría conseguir en el poder, y especialmente en las otras fuerzas de izquierda, las coincidencias para llevar a cabo ese proyecto de que vos hablas?

TP: Ya creo que se está logrando. El MAS no es un milagro ni el fruto del azar. Hace nueve años, cuando nació, era un grupúsculo escindido de otro grupúsculo que era el Partido Comunista de la época. Nació después de una gravísima derrota política y militar que sufrió la izquierda en la década del 60, cortados todos sus vínculos con las masas populares y reducidos a unas pocas universidades, sin influencia en el movimiento obrero. Hoy, el MAS se ha transformado: es uno de los tres partidos más importantes del país. De alguna manera el juego político en Venezuela no es un juego bipolar sino tripolar. Es que hemos ido ensanchando el espacio político del MAS, ganando voluntades para nuestro propio proyecto, y esto encuentra eco en sectores cada vez más vastos.

Pero de ningún modo pienso que esta empresa de crear una nueva sociedad pueda descansar sólo en los hombros del MAS. Ahora bien, si alguna virtud tiene nuestro proyecto es la de despertar interés en otros sectores que pueden converger con el MAS.

P: Si es cierto que un partido debe perfilar la sociedad futura, se impone la siguiente pregunta: ¿cuál es la forma organizativa que se da el MAS en la lucha por la construcción de una sociedad socialista en donde reine la justicia y la libertad?

TP: Uno de los motivos que da origen al MAS es la crítica al modelo clásico del partido revolucionario designado como modelo leninista aunque en realidad se trata del modelo leninista sacralizado por Stalin y transformado después en modelo único, intemporal y absolutamente universal, y con un régimen interno absolutamente autocrático. Nosotros desde el comienzo cuestionamos ese tipo de partido. Ahora bien, la estructura de nuestro partido es la clásica piramidal: una base, los organismos intermedios y la dirección nacional. Pero el problema es: ¿cómo funciona este partido internamente? Uno de los primeros resortes que hicimos saltar fue el de la fragmentación del partido en núcleos separados entre sí e incommunicados. Estatutariamente establecimos la posibilidad de la comunicación horizontal, de tal manera que el militante no quede atomizado en su pequeño núcleo, desde donde es fácilmente controlado por el aparato. Así, por ejemplo, los documentos de un núcleo pueden ser difundidos libremente, ya sea por el mismo núcleo o por la dirección.

Todo esto condujo al establecimiento de un segundo derecho en el seno del partido: el derecho de las minorías. Una minoría que se constituye en el partido tiene derecho a sobrevivir y a combatir para volverse mayoría. Debo confesar que sólo después de nueve años encontramos la manera de implementarlo claramente. Y lo hicimos a través de dos reformas que estamos llevando adelante en este momento. Una, recuperar y legitimar la vieja y noble tradición bolchevique de las tendencias internas del partido, aunque esto lleve el riesgo del fraccionamiento. Todo lo cual significa reivindicar también el centralismo democrático. Si hay tendencias hay debate, hay finalmente una mayoría y una minoría, o varias minorías o lo que fuere, pero hay una voluntad única, que es la que establece la mayoría, y una dirección única. Esto significa entonces la existencia de posiciones diversas en el seno del movimiento y la posibilidad de que ahora, finalmente, el movimiento introduzca la representación proporcional en la integración del organismo.

Pero hay otra modificación importante. Es por todos conocidos el problema de la mistificación de la dirección y sobre todo de las secretarías generales. Pues bien, nosotros hemos acabado con la condición vitalicia de los cargos, para lo cual les hemos fijado plazos. Permite la reelección una sola vez, después de la cual el cargo queda abierto.

sugieren algunas declaraciones públicas. Por ejemplo, en el comunicado conjunto Brezhnev/Marchais se afirma que "el dato principal de la situación mundial actual es la modificación de la relación de fuerzas en favor de la paz, de la independencia y del socialismo" (las cursivas son mías: F. C.). En el lenguaje de Brezhnev y Marchais, fuerzas favorables a "la paz, la independencia y el socialismo" quiere decir "bloque soviético más sus aliados (subordinados en el resto del mundo)". Por ejemplo, la socialdemocracia es sospechosa: como se dice en el mismo documento, el imperialismo "recurre cada vez más a la socialdemocracia". Casi tan sospechosos son el partido comunista italiano, el español, etc. En general, todos los que en Occidente y en el Tercer Mundo han condenado una acción tan favorable a "la paz, la independencia y el socialismo" como la invasión de Afganistán no pueden considerarse incluidos en esa fórmula de Brezhnev y Marchais. Pero, como hemos visto anteriormente, constituyen la inmensa mayoría de los estados, partidos políticos, organizaciones sindicales, etc. Por tanto, el dato principal, la modificación de la relación de fuerzas, a la que aluden Brezhnev y Marchais, no puede medirse en términos de influencia política, hegemonía ideológica o representatividad. En realidad es de carácter militar. El general-mayor soviético R. Simonian, doctor en ciencias militares, lo da a entender con claridad castrense en un reciente artículo publicado en *Pravda*. Plantea que Estados Unidos pretende de nuevo, como en los años cincuenta, cuando se envanecía de su "superioridad atómica", el papel de "gendarme mundial"; pero "ya no son aquellos tiempos, ya no hay aquella relación de fuerzas, incluidas las militares". ¿Quién merece ahora el título de "gendarme mundial"? Depende de que se pregunte a los chilenos o a los checoslovacos, a los vietnamitas o a los afganos. Otro especialista en el tema, M. G. Arbatov, director del instituto especializado en los Estados Unidos, escribe también en *Pravda* que la búsqueda por Washington de la superioridad militar es ilusoria: "La URSS tiene más posibilidades que nunca de hacer fracasar esos planes y de preservar la paridad." Citaremos, por último, al ministro de Defensa Ustinov, que el 25 de octubre de 1979 declara en *Pravda*: "El mundo entero sabe que, en efecto, el ejército y la marina soviética están listos en todo momento a enfrentarse con el ataque de cualquier agresor, cualesquiera que sean los medios y los procedimientos de guerra de los que se sirva [...] El castigo será ineluctable, lo decimos sin vacilación." En efecto, dos meses después el "agresor" afgano, los campesinos afganos, el pueblo afgano, recibían su merecido castigo. Y la lección está dedicada también a eventuales "agresores" futuros: pakistaníes, iraníes, chinos, rumanos, yugoslavos o, ¿por qué no?, "revanchistas alemanes", etc. Lo mismo que en los famosos procesos de Moscú o de las democracias populares la policía de Stalin designaba por anticipado el papel que debía representar cada acusado, ahora los estrategas de Brezhnev deciden en cada momento quién es el "agresor" contra el que debe ponerse en marcha, "sin vacilación", la gran apisonadora.

La revolución y el protagonismo de las masas

El recurso en última instancia a la intervención armada para conservar su dominación en diversas áreas periféricas ha sido el método clásico del imperialismo occidental cada vez que fallaban otros procedimientos. En ello no había nada "anormal". El sistema que oprime y explota a su propio pueblo es lógico que actúe así para sojuzgar y explotar a otros pueblos. Para los marxistas, y en general para todas las corrientes socialistas, ha sido siempre axiomático que una sociedad socialista es incompatible con semejante método. El hecho de que el régimen soviético haya recurrido a él cada vez más para salvar a poderes satélites que perdían todo apoyo popular constituye una de las pruebas más elocuentes del carácter no socialista de ese régimen, a condición, claro está, de entender por socialismo un sistema social que, independientemente de otras características, no oprima ni explote a las masas populares. A estas consideraciones los ideólogos oficiales soviéticos y algunos grupos de la izquierda occidental, en particular dentro de los partidos comunistas, oponen que un régimen socialista tiene el deber de ayudar a las revoluciones en otros países. En efecto, así debe ser. Pero hay que ponerse de acuerdo sobre qué

entendemos por revolución. Al menos desde un punto de vista marxista la revolución incluye, como una de sus características esenciales, el protagonismo de las masas populares. Puede revestir o no la forma de lucha armada, pero en cambio es condición inexcusable el apoyo de las masas a los objetivos revolucionarios y su participación activa en la consecución de los mismos. De no ser así, las más puras intenciones revolucionarias se transforman en su contrario. Nada más reaccionario y contrario al espíritu del marxismo, por ejemplo, que imponer la reforma agraria en Afganistán lanzando contra los campesinos afganos un ejército extranjero de cien mil hombres, bien provistos de tanques, aviones y napalm. Ya se sabe el resultado que tuvo en la Unión Soviética una colectivización realizada a sangre y fuego contra las masas campesinas. Las "revoluciones" realizadas por minorías que dictan sus criterios a las mayorías populares conducen inevitablemente a la dictadura policíaca y militar. Y si para salvarse recurren a la ayuda de la intervención armada extranjera, lo único



que pueden conseguir es sumar a la opresión interna la opresión nacional, la pérdida de la independencia. Este es el caso de Afganistán hoy, como ayer el de las "democracias populares" europeas.

El internacionalismo proletario que proclamaba la revolución de Octubre incluía la eventualidad de la ayuda armada a otras revoluciones proletarias o de liberación nacional, pero a revoluciones auténticas, no a golpes de estado blanquistas. Incluía también el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos. En la conocida polémica sobre esta cuestión, la eventualidad de que el ejercicio de tal derecho pudiera redundar en beneficio de la burguesía nacional determinó que algunos dirigentes bolcheviques, como antes Rosa Luxemburgo, se opusieran al reconocimiento del derecho de autodeterminación por el proletariado revolucionario. Lenin se enfrentó con esta posición arguyendo que todo intento de resolver el problema con una intervención exterior para imponer por la fuerza una solución a favor del proletariado conduciría al resultado contrario: empujaría a las masas populares a caer bajo la influencia de la burguesía nacional, de los terratenientes, o de otros grupos sociales (como efectivamente ha sucedido en Afganistán). Cierto que el propio Lenin no fue fiel en todos los casos al principio de respeto del derecho de autodeterminación que teóricamente defendía y que aplicó consecuentemente en el caso de Finlandia, cuya exigencia de independencia, respetada por el gobierno bolchevique, se tradujo en la consolidación de la dominación burguesa. En el caso de Georgia Lenin optó por la intervención del Ejército Rojo para derrocar al gobierno menchevique salido de elecciones libres por una gran mayoría. Estaba en juego el petróleo del Cáucaso y la seguridad de la frontera sur del recién nacido estado soviético. Pero de los escritos, intervenciones orales y disposiciones de Lenin en este período se desprende claramente que ésta y otras infracciones al principio del derecho de autodeterminación las consideraba impuestas por la situación desesperada de la república soviética en la guerra contra la contrarrevolución blanca y la intervención de las potencias imperialistas. A su juicio no debían convertirse en ningún modo en la orientación bási-

ca de la política del partido, que es lo que sucedió luego, bajo Stalin.

A medida que se liquidaba toda forma de democracia en las instituciones soviéticas y en el seno del partido, que se afianzaba la dictadura totalitaria de la burocracia y ésta tendía a transformarse en una nueva clase dominante, la política exterior de Moscú fue vaciándose también del contenido revolucionario inicial. Pasa a expresar los intereses estatales, económicos, ideológicos de esa nueva clase dominante y no los intereses de las masas populares de las nacionalidades incluidas en la Unión Soviética. Comienza a imponer, en los países que caen bajo su dominación o influencia, el mismo tipo de régimen edificado en la URSS, independientemente de que la operación tenga un carácter defensivo u ofensivo desde el punto de vista estratégico, de que coincida o no objetivamente con luchas revolucionarias o antimperialistas. Así sucede en la primera gran irrupción expansiva de la Unión Soviética en la escena internacional. El pacto con la Alemania hitleriana en 1939 le permite a Moscú ocupar la parte oriental de Polonia, los Países Bálticos, Ucrania occidental. Más tarde Moscú explicó que había ocupado esos países y territorios como medida preventiva ante el previsible ataque alemán, pero una vez conseguida la victoria se los anexionó definitivamente e instauró en ellos el régimen soviético, sin permitir que la población expresara libremente su voluntad. Tampoco pudieron decidir libremente sobre el régimen social y político que deseaban los pueblos del este europeo liberados de la tiranía nazi por los ejércitos soviéticos. Si la URSS hubiese sido realmente un país socialista sus ejércitos habrían servido de escudo protector contra toda intervención imperialista, para garantizar el libre desarrollo democrático de los países que habían liberado.

Pero como es bien sabido, los liberadores se convirtieron en ocupantes, que no sólo destruyeron las fuerzas políticas no comunistas, aunque tuviesen un carácter socialista o simplemente democrático, sino que purgaban sangrientamente a los mismos partidos comunistas para convertirlos en dóciles instrumentos de la política de Moscú. De 1939 (pacto germano-soviético) a 1948 (instauración definitiva del modelo soviético en las "democracias populares") se lleva a cabo la primera etapa del expansionismo soviético. Se realiza en nombre de la seguridad del régimen soviético frente al imperialismo y en nombre de los ideales revolucionarios de Octubre. Pero este discurso "revolucionario" ya no es más que la cobertura ideológica de un régimen que no tiene nada que ver con el proyecto socialista de la vanguardia revolucionaria que dirigió la revolución de Octubre. Su rivalidad con el imperialismo no es la rivalidad del socialismo, sino de otro sistema de explotación y opresión, con estructuras y mecanismos diferentes de los del capitalismo occidental y, por ello mismo, contradictorio con éste. Es un nuevo tipo de imperialismo, rival del imperialismo tradicional. Entre ellos se entabla una lucha por la dominación mundial que incluye fases de compromiso para repartirse las "zonas de influencia" (Yalta), de "guerra fría" o de "distensión". El gran movimiento de liberación del Tercer Mundo se convierte en escenario de esa rivalidad protagonizada por las dos superpotencias. Dado que el opresor tradicional es el imperialismo occidental, el imperialismo soviético juega evidentemente la carta de la liberación nacional de los pueblos del Tercer Mundo, y en este sentido desempeña objetivamente un papel progresista.

Pero el precio a pagar por esta ayuda es la subordinación política y económica que, a la corta o a la larga, lleva a la dictadura de los grupos más afines ideológicamente al poder soviético, para imponer un modelo en contradicción con las exigencias objetivas de un desarrollo social adaptado a las condiciones específicas del país dado. Es el precio pagado por Cuba o Vietnam. En este sentido la ayuda soviética a las luchas de liberación desempeña un papel regresivo. En algunos casos (como el de Eritrea) las consideraciones estratégico-militares conducen a Moscú a enfrentarse abiertamente con movimientos de liberación nacional inspirados en el marxismo. En otros —es el caso de Afganistán— a enfrentarse con movimientos antimperialistas insertos en campos culturales lejanos del movimiento obrero occidental, como es el islamismo.

La vinculación cada vez mayor de la economía del bloque soviético —la más gigantesca "multinacional" del planeta— con el mercado mundial capitalista agudiza las contradicciones

y conflictos entre los dos tipos de imperialismo, sobre todo en las actuales condiciones de crisis económica, muy especialmente en la lucha por asegurarse las fuentes de energía y materias primas, el control de las vías de comunicación, etc. Pero, además, el creciente retraso del desarrollo económico soviético (y de su bloque) en relación con las necesidades de la población, debido a la baja productividad, el burocratismo de la planificación, la falta de estímulos (tanto materiales como morales), plantea problemas acuciantes que requieren un flujo creciente de aportaciones exteriores, desde cereales hasta alta tecnología. Pese a las enormes posibilidades potenciales de la Unión Soviética, su economía es cada día más dependiente del exterior.

Las raíces del expansionismo soviético hay que buscarlas, por tanto, en la naturaleza misma del sistema, y dentro de él desempeña un papel especial y creciente —lo mismo que en el imperialismo occidental— el desarrollo del militarismo, que siendo un producto de la política expansionista tiende a autonomizarse y a convertirse en motor de dicha política. La ultracentralización política y económica, el aplastamiento de toda contestación popular, han permitido al régimen concentrar en la esfera militar los principales recursos industriales, científicos y humanos. Si algo funciona bien en la Unión Soviética, en contraste con la ineficiencia de la industria y la agricultura destinadas a las necesidades civiles, es la producción de armamentos modernos. La industria militar y los centros científicos que trabajan a su servicio no tienen nada que envidiar a los de Occidente. La capa social de militares, científicos, técnicos y administradores incluidos en esa esfera goza de un estatus material y social privilegiado, y pesa cada vez más en la orientación política y económica del país. No es una fuerza exterior al partido comunista —como algunos observadores pretenden—, sino interna al mismo, con creciente influencia en su dirección. Cuando Jrushchov intentó reducir en un millón doscientos mil hombres los efectivos del ejército (un tercio de los mismos) y disminuir el presupuesto de defensa, tropezó con la resistencia de los medios militares, que llegó a traducirse en un memorándum del alto mando exigiendo la anulación de la medida. Jrushchov hubo de inclinarse. Desde entonces el peso del "complejo militar-industrial" soviético se ha acrecentado notablemente. A ello contribuye, además de los "intereses creados", la evolución misma de la tecnología militar y, en especial, de las armas estratégicas nucleares. Para la adopción de decisiones de carácter estratégico los dirigentes del PCUS dependen cada vez más de los especialistas militares que manejan esa sofisticada tecnología. Sobre unos y otros no hay ningún control democrático, ninguna opinión pública que pueda condicionar sus orientaciones. Gozan de una impunidad mucho mayor que sus homólogos americanos, y no es que la de éstos sea pequeña. Por si faltaba algo para completar las sombras del cuadro, la ideología que gana terreno en esos medios del "complejo militar-industrial" soviético, según informaciones concordantes procedentes de diversas fuentes, es el nacionalismo granuso, que ya Lenin veía como uno de los máximos peligros que acechaban al nuevo estado.

Un nuevo internacionalismo

La izquierda occidental tiene una larga experiencia en distinguir tras el discurso "democrático", "liberal", "humanista" y "pacifista" de los dirigentes del imperialismo occidental los sórdidos intereses de las multinacionales, del capitalismo, del neocolonialismo. Pero sólo ha dado los primeros pasos para distinguir tras el discurso "revolucionario", "internacionalista", "socialista" y "pacifista" de los dirigentes del imperialismo soviético los sórdidos intereses de las nuevas clases privilegiadas, su política expansionista encaminada a extender el modelo del nuevo sistema social basado también en la explotación de los trabajadores, en la opresión de pueblos y nacionalidades. Bajo los efectos de la crisis económica y de las inciertas perspectivas para una salida progresista a la misma, en algunos núcleos de la izquierda occidental, especialmente dentro de los partidos comunistas, renacen viejas ilusiones en una mítica "patria del socialismo" encarnada en la URSS, llamada a asestar el golpe decisivo al capitalismo gracias a su formidable potencia militar. Renacen las tesis del VI Congreso de la Internacional Comunista (1928) —el primero que adoptó íntegramente la línea estaliniana—



según las cuales la "nueva contradicción fundamental" a escala del planeta es la "contradicción entre la URSS y el mundo capitalista"; la URSS pasa a ser "el motor internacional de la revolución proletaria [...] la base del movimiento universal de las clases oprimidas, el hogar de la revolución internacional, el factor más grande de la historia mundial", y por ello "la dictadura del proletariado en la URSS detenta la hegemonía del movimiento revolucionario mundial". No sólo los partidos de la IC, sino sectores importantes de la izquierda socialista de aquella época se formaron en esa concepción mítica, que fue reforzada por el papel de la URSS en la victoria militar sobre el fascismo. Después ha ido desgarrándose el velo que ocultaba la realidad soviética, y, aunque todavía falta un análisis científico de este sistema equivalente al que Marx realizó del capitalismo, se conocen suficientemente sus características esenciales como para llegar a la conclusión de que allí los trabajadores no disponen del más mínimo poder para influir en la política interior o exterior, para moldear sus condiciones de vida.

Pero los mitos que alimentan las esperanzas de emancipación humana tienen la piel dura, y algunos núcleos del movimiento obrero occidental se aferran desesperadamente a la ilusión de que allí se ha edificado el socialismo. (No hablamos de los funcionarios tipo Marchais que manipulan conscientemente esta ilusión.) Esos sectores enjuician los actos del gobierno soviético partiendo de la supuesta esencia socialista del régimen: la represión de los disidentes debe estar justificada en poderosas razones (ser agentes de la CIA o algo parecido), porque un régimen socialista no realiza represiones injustificadas; la intervención en Afganistán debe estar justificada (apoyar a la revolución afgana, defenderla de los agentes imperialistas), porque un régimen socialista no puede agredir a un pueblo y privarlo de su soberanía, y así sucesivamente. No se juzga al régimen soviético por sus actos, sino a éstos partiendo de la creencia en el carácter socialista del régimen.

Es indudable, no obstante, que ha habido un progreso en los últimos veinte o veinticinco años. La gran mayoría de la izquierda y del movimiento obrero europeos no cree ya en el "socialismo" del este, aunque por rutina del lenguaje lo siga llamando socialista. Desde la invasión de Checoslovaquia a la de Afganistán, y desde el proceso de Sinyavski y Daniel hasta las recientes medidas contra Sajárov, la izquierda europea ha condenado importantes actos de la política interior y exterior de Kremlin. Pero todavía

se mantiene en una actitud defensiva y, en gran parte, diplomática. No lleva a cabo una crítica en profundidad del "socialismo real" ni una correspondiente explicación entre las masas trabajadoras de Occidente. No reconoce aún a las posiciones democráticas y socialistas que están desarrollándose en los países del este como sus aliados políticos y no sólo como víctimas de la represión merecedoras de solidaridad. El partido comunista italiano, por ejemplo, lanzó en su último congreso la idea de un nuevo internacionalismo que debe incluir a todas las corrientes de la izquierda occidental junto con las fuerzas antimperialistas del Tercer Mundo, pero no incluyó a los movimientos que en los países del este luchan por la democracia y el socialismo. Mientras la izquierda occidental no supere esta ambigüedad, la derecha podrá capitalizar contra el socialismo la política antisocialista de los regímenes del este, e instrumentar para sus objetivos los movimientos de oposición que allí se desarrollan. Si el Kremlin organiza conferencias de los partidos comunistas que ejercen la dictadura en el este junto con los partidos comunistas satélites de Europa occidental, ¿por qué los partidos eurocomunistas y socialistas, junto con otras fuerzas progresistas de Europa occidental, no pueden organizar una gran conferencia en la que estén representadas también las fuerzas democráticas de la oposición polaca, checoslovaca, soviética, etcétera? Tenemos que hacer, indudablemente, todos los esfuerzos posibles para contrarrestar el creciente peligro de guerra, pero ello no se conseguirá capitulando ante los chantajes de una u otra de las superpotencias, sino agrupando y movilizándolo a todas las fuerzas socialistas, democráticas y pacifistas del oeste, del este y del Tercer Mundo contra cada acción agresiva o imposición de las superpotencias, contra la represión de las libertades, contra la carrera de armamentos, por un nuevo orden económico mundial. Hace falta, sí, un nuevo internacionalismo, pero contra los dos imperialismos.

Posdata

Este artículo fue escrito en los últimos días de marzo. Después se ha producido el insensato intento de Washington para liberar a los rehenes norteamericanos de Teherán. Con ello el imperialismo norteamericano agrava aún más la explosiva situación del golfo Pérsico y hace el juego al expansionismo de Moscú. La necesidad de que se concrete el "nuevo internacionalismo" aparece así más evidente y urgente.

DESDE ALLÁ

Cuatro opiniones críticas sobre el proceso argentino

Controversia publica tres artículos políticos aparecidos recientemente en la Argentina. Con estas primeras páginas de lo que se escribe allá, en nuestra Patria, pretendemos iniciar una sección permanente. El pueblo recobra poco a poco y muy dificultosamente la voz pública; la que desde marzo de 1976 se vio censurada, reprimida, aplastada por la dictadura. La que durante estos cuatro años no pudo expresarse en diarios y revistas. El propósito es interiorizarnos de lo que allá, (desde distintas posiciones que se pueden compartir o no) se dice sobre el régimen militar, sobre la propuesta al diálogo, sobre la salida democrática. Aproximarnos a los contenidos del cuestionamiento y al lenguaje político con que se expresa. Hace ya largo tiempo que el exilio no frecuenta esa realidad política de lo posible y lo probable en términos populares. Nos hace falta bastante este contacto. Publicamos un artículo de José María Rosa, que sirve de editorial a la revista mensual peronista que dirige, La Línea. De la misma revista publicamos una entrevista al ex senador radical Luis León. A su vez incluimos un artículo de Jorge Abelardo Ramos, aparecido en su publicación partidaria La Patria Grande. De Medios y comunicación reproducimos un artículo que firma Luis Gregorich. Finalmente transcribimos un reportaje a Jorge Luis Borges realizado por la agencia ANSA con motivo de ser uno de los firmantes de una solicitada, aparecida en Clarín, en la que se requería del gobierno información sobre las numerosas personas denunciadas como "desaparecidas".

Entrevista a Luis León

Línea: ¿Cómo diagnostica usted el actual proceso?

Luis León: El proceso militar cumplió una etapa que la historia juzgará pero que se va agotando frente a la falta de flexibilidad para encanar la institucionalización o proponer rectificaciones impostergables en los marcos de áreas como la economía, realidad social, educación y política exterior.

La insistencia en mantener un esquema de poder, donde tres comandantes sustituyen la soberanía del pueblo, lesiona nuestra cultura y conspira contra nuestra solidaridad y convivencia, que se harán etapas inalcanzables si los derechos y obligaciones no se igualan. Al despedirse ya el siglo XX es imposible aceptar convivir sobre la base de victorias parciales, de fragmentos del conjunto nacional.

Pareciera que las fuerzas armadas van dejando escapar la instancia de convocatorias superiores y se van perdiendo otra vez en el laberinto menor de los intereses creados.

Los mandos han perdido resonancia y la distancia que va entre lo que se dice y lo que se hace y el espacio que muestra entre lo que se promete y lo que se obtiene va creando un vacío que no puede llenarse con la fuerza exclusivamente.

Uno de los aspectos peligrosos del momento es que la sectorización desde arriba está generando sectorizaciones a nivel popular que habíamos superado con alta generosidad del conjunto. Nuestra solidaridad no puede ni debe ser producto de un equilibrio de miedos sino resultante de un equilibrio de esperanzas. Las esperanzas se han volatilizado en el altar de un mesianismo paternalista que no puede borrar ni con el control totalitario de los medios de comunicación (radio y televisión) la presencia de una realidad de nuevas angustias y fracasos.

Cada etapa golpista ha intentado refundar una nueva República que fracasa irremediablemente por falta de autenticidad y densidad moral. La historia sigue siendo un hilo entrelazado de aspiraciones de libertad y de acontecer impuesto, pero que no puede olvidar el protagonismo del hombre.

El éxito militar no está en pretender que los argentinos nos acomodemos al "proceso", sino en in-

corporar, insospechadamente, el accionar de las fuerzas armadas a nuestro rumbo histórico. Este rumbo no es la autocracia con conducción elitista, es la República con la conducción del pueblo.

Las fuerzas armadas anuncian, pero parecen temer la democracia y esta prevención no se compadece con la voluntad política de nuestra Nación.

P.: ¿Cuál es la participación en el poder que deberían tener las fuerzas armadas?

L.L.: Tampoco se debe pretender una inserción en el poder por parte de las fuerzas armadas. De insistirse en esto se tergiversará la responsabilidad específica de los herederos de San Martín ("la espada de un militar victorioso es peligrosa para la libertad de los pueblos...") y se bosquejaría una democracia claudicante y condicionada.

Si por inerxia histórica cada general se va sintiendo candidato político y, por absorción del vacío, algunos políticos pretendieran colocar a la democracia en el verticalismo silencioso de los cuarteles, nadie puede dudar que la Argentina quedará sin jerarquías militares y sin prestigio en su democracia. Se impone la consulta al pueblo. Sin miedo en las victorias ajenas. Ser democrática es saber perder, cuando hay limpieza de procedimientos. Somos un país, pienso yo, sin traidores y saturado de culpas comunes. Los intereses que pongan buyes delante de la Nación quedarán marginados por voluntad del pueblo. Este es el camino de la gloria de nuestros oficiales y soldados: el sufragio. Si se comprende esto las fuerzas armadas tal vez parodien a Toynbee exitosamente cuando reclamaba no quejarse del destino sino darle la bienvenida como una oportunidad que nadie tuvo antes.

P.: Ud. habló de economía, ¿cómo la aprecia en este momento?

L.L.: La actual conducción, al igual que nuestras reservas, está agotada. El doctor Martínez de Hoz es un inteligente hombre de negocios que ha fracasado por segunda vez como ministro. La primera vez en 1962 (inflación con recesión). Hoy ya nadie cree. Llama agoreros a los desesperados y se siente soberbio frente a los que producen y trabajan. Tres mil millones de dólares para pagar intereses de la deuda externa. Otros tres mil millones para los amigos banqueros y financieristas. Adios reservas. Déficit en balance de pagos. Financiamos importaciones y caen las exportaciones. Se manipulean estadísticas. La inflación se mantiene al 100 por ciento anual. Vivimos en la cornisa recesiva. Roto el engranaje rural. Record de quiebras de la pequeña y mediana industria. Mendigo mimetizado ante la banca exterior. Anfitrión de los gringos que invierten y olvidado compatriota de los criollos que trabajan. Postergador de YPF por la Esso en la plataforma submarina.

Si el poder residiera en el pueblo ya no estaría. Está sentado sobre aquellas bayonetas que ponían nervioso al propio Napoleón.

Nuestra economía necesita ser tratada con una voluntad política nacional. En política no sólo hay que ser, sino parecer. Y, es posible que el ministro sea, pero no parece.

Perdonen, amigos de Línea, pero soy un nacionalista del interior y no puedo tolerar sin apasionarme que se siga destruyendo a nuestros aguerridos productores regionales. Este es un crimen psicológico que las fuerzas armadas no deben tolerar.

P.: ¿Y sobre la actual política educativa?

L.L.: Ningún gobierno constitucional hubiera podido derogar la Ley 1420 sin asistir a una profunda crisis. No lo hubiera conseguido ni con la ayuda de Gaudetier. Esta ley será repuesta por la UCR cuando pueda. Porque soy católico no puedo ser fanático. Juan Pablo II no lo hubiera hecho. Como síntesis puedo decir que gobernar es educar, pero para mí gobernar es también nutrir, y la deserción escolar nos muestra que no se gobierna.

P.: ¿Y nuestra política exterior?

L.L.: Es coyuntural, opaca y miedosa. Andamos por el mundo dando explicaciones en vez de elaborar una ideología nacional que nos proyecte con prestigio moral a la comunidad internacional. Nuestra filosofía ha sido arreglar todo sin medir con exactitud los costos. Ahora financiamos un gasoducto a los brasileños como antes (gobierno militar) pusimos gas a los ingleses de las Malvinas.

Ahora haremos maniobras conjuntas con la flota de EEUU bajo la dirección de un almirante yanqui. Mientras esto pasa nadie pregunta por qué los EEUU se abstienen cuando en las Naciones Unidas reclamamos las Malvinas. En el problema Beagle somos solidarios integralmente con la tesis nacional, pero pensamos que tendría nuestra posición una mayor autoridad al desembarcarnos en las Malvinas en vez de abrazarnos con los usurpadores o intentar empresas mixtas entre YPF y la British Oil Co.

¿Por qué no se pidió una reunión de los No Alineados para condenar a Afganistán? ¿Veremos qué hacía Fidel Castro? ¿O es que los buenos precios de nuestros cereales que pagó la URSS disminuyeron nuestra prometida independencia? ¿Qué implica gritar occidentalismo y después anunciar, el general Videla en Pekín, que junto a China trabajaremos por la paz y desarrollo de los pueblos? Como radical soy universalista y no aceptamos insertarnos en bloques, pero de esto a vivir actuando de rebote no es para felicitar a nadie.

P.: ¿Cómo observa a su partido, la UCR, en esta circunstancia?

L.L.: Creo que el radicalismo tiene agotada su esperanza en la institucionalización inmediata, no por incredulidad mezquina sino a la luz de las declaraciones oficiales. Es impostergable implementar lo resuelto por el partido de elaborar con todos los sectores (empresarios, trabajadores, religiosos, productores, políticos, militares, juveniles, etc.), una estrategia de recuperación democrática. Es patriotismo puro recuperar nuestras libertades. Nadie espere del radicalismo un negocio condescendiente. La UCR debe ir a los sindicatos y a la juventud especialmente a concretar su vocación revolucionaria. No podemos olvidar a Irigoyen. Nuestra actitud no es antimilitar, es una afirmación republicana. Estamos unidos y preparados para ser la alternativa de una unidad nacional concretada en el marco de nuestra Constitución y de la legitimidad del pueblo. Cualquiera sea nuestra consecuencia, la UCR no declinará sus históricas responsabilidades de defender la libertad y el patriotismo material y espiritual de todos los argentinos. ●

El diálogo político subió de tono

José María Rosa

El mes pasado aún se deslizaba placidamente esa etapa del Proceso que la imaginación del ministro del Interior se empeñaba en llamar "diálogo político": curioso soliloquio donde un interlocutor mudo (el gobierno) elegía al disertante por sus virtudes personales con exclusión de sus posibles méritos políticos. Un diálogo es, antes que nada, un intercambio de opiniones, y en la Sala de los Escudos del Ministerio del Interior, como en los despachos de los secretarios de Gobierno provinciales, sólo se intercambiaban los saludos. Ni siquiera podríamos llamarlo "diálogo de sordos", porque los sordos, aunque incapacitados para oírse no abdicaban su voluntad de expresar. ¿Qué era entonces ese "diálogo político" del Proceso, que se nos mostraba tan desmesurado y absurdo como el homónimo Proceso de Kafka? ¿Un diálogo socrático donde los discípulos llegarán a la Verdad del maestro hábilmente conducidos por la mayéutica de éste? O descendiendo unos escalones de Harguindeguy y Sócrates deberíamos llegar al diálogo de aquel italiano que se empeñaba en enseñar a hablar a una lechuga: "Non parla ancora, pero ya se fica".

Pero esta forma de diálogo, plácida, amable e inocua, pasó a estas horas al cajón de los desperdicios del Proceso. Lo taparon abrupta e inesperadamente las opiniones no requeridas por el ministro del Interior del doctor Frondizi, el almirante Massera y los dirigentes del peronismo sobre el estado financiero, moral y político del país. Al tono amable y languidecente sucedieron acentos que desconcertaron a muchos porque no era lo acostumbrado en los últimos cuatro años.

¿El diálogo por fin! No. No era diálogo. Fueron voces sin réplica, por lo menos a la altura de quienes las habían emitido. El comandante del ejército dijo que su misión le impedía intervenir en "polémicas", el presidente se encerró, según sus palabras, en un "silencio bueno porque partía de una situación de fortaleza política". Así será si él lo dice, pero no habría gustado que hubiera demostrado su convicción de fortaleza con algo mejor que un silencio bondadoso.

El doctor Frondizi rompió el fuego con el análisis detallado de la gestión financiera del gobierno. Criticar al ministerio de Economía no hubiera implicado hacerlo con el Proceso tratándose de una administración corriente, donde los técnicos del manejo económico obran como fusibles para que las altas tensiones no quemaran a los gobiernos. Pero no ocurre así en un "proceso de reconstrucción" indispensablemente revolucionario. La filosofía —minoritaria, individualista, extrajerárquica, dependiente— de la economía de Martínez de Hoz complementa las "bases políticas"; demostrar el fracaso del ministerio de Economía vale tanto como revelar el desastre del proyecto político. Por eso el presidente se puso días pasados en corto circuito con el fusible identificándose —por si hubiera algunas dudas— con el controvertido secretario.

A la andanada del doctor Frondizi siguió la del almirante Massera. Este "proceso" —dijo en síntesis— no es el que tuvimos la intención de establecer hace cuatro años. Nosotros —por lo menos yo— queríamos una

República idílica, pura, de raigambre moral, y lo que tengo a la vista es un emporio mercantil donde los valores materiales contaminan todo el cuerpo social". Tal vez pueda servirle de consuelo al almirante que de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno.

El documento de los peronistas es el primero de índole general producido por el movimiento mayoritario después de su desplazamiento. No rehúye las propias culpas, pero exige una justa distribución de responsabilidades. No se puede seguir con ese lugar común de la literatura oficial de desacargar todo sobre los desplazados para presentarse como redentores. La gran mayoría popular que acompañó al peronismo es parte de la Patria, si no quiere aceptarse que es la Patria misma. No se puede ilícitamente marginarla, y elaborar construcciones artificiosas para sustituir al pueblo, a manera de bebés de probeta, resultarían ridículo y podría ser trágico. Si el peronismo representa o no al pueblo argentino, es solamente el pueblo quien debe resolverlo. Nadie más. ●

A cuatro años del golpe de 1976

Jorge Abelardo Ramos

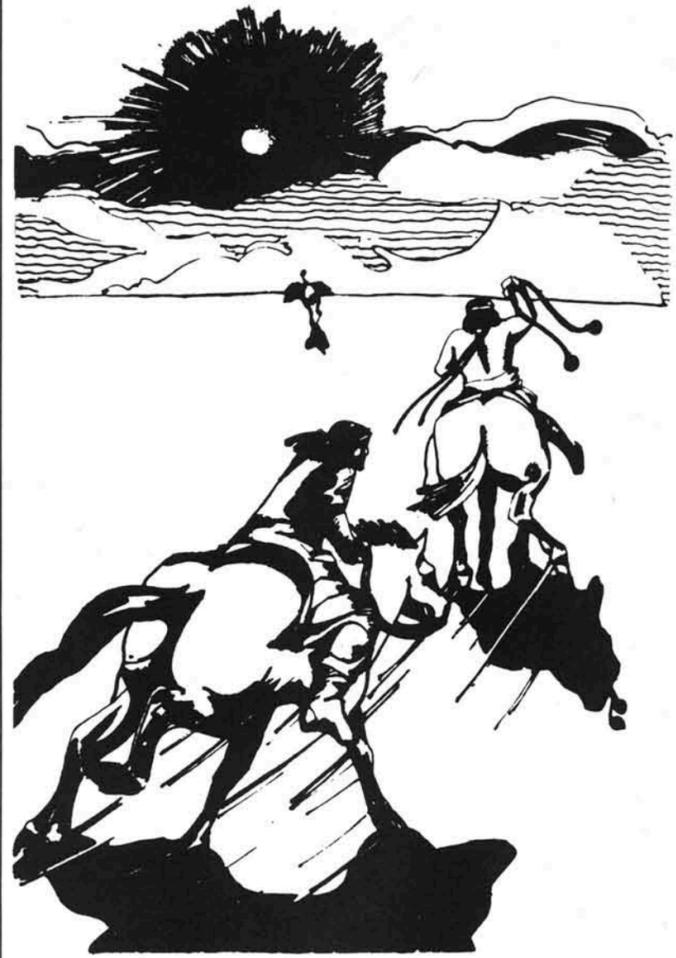
Desde el momento en que las fuerzas armadas derribaron al gobierno constitucional de la señora Isabel de Perón transcurrió un lapso más que suficiente para efectuar un balance de los acontecimientos, muchos de los cuales tendieron a confirmar gran parte de los análisis y conclusiones formulados por el FIP en estos años. En efecto, la "maffia" financiera encaramada sobre los hombros de los "salvadores de la Patria", ha cumplido —mucho más allá de lo anunciado— un programa feroz de restauración oligárquica. Los resultados no se han hecho esperar. Martínez de Hoz y sus "muchachos de dedos rápidos sobre el gatillo", obsequian hoy al país con la cadena de quiebras y escándalos financieros que simbolizan la miseria del régimen [...]

La rosca formada por los latifundistas de la zona pampeana, los financieros y el gran comercio monopolista, más la industria imperialista y la gran prensa, forman la oligarquía en la Argentina. El respaldo "de que goza hasta el presente confiere a este bloque maligno un enorme poder. Pero ese poder es infinitamente menor si se lo compara con la energía oculta del pueblo y de las grandes masas populares, cuando éstas deciden emplearla. Sólo la oligarquía de un lado y los terroristas del otro, desprecian y sustituyen al poder creador e irresistible del pueblo. La experiencia histórica prueba que esa fuerza incomparable existe y que, en algún momento, se pondrá en movimiento. Los resultados de tal confrontación no ofrecen a nuestro juicio duda alguna [...]

Un cuento a propósito

El general Narváez era un personaje militar muy conocido en las guerras civiles de la España del siglo XIX. Encontrándose en su lecho de muerte, el cura confesor se acercó a él y le dijo: —Hijo mío, quiero que perdones a tus enemigos. El general Narváez, agonizante, le respondió: —No puedo, padre, los he fusilado a todos.

El general Perón no hubiera po-



dido decir lo mismo. Vino al país lúcido y magnánimo, dispuesto a luchar por la paz, mientras sus numerosos enemigos le declaraban la guerra. El gran caudillo y su movimiento habían logrado notables triunfos para los trabajadores y la Patria; pero habían dejado en pie algo esencial: el poder oligárquico. Ya que no se trataba —como en el caso del general Narváez— de fusilar a los adversarios, sino de expropiar, sin derramamiento de sangre, a la oligarquía y sus fuentes de poder.

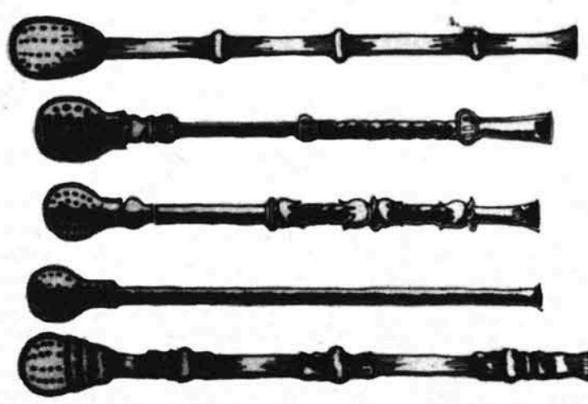
Lo mismo había ocurrido antes con Irigoyen en lucha con idénticas fuerzas hostiles a la democracia política. En efecto, la oligarquía obtuvo con el radicalismo análogo resultado destructivo, pues como Irigoyen no la había suprimido, aquélla pudo vencerlo. Y, de alguna manera, lo excluyó de la historia al lograr —tras un largo proceso de desgaste— que el radicalismo dejara de ser mayoritario. Lo mismo puede ocurrir con el peronismo. Que nadie se llame a engaño. Quien no se atreve a enfrentar la realidad cara a cara, no podrá quejarse luego de que la historia pase a su lado sin mirarlo.

Después de la muerte del general Perón los perezosos de ánimo y de inteligencia no podrán invocar al Altísimo o convocar a la intuición del caudillo para decidir lo que es preciso hacer ahora. La desaparición de Perón abre una nueva época, que coincide con la crisis orgánica de la vieja sociedad argentina, hoy de nuevo en poder de la oligarquía. Esa es la ocasión que muchos esperaban para cambiar de poncho o camiseta, según los casos. Tal el ex diputado nacional por Córdoba, doctor Palacio Deheza, quien al referirse al último discurso del general Videla ha declarado a la prensa: "La segunda

parte del mensaje, donde el presidente reitera como último de su gobierno, enfrenta al país a la pérdida de un gobernante prudente, medido y ecuánime; pero si las fuerzas armadas pierden un presidente de la experiencia y virtudes del general Videla, la civilidad gana un estadista que deberá tenerse en cuenta en el futuro democrático." Lo que habría que tomar en cuenta es saber quien eligió diputado nacional a este modestísimo gusano. No es el único del peronismo y de otros partidos que aspira a arrastrarse al besamanos del gobierno militar e implorar su derecho a la "mordida". ¿Y el ex diputado dice esto mientras la ex presidente Isabel ha pasado ya cuatro años detenida!

Cómo superar la derrota nacional

Pero no debemos creer que se trata solamente de la vocación deshonrosa de muchos políticos inescrupulosos y desertores de la causa nacional como el aludido. Lo que ocurre es que el pueblo enfrenta una gran derrota y muchas ratas abandonan el barco en todos los partidos. Pero el barco de la revolución, aunque afronte terribles tempestades no se hundirá, porque el pueblo —como decía el coronel Dorrego— como tal, es incorruptible. Nadie ignora que el presente gobierno militar pretende reordenar políticamente el país para contar con un "gobierno regular", controlado, como hoy, por la oligarquía conservadora; y con una "oposición de Su Majestad", a la manera de la década infame con peronistas amansados por la decepción y el buffet de las Cámaras, acompañados por radicales, socialistas de Ghidoli y ecéteras. Hasta el partido comunista, que —como de costumbre— tiene un olfato que no falla pa-



ra apoyar lo peor hoy apoya al gobierno de Videla, como hace más de treinta años apoyó al embajador yanqui Braden. Pero aunque así era en la década posterior al treinta, ese cuadro político no se repetirá. El país ha cambiado. Otras son las circunstancias económicas y políticas del mundo. Es justo añadir que tampoco podrá reproducirse como por arte de magia una tercera época peronista, a menos que el peronismo y cada uno de sus hombres —con la inmensa responsabilidad que tienen de constituir hasta hoy el movimiento mayoritario— no realicen un energético esfuerzo de autoanálisis y valoración de las causas que facilitaron el golpe del 24 de marzo. Esa es la tarea más importante del presente argentino. Si un peronismo complaciente con el absolutismo militar estaría condenado a la dispersión y a la decadencia, los propios sindicalistas más propensos a negociar con el gobierno han aprendido a su costa que este régimen por su propia naturaleza no está dispuesto a conceder nada, a negociar nada, a ceder en nada y, en consecuencia, se propone imponer a los trabajadores y a los argentinos su voluntad, fundada en la posesión circunstancial de la fuerza. ¡Peligrosa actitud! ¡Y qué desconocimiento de la historia! No pudieron hacer política largo tiempo fundados en la fuerza, ni Julio César ni Napoleón, que algo sabían de su oficio. ¿Podrán hacerlo Graffigna y Galtieri? ¿Podrá seguir "guardando las urnas" indefinidamente el comandante del ejército mientras Martínez de Hoz saquea la caja de caudales de la República? Nos permitimos ponerlo en duda.

Qué es preciso discutir

Por todas las razones expuestas cree-

mos fundamental que el movimiento nacional —incluido el peronismo— lleve a cabo una profunda discusión sobre los grandes temas que el país enfrenta. Por supuesto, hay millones de preguntas pendientes: ¿Qué papel jugaron, y por qué lo jugaron, los senadores peronistas —dueños de estancias todos ellos— que en el Senado, en 1974, se reunieron exclusivamente con el objeto de bloquear la Ley de Impuesto a la Renta Potencial del suelo proyectada por el ministerio de Economía, en la gestión del ingeniero Giberti?

¿Eran peronistas o eran terratenientes? ¿Por qué el gobierno rechazó la ley que extendía a la mujer su derecho a la Patria Potestad? ¿Por qué fueron alabadas las compañías transnacionales? Pero también corresponde preguntarse: ¿por qué causa cuando Isabel firmó un gran decreto nacionalizando las bocas de expendio de combustibles, su ministro Gómez Morales ató de manos al coronel Blanco, presidente de YPF, que deseaba ocupar con la fuerza pública las oficinas de la Esso y la Shell que habían desconocido durante largos meses la vigencia de dicho decreto? ¿Por qué cada medida oportuna del gobierno de Isabel era neutralizada o limitada por otras ramas del gobierno o de las cámaras? ¿Por qué la CGT de Santa Cruz se opuso al proyecto de nacionalizar las estancias de la corona inglesa, que ocupan centenares de miles de hectáreas, junto a la frontera chilena, en el sur argentino?

¿Por qué el gobierno peronista, después de declarar una tregua social de 180 días, vaciló, temeroso en detener y enviar a la cárcel a los dirigentes de la Sociedad Rural Argentina, que se habían burlado del decreto y se permitieron llamar a un paro agrario nacional contra el

mismo? ¿Por qué el gobierno peronista no hizo intervenir a las fuerzas armadas en la lucha contra el agio y el almacenamiento clandestino de materias primas y productos de primera necesidad, a la manera con que el comercio en Chile facilitó el golpe militar de Pinochet? ¿Por qué llevó adelante la lucha política contra el terrorismo infiltrado en su propio aparato del estado (y seguramente alimentado por la CIA), proporcionando así el mejor pretexto con que habrían podido soñar las fuerzas armadas para derrocar al gobierno popular? ¿Por qué no se entregó a la CGT y a las organizaciones populares órganos de prensa (como *Democracia*) para equilibrar a la prensa oligárquica y mantener bien informada a la opinión pública?

¿Es que se había perdido el impulso revolucionario del 45! ¿Cuántas y penetrantes preguntas podrían añadirse a las mencionadas! Pero es preferible poner sobre la mesa —para situar la discusión en el plano del porvenir— los interrogantes siguientes: a) Un gobierno popular ¿debería o no declarar de utilidad pública las más grandes estancias de la zona pampeana —digamos, mayores de 5 000 has— y declarar, además, extinguidos los derechos de propiedad de todo latifundio existente en cualquier lugar del país, que no hubiese sido cultivado o explotado en un plazo mínimo de 10 años? b) ¿No debiera nacionalizar y hacer administrar por los trabajadores y el estado todas las empresas de capital extranjero? c) ¿No debiera establecerse que el dinero está al servicio del pueblo argentino y no a la inversa, para fundar por consiguiente una banca estatal (ni nacional privada ni extranjera) junto con los bancos provinciales de fomento y los bancos cooperativos, eliminando

así toda intervención de usureros y aventureros en el manejo del capital nacional? d) Del mismo modo: ¿No es evidente que los productores del campo —colonos, chacareros, arrendatarios— están aprendiendo las "delicias" de la apertura económica, con sus producciones castigadas por los precios internacionales, que fijan y regulan las bandas monopolistas privadas? ¿No sería preciso crear un monopolio estatal del comercio exterior, con la representación de cooperativistas y productores para llevar la tranquilidad a centenares de miles de familias del campo argentino? ¿No sería oportuno declarar de nuevo de propiedad inalienable del pueblo todo el subsuelo y el manejo por YPF del petróleo y de su futura explotación? ¿No sería urgente entregar a los artistas, intelectuales, sindicatos, iglesia, etc., el manejo democrático y abierto del sistema de radio y TV, para evitar el cinismo y la inmundicia del interés privado y extranjero en la modelación de la cultura nacional y de las nuevas generaciones?

¿No resulta indispensable recrear el conjunto del sistema de enseñanza en sus tres ciclos, para permitir el acceso de las grandes mayorías a la enseñanza superior y a una cultura crítica y nacional, iberoamericana ante todo, de carácter revolucionario y no aristocrático, a fin de formar ciudadanos con una visión moderna de nuestro destino, fundada en la gran tradición argentina? ¿No resulta imprescindible proceder a una profunda reestructuración de las fuerzas armadas a fin de modernizar sus arcaicas concepciones geopolíticas y sobre todo para formar una fuerza armada educada en la devoción por la soberanía popular, nacional y económica de los argentinos? [...]

Las listas negras

Luis Gregorich

No es una novedad que los regímenes totalitarios y autoritarios, que en mayor o menor medida desconfiaban de la inteligencia y de la facultad crítica de sus gobernados, se consagran a la "caza de brujas" o elaboren minuciosas "listas negras" para alcanzar una suerte de monopolio compulsivo en el ámbito artístico y cultural [...]. Cuando Goebbels, en 1933, ante la hoguera en que arden todos los libros "decadentes", "degenerados" y "democrático-judíos", proclama "el triunfo del genio alemán"; cuando Stalin hace desaparecer discretamente o encierra en manicomios a los intelectuales opositores, nos encontramos siempre ante el mismo fenómeno: la enérgica "desinfección" de todas las corrientes disidentes, para allanar el camino a la unanimidad y a la verdad única y establecida. Por supuesto, el argumento favorito de los gobiernos es que la liquidación de los opositores obedece a la necesidad de preservar "la unidad nacional"; jamás se echa la culpa a la propia avaricia por establecer el predominio político y económico [...].

También los regímenes democráticos experimentan, de cuando en cuando, profundos estallidos de intolerancia, y súbitamente se dedican a montar "pógroms" ideológicos [...]. Véase, por ejemplo, el caso típico que se registra después de la Segunda Guerra Mundial en la mayor democracia industrial del planeta. El macartismo fue, como se sabe, un movimiento que se extendió en los Estados Unidos a partir de fines de 1947, en coinciden-

do habla de ella. Se sabe que su presencia ha sido frecuente y activa en cine, televisión y radio, y un poco menos notoria en el teatro, la prensa escrita y el ámbito editorial. Los propios funcionarios han admitido que la "subversión cultural" ha obligado a excluir a determinados nombres de la circulación pública. Por lo que se puede conjeturar, se trata de listas de individuos ideológicamente "sospechosos", a los que se impide trabajar en los medios masivos —sobre todo en los controlados por el estado— y a quienes, incluso, no se debe mencionar en dichos medios. ¿Acaso los marcados de tal manera son delincuentes? Sería difícil defenderlos si, por ejemplo, hubiesen participado en actos terroristas, o cometido cualquier otra clase de delito, pero ocurre que prácticamente todos están en libertad, sin causa pendiente con la justicia, trabajando como pueden en la esfera privada. ¿Por qué se los castiga? ¿Quién es el encargado de dictaminar acerca de la toxicidad o inocencia de sus ideas? ¿Quién ha creado la alucinada e indescriptible categoría de "cuestionado" por los círculos oficiales, en la que pueden entrar de Sigmund Freud a Horacio Guarani, de Jean-Paul Sartre a Federico Luppi, de Pepe Soriano a Abelardo Castillo?

Claro que, según parece, los organismos que elaboran las listas no siempre se ponen de acuerdo entre sí, y hay casos en que un "cuestionado" en determinado canal, puede actuar tranquilamente en otro, o bien merecer en un medio la rehabilitación, en tanto otro lo mantiene en la congeladora. El anonimato en que permanecen los responsables de la calificación ideológica, las dudas acerca de su idoneidad e imparcialidad, la potestad suprajudicial que se arrogan, el contenido errático y vago de sus dictámenes, no son elementos recomendables para una sociedad democrática, o que quiera serlo.

Hay una actitud muy difundida entre nosotros, y que consiste en ignorar olímpicamente los problemas que nos sobrepasan (es decir, los que no podemos resolver mediante una decisión individual) y convivir después con ellos, con una mezcla de resignación pública e indignación privada. El tema de las "listas negras" es igual: nada se puede hacer, por tanto hay que callar y dejar que las cosas se vayan resolviendo por sí solas, pues hay, incluso, recientes indicios de una tibia distensión oficial.

Sin embargo, no podría haber algo más inmoral que esta indiferencia. ¿Cuál es, en definitiva, la consecuencia más obvia de las "listas negras"? Por supuesto, la instauración de un ambiente de conformismo, ineptia y corrupción, sostenido por la obsecuencia y el temor y carente de todo afán renovador y creativo. Como lo único que importa es no suscitar la sospecha de los superiores, la rutina se convierte en la principal voz de orden y la mera continuidad administrativa se antepone a cualquier experiencia original. Es probable que algunos de los "cuestionados" tengan ideas que difieran, en efecto, de las oficiales, pero la pluralidad de opiniones es la base del sistema democrático, y si se empieza por desterrarla de los medios de difusión es difícil comprender cómo se alcanzará la democracia en el futuro. Por lo demás, buena parte de los incursos en la cuarentena son cantantes, actores, artistas que han tenido poca o ninguna militancia política, y que en sus respectivas especialidades han conquistado un prestigio que está



al margen de cualquier consideración facciosa.

Todo reside en el camino que queramos elegir. Si a pesar de todas las declaraciones oficiales y oficiosas acerca de la determinación de reimplantar la democracia, lo que se busca es, en realidad, la uniformidad de pensamiento y el silencio de todas las voces opositoras, entonces los modelos que deben seguirse son obvios: la cultura fascista y la cultura soviética. Si, en cambio, elegimos resuelta y sinceramente el sendero democrático, debemos también aceptar las actitudes civilizadas que implica. Las "listas negras", y en general toda forma de censura y represión del pensamiento, ejercen un deplorable efecto sobre la juventud, al despolitizarla y volverla escéptica, y terminarla arrojando en brazos de los valores crematísticos y el mero consumo. Los criminales, por supuesto, deben ser castigados, así como los inocentes necesitan que se los deje trabajar y pensar en paz. Pero lo que debe desaparecer es la categoría intermedia de sospechoso y "cuestionado", la inclusión irresponsable en una "lista negra" que escapa a toda definición penal y que delata los instintos autoritarios que se esconden bajo una fachada de promesas democráticas. Y además, las "listas negras" son estúpidas e ineficaces. ¿Acaso Mercedes Sosa dejará de ser la mejor cantante argentina porque no se pasan sus discos en radio o no actúe en televisión?

Reportaje a Borges

P.: ¿Por qué firmó la solicitud en la que se reclama la publicación de las listas de desaparecidos en Argentina, y la divulgación de noticias sobre su paradero?

R.: Lo hice para sentirme tranquilo, por una cuestión de conciencia, porque pretendo ser una persona ética, aunque no siempre lo logré. Si no lo hubiese hecho, no estaría tranquilo. Tal vez no tenga ningún resultado práctico, pero todos aquellos que la firmaron hoy deben sentirse más serenos.

P.: Pero con frecuencia a usted se le ha considerado amigo del régimen militar argentino, ¿no es así?

R.: Yo soy un civil. Vivo de mis dos jubilaciones, como director de la Biblioteca Nacional, cargo al que renuncié luego del regreso de Perón a Argentina, y como profesor de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires, además de percibir el diez por ciento de la venta de mis libros; no tengo vínculos con ningún gobierno, no soy nacionalista, no soy católico, ni siquiera estoy seguro de ser cristiano, soy agnóstico. No sé cómo la gente puede considerarme cercano al gobierno. Apenas soy un señor de clase media,

un burgués al que le place escribir libros. Y por otra parte no es la primera vez que me ocupo de este asunto. Ya lo he hecho en España, en Francia, incluso aquí en Argentina.

P.: ¿Pero usted firmó la solicitud junto a sus enemigos, no?

R.: No tengo enemigos, no hago política.

P.: Por ejemplo, Deolindo Bitter (dirigente peronista), de un partido siempre rechazado por usted.

R.: No sé quién es... a mi me leyeron el documento, y eso es lo que firmé. Lo hizo una señora cuya hija desaparecida hace cuatro años. Ella me pidió la firma. No conozco a muchas de las personas que firman pero creo que tienen razón. El deporte es frívolo [clara alusión a la presencia de César Luis Menotti entre los firmantes] pero haber firmado lo honra.

Creo que el honor del gobierno argentino y de la autoridad de las fuerzas armadas exige un examen público e imparcial de estos hechos atroces. Quienes sean sospechosos de haber sido sus autores deben tener derecho a un proceso y a sus abogados defensores. Condeno el hecho de que pueda existir una justicia clandestina.

Tal vez el número de desaparecidos sea exagerado por comunistas y peronistas para sus propios fines, pero el mal no es una cuestión de estadística. Caín es tan condenable como la destrucción de Cartago por los romanos y la de Hiroshima por los estadounidenses. Si mato a alguien soy un asesino, basta un sólo crimen. Debe quedar claro que el honor del gobierno exige que estos hechos sean esclarecidos. Es algo que está infamando la imagen argentina en el exterior, de la que tanto se habla.

En cuanto a mí, estoy tratando de actuar como una persona ética. No es la primera vez que protesto, ya lo hice en el pasado. De quienes firmamos, nadie puede pensar que hayamos sido cómplices de lo sucedido y yo firmé porque amo mucho a mi país.

P.: ¿A qué se debe su hastío contra la política?

R.: No contra la política, sino contra los políticos. En la democracia deben ser poco escrupulosos. Basta ver la campaña en curso en Estados Unidos: promesas, sonrisas, corrupción. Me parece un poco indigno.

Le dije al rey de España cuando me premiaron en Madrid (con el Premio Cervantes, entregado el año pasado) que un rey, como un poeta acepta su destino. El político en cambio lo busca, y para ello se sirve de cualquier método: la mentira, la corrupción, las promesas.

P.: ¿Pero una actitud más "política", no lo acercaría al Premio Nobel?

R.: No, no lo merezco. Los suecos son gente sensata y se dieron cuenta de que mi obra no lo merece dejando de lado las consideraciones políticas.

P.: ¿Qué consecuencias cree que podrá traerle esta firma suya?

R.: No sé que consecuencias tendrá no es la primera vez que tomo posición en este sentido y me complace que vengan a hablar conmigo de un hecho que me interesa. Pero cada acto, cada acción nuestra es el punto de partida de una serie infinita de consecuencias.

novedades: alianza universidad:

el libro de bolsillo:

744 GERARDO DIEGO
POEMAS MAYORES

747 STENDHAL
CRONICAS ITALIANAS

752 D. H. LAWRENCE
EL AMANTE DE LADY CHATTERLEY

754 JULIAN MARIAS
LA MUJER EN EL SIGLO XX

248 STEVEN RUNCIMAN
VISPERAS SICILIANAS

249 CONCEPCION DE CASTRO
LA REVOLUCION LIBERAL Y LOS MUNICIPIOS ESPAÑOLES

255 KARL BÜHLER
TEORIA DE LA EXPRESION

256 ALVIN W. GOULDNER
EL FUTURO DE LOS INTELECTUALES Y EL ASCENSO DE LA NUEVA CLASE

alianza tres:

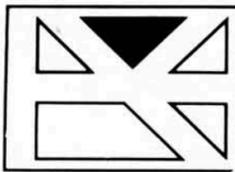
54 PETER HANDKE
LA MUJER ZURDA

alianza universidad textos:

17 JULIAN MARIAS
INTRODUCCION A LA FILOSOFIA

18 MANUEL MEDINA
LAS ORGANIZACIONES INTERNACIONALES

19 JOSE LUIS ARANGUREN
ETICA



alianza editorial mexicana
José Morán 93 1-a / México 18, d.f.
/ tel. 5-16-71-08



cia con el inicio de la Guerra Fría, y debe su nombre a Joseph McCarthy, senador que promovió y animó una comisión investigadora de "actividades antiamericanas", para descubrir y proscribir a comunistas, ex comunistas o filocomunistas que actuaran en cualquiera de los campos de la actividad pública y privada [...].

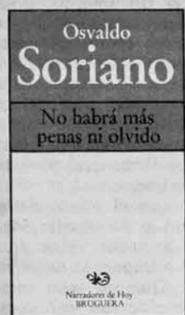
No hubo casi gobierno que no considerara "enemigos de la patria" a sus adversarios, y todos, o la mayoría, coincidieron en anatematizar al "gran mal": el comunismo, el marxismo y, a veces, el socialismo y hasta toda forma de progresismo.

De tal forma, la existencia semi-pública y vergonzante de las "listas negras" en la Argentina, reconoce hoy la gravitación cercana del movimiento liderado por aquel fogoso senador norteamericano, pero también el peso de una tradición de intolerancia propia, ya sólidamente arraigada, y que reconoce otro antecedente en los "índices" eclesiásticos y en la vieja pretensión, por parte de la Iglesia, de controlar como propios los campos de la educación y la cultura (algo que el catolicismo actual ha desechado).

¿Qué son las "listas negras"? pocos las han visto, pero todo el mun-

A propósito de la novela de Soriano

Mempo Giardinelli



La última novela del argentino Osvaldo Soriano, *No habrá más penas ni olvido* (Barcelona, Bruguera, 1980, 159 páginas), no sólo permite retomar la obra narrativa de este talentoso, estupendo autor argentino, sino que, además, da lugar a una polémica que trasciende lo literario para incursionar en el terreno político.

Y es que, en un estilo seco, directo, por momentos ascético y siempre brutal, Soriano basa su ficción en una historia simple pero controversial: en un imaginario pueblo de la provincia de Buenos Aires (Colonia Vela), entre 1973 y 1974, viejos e insospechados militantes peronistas deben enfrentar la expulsión a lo que los somete el aparato lopezreguista (naturalmente, la acusación es de "infiltrados") y ello deviene en una resistencia que enfrenta violentamente a ambos sectores y termina en una masacre.

La anécdota, tan preñada de reminiscencias al alcance de la mano para cualquier argentino, refresca todos los lugares comunes de la política de aquel tiempo, las intransigencias, los rencores y hasta la soberbia que, sobre todo en las provincias, ha marcado a fuego a todo un período, a toda una generación.

Otra vez, como en su indispensable primera novela (*Triste, solitario y final*), Soriano tiene dos aciertos: el título y la economía del lenguaje, lo que lo coloca en una clara continuidad de la línea hemingwayana, fuerte y contundentemente "dura", y en el mejor estilo de los viejos maestros de la novela policial norteamericana, de los que Soriano es experto conocedor y consecuente devoto. En este caso, se observa no una crítica a la violencia en sí misma, sino una descripción dolorosa, dolorida, de los efectos de la violencia irracional.

A pesar de que su visión —de Soriano— del peronismo es por cierto muy maniquea, muy simplificada, su discurso literario por momentos hace olvidar ciertas caracterizaciones antojadizas. Ello, en razón de la vertiginosidad del texto, de sus cortes abruptos, de algunos efectos manejados con singular eficacia. Soriano sabe dar golpes bajos y los aplica a la perfección, implacablemente. Así, si bien la obra no tiene la seducción de su primera novela —porque carece de su ternura,

de su imaginación y hasta del mismo fresco, melancólico humor, que aquí aparece más bien forzado, grotesco— al menos se encuadra en ese tipo de literatura que atrapa por lo accesible, por lo intenso, por esa arquitectura que este autor domina y que lo aleja, saludablemente, de los cenáculos "modernos", del tedio de esos bordes incomprendibles a que nos tienen acostumbrados los editores latinoamericanos.

Pero quizás eso mismo implica una duda: y es que esta novela parece más el fruto del oficio de un escritor que el resultado de sus búsquedas, de sus dudas, de sus temores. A la vez, esto da paso a la sospecha de que Soriano pareciera haber obedecido más a un interés político por describir una realidad —mejor dicho, una visión, la suya, de una realidad— que a un interés literario. Esa trasposición de intereses puede ser traicionera para la literatura. Y así, no parece estar en esta novela el paciente, laborioso trajinar de su ópera prima, soñada, conversada y realizada a lo largo de años de dudas y de búsquedas. Este trabajo, sí, es mucho, infinitamente más profesional. Pero no avienta la duda acerca de un cierto descuido, de alguna imprecisión en el lenguaje, quizá motivado por el apuro de los editores.

Obra netamente cinematográfica, de diálogos constantes y acción agilísima, se antoja como una suerte de *western* criollo (recuerda, por momentos, a Zane Gray, o a las historietas que inventaba Héctor G. Oesterheld) y sus diálogos son austeros, cortos, secos.

Sin embargo, hay reiteradas caídas en una procaacidad exagerada, en un innecesario abuso de las groserías cotidianas usuales en el lenguaje popular. Un abuso de las puteadas que, si en literatura no encuentran su medida exacta, suele ser fatal (para la literatura). Entonces, la eficacia se diluye y, en lugar de reflejar con exactitud el lenguaje de la gente del pueblo, le da un matiz de sobreactuación a los propios personajes.

Y falta, también, aquel encanto de lo inverosímil que Soriano ha manejado con tanta eficiencia, como si ahora viniera a inscribirse en un tardío realismo crítico, que siempre aborreció. Claro que, a la vez, aquí surge otra eficiencia: la del manejo de una de las obsesiones de Soriano: las actitudes del hombre ante lo irracional, ante la locura, en este caso colectiva y referida a una realidad concreta, cercana y fácilmente evocable para cualquier argentino. Precisamente, esto es lo que remite a la segunda lectura de la novela, la lectura política, en la que hay mucho para discutir.

Soriano —como se advierte desde la solapa del libro— evita caer en explicaciones. Pero eso mismo indica una visión sectaria, parcializada del peronismo, que es, para Soriano, lo irracional. Así, su visión política es piadosa y dolorida, pero a la vez es lapidaria. Es la visión de un testi-

go enfrentado a lo irremediable, que además es irracional (el peronismo), y todo queda envuelto en ese halo de "fatalidad nacional" que tiene el peronismo para los no peronistas, sean de izquierda o no.

Por supuesto, no es que uno espere una "novela peronista", pero sí es cierto que la visión de Soriano demuestra la imposibilidad de entender el fenómeno (entender; ni justificar ni aceptar, simplemente entender, aunque luego se continúe en la crítica).

De todos modos, por fortuna, esta obra no es, para nada, una "novela gorila" (si es que tal categoría tiene validez, aunque sí sirve para entender rápidamente las cosas). Pero no deja de ser el típico enfoque de izquierda que ve al peronismo desde arriba del caballo, con un aire entre compadecido y desdenoso. Esa superioridad, en fin, que suele exasperar a los peronistas que frente a cualquier análisis crítico del peronismo sacan a relucir "los siete palos de votos", acusan a los izquierdistas de "haber estado toda la vida equivocados" y lugares comunes por el estilo (que, por otra parte, son ciertos y, como dice Borges, sirven para facilitar el entendimiento).

Para ese repaso de lo irracional, Soriano funge como cronista y arma su ficción a partir de una rea-

lidad que tocó a todos, y lo hace con pasión, con vehemencia, con bronca y con piedad. Es decir, su visión en este punto deja de ser sectaria: es compasiva, pero no sobradadora. Claro que de lo que no se aparta es del maniqueísmo, una cuestión que debilita —por parcial— a una buena novela como ésta.

El ejemplo de Colonia Vela, y específicamente de algunos personajes, no resulta convincente a partir de que divide a los protagonistas del pueblo —y de la Argentina, por elevación— en peronistas buenos y malos.

Algo que se observa nítidamente en el final, y que es toda una definición política: los únicos que se salvan del caos, los que previsiblemente encarnarán al futuro peronismo (en cierto modo, los futuros héroes de la futura resistencia, si es que la historia, de veras, se repite) son el preso del pueblo —un borracho liberado por los peronistas buenos, que grita "La vida por Perón" a cada rato— y su carcelero, García, un agente provinciano que se sumó a la causa de los buenos porque éstos lo hicieron sargento y prometen aumentarle el sueldo.

Toda una definición que, lamentablemente, sólo sirve para ensanchar el abismo entre la izquierda y el peronismo, a partir de una visión nihilista de la realidad. ●

ELVIEJO TOPO

Política, Ideología, Cultura, Psicoanálisis, Feminismo, Literatura, Cine, Teoría y Ensayo.



- Hebert Marcuse, *Viejo Topo* núm. 37.
- La mujer en América, de Victoria Sau, *Viejo Topo* núm. 37.
- El intelectual como ciudadano, de C. Castoriadis, *Viejo Topo* núm. 38.
- El miedo del escritor ante la muerte, J. C. Onetti, *Viejo Topo* núm. 38.
- Marx contra Marx, Ulyses Santamaría, *Viejo Topo* núms. 39 y 40.
- Teoría del nacionalismo performativo, F. Savater, *Viejo Topo* núm. 39.
- Documentos sobre Vietnam-Camboya, *Viejo Topo* núm. 40.
- La cuestión nacional, Michaël Lowy, *Viejo Topo* núm. 41.
- Cine y pornografía, Doménec Font, *Viejo Topo* núm. 41.
- La alternativa de Rudolf Bahro, *Viejo Topo* núm. 42.
- J. Lacan: El padre severo persevera, *Viejo Topo* núm. 42.
- El macho en crisis, Dossier, *Viejo Topo* núm. 43.
- Iván Illich: Desmitificación e impertinencia, Varios, *Viejo Topo*, núm. 44.
- Balance de la década de los 70, Rossana Rossanda, Carlos M. Gutiérrez, Pep Subirós, etc., *Viejo Topo Extra* núm. 8.

SUSCRIPCIÓN AL VIEJO TOPO:

Anual, vía aérea: 2.800 pesetas
Ramblas 130, Cuarto Piso, Barcelona 2

Grupo de discusión socialista

Los primeros días de julio de 1980 quedó constituido el Grupo de Discusión Socialista. Quienes lo integran se sienten identificados por su adhesión a la causa del socialismo y pretenden abordar críticamente, a través de una confrontación democrática, los problemas que plantean en Argentina y en el mundo las diversas instancias de la lucha por la construcción del socialismo.

Reconociendo el fracaso de todas las experiencias partidarias dirigidas hacia la construcción de una alternativa socialista en nuestro país, el GDS se propone centralmente examinar y discutir las perspectivas concretas para la concreción de tal objetivo.

Quienes integran el grupo lo hacen a título individual y se reúnen en el CAS el último viernes de cada mes.

A continuación publicamos su declaración constitutiva:

Las personas que suscriben esta declaración deciden constituir un grupo de discusión socialista. Prescindiendo de sus individuales definiciones filosóficas, religiosas o partidarias, e identificados todos por su común adhesión a la causa del socialismo como propuesta de transformación de la sociedad de clases en una sociedad sin clases, igualitaria, democrática y pluralista en la República Argentina y en el mundo, intentarán realizar una tarea de indagación crítica y de confrontación democrática de los problemas que ha planteado y plantea el movimiento real que en el mundo se define a sí mismo como socialista. Reconocemos que esta designación es sólo una denominación genérica para una multiplicidad de experiencias, muchas de las cuales aparecen ante nosotros como desvirtuadas en la práctica de una doctrina definida esencialmente por una propuesta de liberación del hombre.

Sabemos además que aunque el socialismo nunca se agotó históricamente en la doctrina de Marx, ni menos aún en las interpretaciones y prácticas posteriores, fue y es el movimiento socialista de filiación marxista el que ha logrado una hegemonía tal como para que ambos términos aparezcan como idénticos. Aún colocando esta propia identificación como un tema de discusión y reconociendo no obstante la importancia excepcional de las elaboraciones de Marx para una teoría crítica de la sociedad y de su transformación revolucionaria, pensamos que los rasgos que adopta la crisis del sistema de explotación capitalista moderno y los fenómenos de autoritarismo y burocratización presentes en las sociedades socialistas requieren necesariamente un reexamen crítico de las teorías y de las prácticas de los movimientos socialistas. Si cada vez más estamos convencidos que el socialismo no es

una mera encarnación de una idea del mundo, sino una tendencia a la transformación social que emana del interior de la desigualdad y de la opresión, es preciso validar la potencialidad crítica y revolucionaria de la doctrina en el examen del mundo actual, de sus contradicciones y tendencias, de las virtudes y las lacras del socialismo "real", de las posibilidades efectivas de conquista por parte de los hombres de sociedades libres e igualitarias. Comprendiendo, por tanto, que un proyecto socialista en las condiciones presentes no puede descender de la teoría, sino que implica un ajuste de cuentas con una prolongada experiencia histórica cargada de victorias y de derrotas, de avances y de retrocesos gigantescos, en los que hasta la propia teoría queda en juego, nos proponemos intentar un esfuerzo reflexivo colectivo de examen crítico de toda esta experiencia, de la que nos reconocemos partícipes en todas sus vicisitudes. Pero aún reconociendo esta experiencia como nuestra, tenemos la firme convicción de que sólo a través de la crítica radical de ella podemos sostener la esperanza y la voluntad de lucha por otro socialismo, aún inédito.

Nuestro trabajo se desplegará en el análisis de una variedad de temáticas, a las que se tratará de abordar desde una perspectiva socialista. Trataremos de mostrar como sólo desde esa perspectiva es posible comprender la contradictoria historia de un movimiento que, expresivo de la voluntad de emancipación de los trabajadores, encuentra aquí

la razón de ser de su existencia y de su capacidad transformadora.

Dentro de esta línea de análisis nos proponemos centralmente dirigir nuestra preocupación hacia el examen y la discusión de las perspectivas concretas que asume una lucha por la construcción y el desarrollo de una alternativa socialista para la Argentina. Partiendo del reconocimiento de los fracasos que históricamente han sufrido todas las experiencias partidarias dirigidas hacia ese fin en nuestro país, de su incapacidad manifiesta para devenir una opción asumida por las grandes masas, trataremos de indagar en esa peculiaridad, rastreando en los aspectos políticos, sociales y culturales que, en el presente y en el pasado, permitan acercarnos a una respuesta para dicho problema y a la vez proponer una reflexión para el futuro que, sin pretender sustituir la acción de los partidos y corrientes políticas, pueda ser utilizada como elemento para una discusión crítica que los englobe.

México, 1 de Julio de 1980

Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, María Calderari, Horacio Crespo, Alberto Díaz, Agustina Fernández, Rafael Filipelli, Néstor García Canclini, Oscar González, Emilio de Ipola, Pedro Lewin, Elsa Nacarella, Ricardo Nudelman, Susana Palomas, Marcelo Pasternac, Osvaldo Pedrosa, Rafael Pérez, Olga Pisani, Juan Carlos Portantiero, Horacio Rodríguez, Nora Rosenfeld, Horacio Serafini, Oscar Terán, Jorge Tula, Gregorio Kaminsky.

Información bibliográfica

Economía

Alberto Spagnolo, "Nota en torno al eclecticismo: apuntes para la reconstrucción teórica de un argumento de Marx", en *Teoría y Política* núm. 1, México, abril-junio de 1980.

Alejandro Dabat, "La economía mundial y los países periféricos en la segunda mitad de la década del sesenta", en *Teoría y Política* cit.

Movimiento obrero

Adolfo Gilly, "La reorganización de la clase obrera latinoamericana", en *Cuadernos Políticos* núm. 24, México, abril-junio de 1980.

Iris Martha Roldán, *Sindicatos y protesta social en la Argentina. Un estudio de caso: el sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba (1969-1974)*, Amsterdam, CEDLA, s/f.

Historia

José Aricó, *Marx y América Latina*, Lima, CEDEP, 1980.

Sociología y política

Oscar del Barco, *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninista*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1980.

Oscar del Barco, "¿Era Lenin perverso?", en *El Machete* núm. 3, México, julio de 1980.

Liliana De Ritz, "El fin de la

sociedad populista y la estrategia de las fuerzas populares en el cono sur", en *Nueva Sociedad* núm. 47, Caracas, marzo-abril de 1980.

Abraham Kozak, *Violencia en América Latina*, Caracas, s/f (mimeo).

Gregorio Selser, "Hispanoamérica en el umbral de la década de 1980", en *Nueva Sociedad* núm. 47 cit.

Ciencia ficción

Emilio de Ipola, "El camarada Borges responde", en *El Machete* núm. 4, México, agosto de 1980.

Cine

Octavio Getino, *Cine y dependencia. El cine en la Argentina*, Lima, 1978 (mimeo).

Octavio Getino, *A diez años de "Hacia un tercer cine"*, Lima, 1979 (mimeo).

EDITORIAL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

COLECCION FILOSOFICA

El marxismo y Hegel, Lucio Colletti y Valentino Gerstana.

El marxismo y la crisis del estado, Nicos Poulantzas, Jean-Marie Vincent, Joachim Hirsh, Suzann de Brunhoff y Christine Bucu-Glucksmann.

Esencia y apariencia en El capital, Oscar del Barco.

La dialéctica revolucionaria, G. Della Volpe, H. Cerroni, L. Colletti, C. Luporini, N. Badaloni, E. Paci, L. Gruppi, A. Natta, B. de Giovanni.

¿Existe una teoría marxista del estado?, Norberto Bobbio, Humberto Cerroni, Giuseppe Vacca, Valentino Gerratana, Archille Occhetto, Pietro Ingrao.

El problema del estado y la dictadura del proletariado, Nicos Poulantzas, Etienne Balibar, Luciano Gruppi, David Kaisergruber, Georges Labica, Christine Bucu-Glucksmann.

El pensamiento revolucionario de Gramsci, Eric Hobsbawm, Cerroni, Lucio Magri, Mich. Notarianni, Rossana Rossanda, Massimo Salvadori y Lucio Colletti.

Teoría marxista de la revolución proletaria, Robin Blackburn, Darío Lanzardo.

Acercas de la naturaleza social de la Unión Soviética, Paul Sweezy, A. Gunder Frank, Ernest Mandel, R. Miliband, Ludolfo Paramio, Bernard Chavance, Enrique Gomáriz.

La crisis del marxismo, Louis Althusser, Lucio Colletti, Christine Bucu-Glucksmann, Fernando Claudín, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte.

Movimientos populares y alternativas de poder en Latinoamérica, Enzo Falleto, Carlos Franco, Sergio de la Peña, Teresa Lozada, Carlos Perzabal, Américo Saldívar, Adolfo Gilly, Herbert Souza, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte, Norberto Lechner, Héctor Bruno, Oscar del Barco.

Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas, Oscar del Barco.

Noticias sin comentarios

A veces la información, no exige comentarios. El propio texto sorprende porque contiene abundantes señales manifiestas, señales que dicen todo: lo expuesto y lo no expuesto. Hay también relaciones entre una escritura y otra que exponen las profundas diferencias que se enfrentan en la Argentina. Por ejemplo sobre el caso Bolivia, hoy, cuando en tanto argentinos en el exterior somos testigos de cómo el nombre de nuestro país vuelve a ser protagonista de titulares de la prensa no ya sólo por la realidad de represión interna sino por una nueva dimensión, tan alucinante como verídica: la exportación del terror internacional a cargo de la dictadura. Bolivia se suma al asesinato en Madrid de la señora Esther Gianotti de Molino, homicidio a cargo de los servicios for export de la junta, denunciados por la prensa y la política española y que prolongan acusaciones de la prensa y política peruana sobre el mismo hecho. Los mismos servicios del secuestro del ex intendente lanussista, Montero Ruiz, ocurrido hace poco en París. Los mismos servicios que dirigieron represiones y torturaron en Bolivia, como consta en centenares de testimonios de bolivianos publicados por los diarios del mundo. Los mismos servicios denunciados por las fuerzas políticas de Honduras, servicios castrenses argentinos al mando del contralmirante Carlos Cavandoli, organizadores del Ejército Anticomunista Armado Especial (EAAE) en ese país de América Latina. También hay textos informativos, que registra esta última página de Controversia y que sorprenden aunque cada vez menos. Como por ejemplo el tema de derechos humanos según lo que piensan los argentinos y según lo que piensa un prominente hombre del gobierno de la URSS. También aquí el comentario andaría sobrando. Y también hay textos, escritos por periodistas argentinos que empiezan a poder hablar y a confrontar con el periodismo oficialista. Periodistas que decidieron no ser hombres del régimen y que ahora muestran que guardan, atesoran, lo que nunca abandonó nuestro pueblo ni en las malas ni en las buenas: la memoria histórica de lo que sucede y de quienes lo protagonizan. Esa capacidad intelectual, pasional, política que habla de dignidad y conciencia en un mundo de autoritarismos, miedos y de listas negras en TV y en diarios, también habla de los eternos usufructuadores de las tantas y todas las dictaduras soportadas.

El golpe en Bolivia

“Los golpes no se hacen por receta ni existen métodos que puedan aconsejarse para llevarlos a cabo [...] La Argentina mantiene comisiones de asesoramiento militar en Bolivia. Lo que ocurrió en Bolivia es que entre las dos opciones que estaban por darse en el vecino país: la formalmente correcta que era la asunción de un gobierno surgido de elecciones pero que presentaba para nosotros un alto grado de riesgo en cuanto a la posibilidad de difusión de ideas contrarias a nuestro sistema de vida y la existencia de un gobierno militar, hemos visto con más simpatía esta última opción, porque no queremos tener en Sudamérica lo que significa Cuba para Centroamérica.” (Teniente general Videla, entrevista de prensa en Córdoba, el 5 de agosto de 1980.)

“Ante el rudo golpe de estado que frustra una vez más la esperanza del democrático y valeroso pueblo hermano de Bolivia, el Movimiento Nacional Justicialista expresa su más enérgico repudio por este acto que agravia a la democracia y pone a hombres y mujeres bolivianos al borde del caos y la desesperación. Pero el pueblo boliviano como el argentino jamás serán vencidos. Por eso el Movimiento Nacional Justicialista expresa su solidaridad.” (Comunicado oficial del Peronismo, del 23 de julio de 1980.)

“La fraterna República de Bolivia ve frustrada una vez más su ansiado retorno a la vigencia de las instituciones democráticas sólidas y duraderas [...] Nuestro repudio a la actitud de las Fuerzas Armadas de Bolivia que desconocieron una vez más la solución dada por el pueblo.” (Comité Nacional de la Unión Cívica Radical, 23 de julio de 1980.)

“Pocos días después de que el pueblo de Bolivia expresara su deseo de retornar a la democracia, un zarpa-zo golpista ha quebrado una vez más esa posibilidad. Frente a esta realidad el Partido Intransigente repudia el golpe militar sucedido en Bolivia y se solidariza con el pueblo hermano.” (Partido Intransigente, 23 de julio de 1980.)

Derechos humanos

Ante su significativa presencia como sumo Pontífice en la hermana tierra brasileña, los que firmamos, más allá de toda opinión política o convicción religiosa [...] pedimos que sea acelerada la anunciada definición de los encarcelados y sea mantenido un empeño riguroso para tutelar en toda circunstancia en la que se pide la observancia de las leyes, el respeto de la persona física, aun de los culpables o de los tachados de violencia [...] Como contribución a la paz interna, pedimos se diga una palabra esclarecedora a las familias de los desaparecidos [...] (Solicitada en el diario Clarín

de Buenos Aires, avalada por 11 500 firmas. Entre otras: Oscar Alende, Héctor P. Agosti, Felipe Bittel, Mons. Jaime de Nevaes, Mons. Alberto Devoto, Enrique de Vedia, Roberto Dighon, Guillermo Frugoni Rey, Roberto González Bergez, Simón Lázara, Vicente Solano Lima, Alicia Moreau de Justo, Fernando Nadra, Ferdinando Pedrini, Raúl Rabanaque Caballero, Ernesto Sábato, Federico Storani, Vicente Leonidas Saadi, Juan José Taccone, etc.)

“Nos hemos convencido que tenemos profundas coincidencias con la Argentina, porque ambos sustentamos el principio del respeto por las soberanías. Vemos en la ONU un campo propicio para actuar conjuntamente en la cuestión de los derechos humanos, de las violaciones masivas como los casos de Israel con Palestina, Irlanda del Norte, Chile y los trabajadores inmigrantes en Europa.” (Palabras pronunciadas en Buenos Aires, el 30 de julio pasado, por Yuri Fokin, secretario general de la cancillería de la URSS, invitado especialmente a la Argentina por la Junta Militar.)

Periodismo y medios

“El episodio de la Orquesta de la Opera de París y la reacción de nuestra cancillería provocó el habitual alboroto en nuestros medios. El pasado 17 de julio se despedía la orquesta francesa. Con su habitual ‘prudencia’ y ‘objetividad’, el periodista Llamas de Madariaga anotició a la audiencia televisiva este hecho marcando la actitud de los franceses ‘contra la Argentina’ (¿no habrá sido contra el gobierno?), añadiendo con sutileza que no sería la primera vez que se oyen abucheos en el Teatro Colón. Que la actitud de la orquesta no fue antiargentina lo demostró con exceso el público que llenó esa noche el Colón. La ovación que recibieron los franceses fue emocionante. Largo tiempo duraron los aplausos y vítores hacia los artistas franceses que nada quisieron saber con contactos oficiales.” (Comentario aparecido en Buenos Aires en la revista peronista Línea, núm. 3, agosto de 1980.)

“Yo pienso que en la Argentina no estamos diciendo la verdad porque tenemos miedo, porque callamos cosas’. Esta atrevida opinión fue vertida por la animadora de televisión Mónica Cahen D’Anvers (ex Mihanovich) en una reunión que 18 mujeres periodistas de distintos canales mantuvieron con el Ministro del Interior [...] Magdalena Ruiz Guinazú, una de las máximas estrellas femeninas de estos shows que padecemos, gravó dicho evento, y dos días después inició la divulgación de los tramos más salientes del mismo [...] Inteligentes y desprevenidas, no podemos dejar de preguntarnos: ¿qué hicieron estas defensoras de pacotilla de la libertad de prensa y qué informaron al pueblo argentino estos últimos años? ¿Cuál es la responsabilidad que les cabe a cada una por haber aceptado ser socias del silencio? [...] Prefieren la fama y el dinero, y el camino más corto para aliviar la conciencia es un mea culpa cada cinco años.” (Buenos Aires, revista Línea, número 3, agosto de 1980.)

